

 HARLEQUIN™

Julia™

JACQUELINE BAIRD
Prisionera de tus besos

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Cuando Bea cumplió veintiún años, entró como socia en la empresa de su difunto padre, cuyo presidente era su ex prometido. Pero esta vez, Leon no iba a seducirla con su irresistible atractivo; ella estaba decidida a no sucumbir a su poderosa química.

Entonces, Leon anunció que estaban prometidos de nuevo, lo cual era una novedad para Bea. Pero antes de que pudiera protestar, Leon la llevó a su lujosa villa de Chipre.

Bea intentó escapar y fracasó. Sin embargo, no eran las medidas de seguridad lo que la retenía, ¡era su deseo por Leon!

Capítulo 1

BEA miró a su alrededor en la sala atestada, arqueando sus carnosos labios en una mueca de desagrado. La música atronaba desde dos altavoces giratorios y las luces intermitentes le estaban produciendo dolor de cabeza. Debería estar divirtiéndose. ¡Después de todo estaba en su salón! ¡Era su fiesta del vigésimo primer cumpleaños! ¡Sus amigos!

Se dio la vuelta hacia la multitud y miró por las altas ventanas georgianas a la oscuridad del exterior. Bea se llevó la copa de champán a los labios y dio un sorbo de la bebida burbujeante. Estaba tan fría como ella se sentía. Era inútil preocuparse, pero no parecía poder evitarlo.

Al día siguiente saldría de viaje para Londres y el lunes empezaría a trabajar como socia en la firma Stephen-Gregoris, una importante empresa de importación exportación establecida cuarenta años atrás por su padre y por el socio de éste, Nick Gregoris. Pero no era pensar en el trabajo lo que le preocupaba o el hecho de que la empresa se hubiera diversificado en otras áreas. No, su verdadera preocupación era tener que encontrarse de nuevo con Leon Gregoris. Era el presidente y director de la empresa y un déspota de la cabeza a los pies, por lo que sabía por pasada experiencia. Y también, hasta el presente, había sido el albacea de las acciones, el treinta por ciento del total, que le había dejado su padre.

De niña, Bea había considerado a Leon como un amigo, incluso a pesar de ser catorce años mayor que ella. Pero aquello había acabado con la muerte de su padre. Durante los tres años anteriores, la única comunicación que habían tenido había sido de negocios, conducida a través de abogados y ocasionales llamadas de teléfono.

Huérfana a los diecisiete años, Bea había vivido en la casa de su padre en Northumbria. Su madre había muerto cuando ella era un bebé y había sido su tía abuela Lil y su tío Bob, los que la habían cuidado.

Y todavía lo hacían. Bea esbozó una sonrisa afectuosa. Iba a echar de menos a la pareja de ancianos cuando estuviera en Londres. Nunca había tenido que cuidar de sí misma hasta el momento. Mientras había ido a la universidad de Newcastle, simplemente había viajado todos los días y había vuelto a dormir a casa. Ahora estaba orgullosa del sobresaliente en matemáticas y contabilidad, y el lunes ocuparía su puesto en la empresa de su padre.

Leon Gregoris era la única nube en su firmamento: se encogió ante la idea de verlo, sin estar segura de su capacidad para enfrentarse a él.

¡Por Dios bendito! ¿era una mujer o una niña? Sacudió la cabeza desdeñosa, Era una mujer brillante e inteligente y ya no la adolescente de dieciocho años que había estado enamorada de la idea del amor.

—¡Ja! —exclamo disgustada por el recuerdo de su propia persona a aquella edad. Eres una tonta, Bea. No tienes por qué preocuparte —se dijo a sí misma con firmeza antes de dar otro sorbo a la copa:

—Si tú lo dices, querida Phoebe. Por mi parte, no discuto nunca con una dama.

La profunda y melodiosa voz le erizó el vello de la nuca. Hubiera reconocido aquella voz en cualquier parte. Apretó la mano hasta que se le pusieron los nudillos blancos contra el borde de la copa. ¡No podía ser! Alzó la vista y miró a la pareja reflejada en el cristal de la ventana.

Su propio reflejo mostraba a una mujer joven de mediana estatura con pelo liso y rubio y hombros desnudos y pálidos. Llevaba un vestido de licra de color plateado que se ajustaba a sus suaves curvas y firmes senos como una segunda piel, terminando en sus largas piernas.

Bea se quedó pálida como un muerto. La imagen que presentaba era casi fantasmal, pero no había nada de fantasmal en la alta figura del hombre moreno que sobresalía por encima de ella. Los anchos hombros le daban sombra. Las duras y atractivas facciones no habían cambiado ni un ápice, comprendió tragando saliva. El pelo muy largo y rizado y los ojos aún más negros y penetrantes. Se volvió lentamente para mirarlo, y añadió para sus adentros: y un corazón aún más negro...

—¡Leon! —murmuró cuando por fin recuperó la voz. Odió la forma en que le tembló. Ladeó la cabeza y miró su atractiva cara morena. La estaba contemplando, con los ojos brillantes de humor. Y sabía muy bien que le había dado una sorpresa mortal—. ¿Qué estás haciendo aquí? No te he invitado.

—Un descuido por tu parte, Phoebe, pero te perdono —murmuró con sorna—. Ya sabes que no me perdería tu veintiún cumpleaños por nada en el mundo.

Era la única persona que la había llamado Phoebe en toda su vida. Abrió los labios para decírselo, pero no tuvo la oportunidad. Las largas manos se posaron sobre sus hombros desnudos y una firme boca masculina descendió hacia sus labios entreabiertos.

Lo que estaba a punto de decir se desvaneció de su mente al primer roce de sus labios. Cerró los ojos.

Bea supo que no podía resistirse y alzó la mano libre hacia su pecho, pero por alguna razón, en vez de empujar, sus dedos se extendieron sobre la suave seda de su camisa. Fue Leon quien rompió el beso, murmurando contra su boca:

—Feliz cumpleaños, querida.

Entonces, levantando la cabeza para mirar su cara sonrojada y bonita, le guiñó un ojo.

—La química sigue presente, Phoebe, que es más de lo que se puede decir de esa copa de champán que aprietas con tanta tenacidad — quitándole la copa, la posó en el alféizar de la ventana—. Te buscaré otra. Vámonos al estudio para poder hablar.

Bea sacudió la cabeza para despejarse. Lo estaba haciendo otra vez, exactamente igual que años atrás. Hechizándola con un beso como a una tonta y después dándole órdenes. Esa era la forma de funcionar de Leon Gregoris y haría muy bien en recordarla.

—No, gracias, ya he bebido suficiente —se zafó de él—. Y en cuanto a lo de hablar, discutiremos todo lo que haga falta en la reunión del lunes —se sintió orgullosa de hablar con firmeza a Leon por una vez y se enfrentó a su mirada con coraje. Pero si te apetece una copa, el bar está en el comedor. Ya sabes el camino.

Se volvió para pasar por delante de él, pero Leon le asió por el antebrazo deteniéndola.

—No tan rápido, Phoebe.

Bea luchó contra la sensación de la larga mano alrededor de su piel desnuda y alzó la vista.

—Por si no lo habías notado, tengo invitados. Debo atenderlos.

Los ojos negros la observaron de la cabeza a los pies con una mirada descaradamente sexual, deteniéndose por un instante en su escote antes de volver a su cara.

—Atenderte era lo que yo tenía en mente. ¿Qué te parece, Phoebe? ¿Interesada?

Bea miró al hombre que sobresalía por encima de ella y reconoció el brillo de sensualidad en sus ojos. Leon no había cambiado nada en tres años. Seguía tan devastadoramente atractivo como siempre y exudaba

magnetismo animal sin siquiera pretenderlo. Si a eso se le sumaba la riqueza, poder y sofisticación, era un cóctel letal para cualquier miembro de la especie femenina.

Esa noche llevaba un traje de color azul marino con una camisa blanca y corbata de color azul con rayas rojas. Llevaba la americana desabrochada y los pantalones le colgaban con comodidad de las finas caderas. Por un instante se preguntó por qué iría vestido de aquella manera un sábado por la noche en una fiesta a la que no le habían invitado. Pero se contuvo de preguntar. Lo único que quería era que saliera de su casa.

—¿Quiere decir ese silencio que estás considerando mi oferta, Phoebe? —bromeó con voz susurrante.

Su profunda voz estaba demasiado cerca de su oído y, soltando el brazo, Bea respondió:

—Sigues siendo el mismo conquistador incorregible, Leon. Me da pena tu pobre mujer y... tu familia —por alguna razón no consiguió decir tu hijo—. ¡No sé cómo pueden aguantar tus muchas escapadas —añadió horrorizada al comprender que su roce y su cercanía todavía eran capaces de debilitarle las rodillas.

Pero de ninguna manera dejaría que él lo notara. Nunca más...

Él se enderezó y dio un paso atrás.

—Mi familia, si es que se le puede llamar una familia, está bien. Mi madrastra y hermanastra viven en California y apenas las veo salvo que necesiten algo —bajó la vista y la miró con aquellos ojos negros como el ala del cuervo, ya sin ninguna diversión—. En cuanto a mi mujer, tú deberías saber la respuesta mejor que nadie — opinó con cinismo.

—Perdona, no estoy al día en tus asuntos privados — dijo ella acentuando a propósito la última palabra.

Los ojos azules de Bea, cargados de desdén, se deslizaron por las duras facciones de su cara, su suave piel bronceada, la débil sombra en su mandíbula cuadrada, la pura fuerza animal de todo él. Se sintió furiosa, pero lo disimuló. Decidiendo que era el momento para la discreción, añadió con una calma que estaba muy lejos de sentir:

—Ya me ocupa bastante tiempo estar al día con mi parte en el negocio. Tus asuntos personales son asunto tuyo. Olvida que lo he mencionado.

—¿Olvidarlo? —Leon sonrió con cinismo—. ¿Cómo puedo olvidarlo cuando lo más cerca que he estado de caer en los lazos del matrimonio fue el abortado compromiso que compartimos durante unos pocos idílicos meses, mi dulce Phoebe?

¡Idílicos! Bea miró a todas partes menos a Leon, comprendiendo que buena parte de los invitados los estaban observando con ávida curiosidad. ¡Maldito fuera aquel hombre!

—No sé de qué querrás hablar que no pueda esperar hasta el lunes, pero tienes razón, en el estudio estaremos mejor.

—Eso está mejor, Phoebe —uno de sus largos brazos le cayó sobre los hombros apremiándola hacia la puerta—. Sabía que entenderías mi punto de vista.

Una vez en la relativa paz del elegante recibidor cubierto de paneles de nogal, Bea se zafó de su brazo.

—Sé donde está el estudio. Esta es mi casa —se burló de él avanzando hacia la enorme puerta bajo la escalinata, con Leon tras sus talones.

—Cierto, pero al fin el pájaro está a punto de volar del nido —suspiró con un leve tono de irritación en su grave voz—. Que es por lo que necesito hablar contigo acerca de tu entrada en el mundo más amplio de Londres y en el trabajo.

Bea lo miró. Parecía mayor. Unas cuantas arrugas le surcaban el borde de los profundos ojos negros y la sensual boca. ¿Y eran canas ya lo que asomaban en sus sienes? Sin embargo, haría darse la vuelta a la mayoría de la población femenina. De forma inexplicable, sintió una oleada de ternura por aquel hombre. Después de todo, en otro tiempo había sido un buen amigo. Quizá pudieran volver a ser amigos de nuevo.

El largo brazo de Leon se alzó por encima de su cabeza para empujar la puerta del estudio. Entonces se apartó a un lado para que ella entrara. Bea entró e inspiró con fuerza. Ella adoraba aquella habitación y siempre se imaginaba que el espíritu de su padre flotaba en el ambiente. Era una biblioteca estudio, una habitación en la que un hombre podía relajarse.

—Siempre me ha encantado esta habitación —señaló Leon mirando a su alrededor con aprecio antes de cerrar la puerta tras él y hacer un gesto hacia el sofá.

—Siéntate.

Bea se sentó con rigidez en el borde del sofá e intentó no aparentar tanto nerviosismo como sentía.

—Bueno, ¿qué es lo que era tan vital que no podía esperar hasta el lunes? —dijo apresurada.

De repente, estar a solas encerrada con Leon le pareció vagamente amenazador. Bea lo observó apoyar un brazo en la repisa de la chimenea, alto elegante y completamente relajado, mientras que ella tenía los nervios a flor de piel.

—Te pareces extraordinariamente a tu madre —reflexionó él ignorando su pregunta y mirándola con intensidad. Sus ojos oscuros se deslizaron sobre ella con la sensualidad de un experto mujeriego—. Te has convertido en una mujer increíblemente atractiva, pero la verdad es que siempre supe que lo harías.

—De verdad, Leon. Si me has traído aquí a practicar tus tácticas de conquista, olvídale... ya soy inmune a tu tipo de encanto —mintió con un leve tono de burla en la voz—. Ya lo conozco.

—Eso no es estrictamente verdad, querida. Yo nunca lo he hecho contigo —contestó él con su boca sensual curvada en una sonrisa burlona—. Pero, ¿quién sabe? Podría cumplir si me lo pides como se debe.

Bea se sonrojó como un tomate ante el comentario sexista, pero no dijo nada. Leon era el hombre más extraordinario que había conocido en su vida. Nunca ocultaba lo que deseaba de una mujer y, sin embargo, las tenía en fila esperando para meterse en su cama. Pero ella estaba resuelta a no sumarse a su larga lista de conquistas. Había conseguido escapar con suerte tres años atrás y necesitaba recordarlo todo el tiempo.

—Tomaré tu silencio como un halago y mantendré la esperanza—. Leon se rió y de dos largas zancadas se situó a su lado—. Tienes razón, por supuesto. Desde luego que no tengo tiempo para conquistas en este momento— desplomándose en el sofá, se giró de medio lado para mirarla—. El avión privado de la compañía me está esperando en el aeropuerto de Newcastle. Tengo que estar en Nueva York mañana, así que por eso me he desviado para verte.

Bea lo miró con intensidad y sacudió la cabeza con asombro.

—Eres increíble.

—Ya lo sé, Phoebe —susurró' él con tono seductor.

No podía evitarlo, pensó Bea conteniendo una sonrisa.

—Pero ya está bien de hablar de mí. Eres tú en la que hay que concentrarse. No estaré en la oficina de Londres al menos hasta dentro de dos semanas, lo que me supone un dilema. Quería estar presente en tu primer día de trabajo, pero simplemente no es posible. Sin embargo, he hablado con Tom Jordan y todo está organizado para tu llegada. Pero primero... —deslizándose la mano en el bolsillo de su pantalón, sacó un documento y una pluma—. La razón de mi inesperada visita. Tu entrada oficial en el mundo de los adultos —colocándose el papel en la rodilla, le indicó dónde firmar—. Esta noche a las doce termina mi obligación de albacea tuyo y a partir de ahora eres la propietaria del treinta por ciento de las acciones. Limpias y libres.

—¡ Ah, ya entiendo!

Tomando el bolígrafo, Bea firmó donde le había indicado.

Así que no había aparecido sólo porque fuera su cumpleaños. Durante un breve momento, Bea sintió una punzada de frustración, que apartó al instante de su mente. ¡Dios bendito! Seguramente sería un alivio no tener a Leon a su alrededor. ¿No había estado temiendo encontrarle sólo media hora antes? Pero mientras él seguía hablando, el alivio se vio sustituido por la rabia.

—He arreglado con Tom Jordan, el director de la oficina de Londres, para que empieces a trabajar como ayudante de su asistente personal, Margot. Te caerá bien. Es una mujer estupenda y sabe casi tanto como Tom de esa oficina. Y otra ventaja, también tiene un apartamento en el mismo edificio en el que vivía tu padre cuando se quedaba en la ciudad. Supongo que te alojarás allí, ¿verdad? Así no estarás sola. Tendrás una amiga...

—Espera un minuto —le interrumpió Bea furiosa—. Parece ser que ahora soy propietaria de una buena parte de Stephen-Gregoris —extendió el documento que acababa de firmar—. Y como tal, no pienso trabajar de asistente de la asistente de nadie. No he pasado los tres años pasados de mi vida estudiando sin parar para acabar como una meritoria en una oficina. Ya no soy la chica que conocías. Soy una mujer inteligente que pretende tomar parte activa en la empresa de mi padre. Directora asociada sí, pero no aceptaré nada por debajo.

Sus ojos azules, brillantes de rabia, se deslizaron por el rostro impassible de él.

No podía creer en la cara tan dura de aquel hombre...

Sin discusiones, sin pedirle su opinión... muy típico de Leon. ¡Haz esto! ¡Vive aquí! ¡Ten esta amiga!

—Así que al gatito le han crecido las garras —dijo Leon con suavidad antes de guardarse el documento en el bolsillo. Pero sus ojos se entrecerraron de rabia al ver la mirada azul furiosa de ella—. Maldita sea, Phoebe. No seas tan estúpida. De ninguna manera una chica de veintiún años, por muy brillante que sea, puede entrar en la compañía como directora asociada. Yo dirijo el negocio y te he hecho rica en el proceso. Conténtate con eso. De hecho, ni siquiera necesitarías trabajar. Pero, si quieres hacerlo, será de la forma en que te he dicho.

—De ninguna manera —respondió ella.

Leon sacó las manos y le asió por las finas muñecas. Bea sintió que la presión de sus dedos le mordía la carne. Se le aceleró el pulso, pero de rabia, no de pasión, se dijo a sí misma. Miró a su dura cara y reconoció la expresión de firme resolución, pero se negó a dejarse intimidar.

—A mi manera. ¿Lo entiendes? —dijo él con tensión.

—¡Oh, sí! Lo entiendo muy bien, Leon. Mantener a la pequeña Phoebe en su sitio o fuera del negocio en absoluto. Así podrás permanecer tú como el auténtico dictador que siempre has sido. ¡Dios mío! Si hasta estuviste a punto de casarle una vez conmigo, simplemente para mantener tu posición todopoderosa. ¡Menos mal que descubrí tras lo que andabas!

En cuanto las palabras abandonaron sus labios, supo que había ido demasiado lejos.

Los ojos negros de Leon se abrieron de asombro antes de cerrarse de rabia.

—¡Pequeña perra! —exclamó. Por fin ha salido la verdad a la luz. Rompiste nuestro compromiso no porque yo fuera demasiado mayor para ti como dijiste, sino porque creíste que quería apropiarme de tu parte de la compañía. Simplemente no confiaste en mí.

¡En eso tenía razón!, pensó Bea y casi soltó una carcajada ante la expresión de incredulidad de sus ojos. Pero su posición estaba muy lejos de ser segura, así que se contuvo.

—Dios mío. Debería darte lo que te mereces, pero como tú misma has señalado, ahora eres una mujer — volviéndola de medio lado la aplastó contra el respaldo del sofá—. Así que mereces un castigo más adulto.

La confusión sustituyó a la rabia y Bea pudo escuchar el retumbar de sus propios latidos. Vio su sombría expresión al inclinarse sobre ella.

—¡No! —gritó antes de que la cara de Leon se hiciera borrosa, su mano se enredara en su larga melena y su fuerte boca se apretara contra la de ella en un largo beso hambriento.

Bea luchó contra él con todas sus fuerzas. Sus pequeñas manos le empujaron por los hombros y al no conseguir nada, le clavó las uñas en la parte trasera del cuello. Leon retrocedió. Con su mano libre le agarró la parte frontal del vestido y en un segundo, lo había bajado hasta la cintura y su mano le estaba sujetando con firmeza un seno.

Bea jadeó y él, aprovechando sus labios llenos, le cubrió la boca de nuevo enterrando la lengua en su dulce y oscura caverna. Leon apoyó todo su peso sobre ella y sus largos dedos retorcieron el botón perfecto de su seno hasta ponerlo duro. Bea se sintió sacudida por sensaciones eléctricas mientras forcejeaba bajo su cuerpo. Pero no podía comparar su fuerza y peso superiores, y lo que era peor, sus besos le estaban produciendo una fiera pasión tentadora a la que no era capaz de resistirse.

Su boca nunca abandonó la de ella, pero sus manos estaban por todas partes, apretando, acariciando, atormentando. Su musculosa pierna se deslizó sobre su muslo y Bea sintió toda la presión de su excitación masculina contra su carne... ¡Su carne!

Su cabeza nublada por la pasión asimiló lo que estaba sucediendo. El vestido de lame era poco más que un cinturón alrededor de su cintura y la alarma le hizo luchar de nuevo. Levantó una mano y, deliberadamente, deslizó las uñas por una de sus mejillas.

—¿Que diablos?

Al retroceder, ella aprovechó la ventaja y se deslizó bajo él hacia el suelo.

No le importaba el aspecto que tuviera y, arrodillándose, se alzó la parte delantera del vestido, se levantó y tiró de la falda para abajo.

Se apartó de él, frotándose la mejilla. Con la respiración jadeante y la cara sonrojada, lo miró con debilidad. Leon bajó la vista con asombro hacia la sangre que tenía en la mano y después la alzó hacia Bea con ojos brillantes de furia.

—¡Pequeña víbora! Me has hecho sangrar.

—Te está bien. Por atacarme.

Bea no tenía ni idea de lo joven y excitante que le parecía al hombre que estaba sentado. Ni de lo preciosa. Todavía se estaba recuperando de la inesperada explosión de pasión entre ellos. Y de su propia vergüenza por haber reaccionado así ante Leon.

Durante largo rato, los dos se miraron, mientras la tensión sexual que flotaba en el aire era casi tangible.

Fue Leon el que rompió por fin el contacto. Miró al suelo y dijo en voz muy baja:

—Sí, tienes razón y me disculpo.

Los ojos azules de Bea se abrieron de asombro.

—¿Que tú le disculpas? —preguntó como si no pudiera creer en lo que estaba oyendo.

—Sí, me disculpo un millón de veces —la miró con una expresión indescifrable. Soy mucho mayor que tú y debería tener mucho más control. Pero en todos los años que te conozco nunca se me hubiera ocurrido que no confiaras en mí.

Bea, por alguna extraña razón, encontró difícil mirarle a los ojos. Sin embargo, él no había intentado negar la acusación. Entonces, ¿por qué se sentía ella avergonzada? Era Leon el que debería sentir vergüenza, por haber intentado engañar a una ingenua adolescente. Pero dudaba que él conociera el significado de la palabra vergüenza. Leon se movía por la vida con una confianza suprema en sus propias habilidades, un depredador implacable, tiburón de los negocios, y llevaba su posición de poder con arrogante facilidad. Y, comprendió Bea, era igual de implacable en su vida privada.

Leon se encogió de hombros olvidando el asunto de la confianza y se pasó la mano por el pelo despeinado para retirarlo de la frente.

—Y también, Phoebe, debería haberte explicado con más detalle tu posición en la compañía.

Echó un vistazo a su Rolex de oro y frunció el ceño.

—Tengo demasiada prisa. Pero, por favor, comprende que no estarás trabajando como auxiliar de oficina. Tom y Margot tienen instrucciones estrictas de enseñarte todos los aspectos del funcionamiento de la oficina de Londres. Podrás conocer personalmente a todo el personal que tenemos contratado. Tu puesto es bastante modesto, así que no tendrán resentimientos. Pero si insistes en contar que eres propietaria de la empresa

y en ser directora asociada nada más entrar, crearás resentimientos. ¿Eso es lo que quieres? ¿Comentarios acerca de favoritismo en el trabajo? ¿O quizá hasta publicidad en la prensa?

Bea no lo había pensado bajo aquel punto de vista, pero tenía que reconocer que Leon tenía cierta razón.

—No, no es eso lo que quiero —dijo en voz muy baja.

—Eso pensaba. Por eso he hecho los arreglos que he hecho. Sólo Tom y Margot conocen tu verdadero estatus, pero depende de ti si quieres que lo sepan todos los demás. Personalmente, sólo quería protegerte, al menos durante los primeros meses. Esperaba poder quedarme en Inglaterra unas semanas, pero es completamente imposible. Entrar en el mercado americano y del Lejano Oriente ha sido un gran éxito, pero me paso la mayor parte del tiempo en un avión entre Nueva York, Hong Kong y Atenas, como sabrás por los informes de la empresa que te mandamos —la miró con intensidad—. ¿Los lees? —preguntó con una sonrisa.

A Bea le dio un vuelco el corazón al verla.

—Sí, por supuesto.

Le devolvió la sonrisa y dio un paso hacia él. Leon tenía razón. Desde que él dirigía la compañía, se había expandido de forma increíble. Sus acciones se habían valorado en bolsa, pero asegurándose de que seguía siendo una empresa familiar. El nombre de Leon salía a menudo en los periódicos financieros de todo el mundo y el meteórico ascenso de Stephen-Gregoris como compañía internacional líder, era señalado constantemente. En cuanto a las revistas del corazón, le apodaban como el «tiburón rebelde», probablemente porque cuando había empezado a aparecer en la prensa, llevaba el pelo largo atado en una coleta.

—Tienes razón —admitió Bea—. Ha sido una estupidez por mi parte pretender ser directora asociada nada más entrar. Ahora lo entiendo. Pero quiero aprenderlo todo y quizá con el tiempo, pueda también visitar las oficinas en el extranjero y hasta trabajar en alguna—cuanto más lo pensaba, más le gustaba la idea—. Quizá el año próximo por estas fechas me vaya a Nueva York.

—¿Por qué no? —Leon se levantó y cruzando hacia donde estaba ella, le tomó las manos en las suyas—. La próxima semana Londres y el año próximo el mundo.

Bea ladeó la cabeza para mirarlo a la cara con expresión seria.

—¿Estás bromeando o crees de verdad que podré hacerlo? — preguntó con un tono sorprendentemente calmado para lo acelerado que tenía el pulso.

Leon le soltó las manos y le dio un ligero beso en lo alto de la cabeza.

—Creo, Phoebe, que podrás hacer lo que te propongas y será mejor que el mundo esté preparado.

—Y tú también —le sonrió con una mirada equívoca—. Puede que decida que quiero tu trabajo.

Leon arqueó los labios y soltó una carcajada.

—Eres toda una mujer, Phoebe —sacudió la cabeza morena todavía sonriendo—. Pero de verdad que me tengo que ir —sacando una pequeña caja de terciopelo del bolsillo, se la pudo en la mano—. Feliz cumpleaños y buena suerte el lunes. Estaremos en contacto.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la puerta.

—¡Espera! Te acompañaré.

Corrió tras él, pero Leon la detuvo con una mano en el hombro.

—No es buena idea, Phoebe. A menos que quieras que tus amigos se hagan una idea equivocada.

—¿Mis amigos?

Bea lo miró confusa. No tenía ni idea de qué estaba hablando.

—Mírate en el espejo antes de salir de nuevo, querida...

Entonces abrió la puerta despacio y salió, dejándola con el eco de su carcajada.

Bea abrió despacio la caja. Dentro había un delicado colgante de oro con un zafiro azul oscuro rodeado de diamantes. Después de ponérselo, se quedó mirándolo fascinada. Leon era tan generoso como irritante.

Capítulo 2

TODAVÍA asombrada por el regalo de Leon, Bea se preguntó por qué no se habría quedado a ver cómo lo abría. ¿Qué había dicho? ¡Que se mirara al espejo! Bea salió despacio del estudio y, por suerte, el aseo estaba vacío.

Una mirada en el espejo y se olvidó del colgante. Quería morir de vergüenza. El pelo rubio estaba todo revuelto sobre su cara sonrojada y la pintura de labios roja estaba por todas partes menos en los labios, que estaban inflamados de los besos. Y lo que era peor, el vestido que había creído subir de forma decorosa, le cubría uno de los senos, pero el otro quedaba descubierto hasta la aureola del pezón.

Bea lanzó un gemido. Nunca más se pondría aquella malla de lamé, se juró. No le extrañaba que Leon le hubiera dicho que se mirara al espejo. Pero el muy bastardo, le podía haber dicho antes lo del vestido en vez de regodearse y reírse a sus expensas. ¡Y pensar que hasta había pensado que podrían ser amigos de nuevo!

Salpicándose agua fría en la cara y arreglándose lo mejor que pudo, sintió que se le escapaba una carcajada amarga ¿Es que nunca aprendería en lo que se refería a Leon? Él había llegado, había conseguido que ella aceptara sus deseos y la había dejado... Y en cuanto a lo del regalo de cumpleaños, para un hombre tan rico como Leon, aquel colgante era una pura baratija.

Sabía que estaba siendo irracional. Ella también era una mujer bastante rica.

A las dos de la mañana, se apoyó contra el marco de la puerta agradecida del aire fresco. Estaba agotada. Con un suspiro de alivio cerró la puerta con llave. Al fin estaba sola...

¡Vaya fiesta!, pensó malhumorada caminando hacia el santuario de su habitación y quitándose el colgante de zafiro en el camino. Lo que debería haber sido la gran noche de su vida se había convertido en un horror y todo por culpa de Leon Gregoris. Se suponía que debería estar agradecida de que se hubiera ido pronto y de que no tuviera que enfrentarse a él el lunes. Pero, de alguna manera, no le servía de consuelo.

Cuando entró en su habitación y cerró la puerta, se quitó el vestido de lamé y, con la diminuta ropa interior de encaje, dejó el colgante en el peinador. Lo miró durante un instante y entrecerró los ojos. Le parecía vagamente familiar. Con un gran bostezo, descartó la idea y sacando el camisón de algodón de debajo de la almohada, se dirigió a su cuarto de baño. Cinco minutos más tarde se metió en la cama. Alzando el edredón rosa hasta la barbilla, cerró los ojos deseando dormirse enseguida.

Pero no fue así. La cara morena de Leon aparecía sin cesar en su mente y se llevó un dedo a los labios inflamados. Recordó entonces la primera vez que su padre la había mandado a aquella misma habitación por haber sido mala. Eso también había sido culpa de Leon...

Había sido un sábado, igual que esa noche. Bea tenía ocho años y su padre tenía invitados a pasar el fin de semana: el señor Gregoris y su hijo. Después de haber pasado todo el día entre adultos, Bea estaba aburrida.

Por eso, hacia las siete de la tarde, se había escabullido por la puerta trasera del jardín, algo que tenía completamente prohibido. Se había encontrado a dos chicos del pueblo un poco mayores que ella, Jack y Ned, que la habían dejado jugar con ellos. Había empezado a jugar a indios y vaqueros y a ella le había tocado de india para acabar atada a un árbol.

Había sido Ned el que había sacado un cuchillo del bolsillo diciendo:

—Ahora prueba un poco de tu propia medicina a ver que tal te sabe.

La había agarrado de la larga melena y antes de cortarle la cabellera, ella había empezado a gritar. Así era como la había encontrado Leon.

Recordaba haberle echado los brazos al cuello y haber apoyado la cabeza en su pecho para, entre sollozos y gemidos, decirle lo maravilloso que era por haberla salvado. El había sido su héroe, el alto hombre moreno con una coleta tan larga como la suya. Al menos, lo había pensado durante unos diez minutos, hasta que había empezado a darle una charla acerca de cómo debían portarse las niñas pequeñas. Y aún peor, había acabado contándoselo a su padre y ella castigada en aquella habitación sin cenar.

Mirando atrás, Bea comprendía que aquello había sido el comienzo de su relación amor-odio con Leon. Después de eso, no le habla visto mucho. Leon sólo había acudido dos o tres veces al año y cuando la había visto, siempre había sido agradable con ella aunque un poco mandón. Pero entonces ella le había considerado su amigo adulto y la mayoría de los adultos eran un poco mandones...

El viejo señor Gregoris había fallecido cuando Bea tenía once años. Recordaba que su padre había ido a Chipre al funeral, pero ella no había asistido. Después de eso, Leon acudía solo a visitar a su padre, pero la mayor parte de las veces, se reunían en Londres.

Entonces, cuando ella había llegado a la adolescencia y había empezado a leer las revistas del corazón de la tía Lil, había descubierto que Leon tenía fama de conquistador. Su procesión de mujeres estaba bien documentada y una vez, cuando tenía quince años, había bromeado con él al respecto. Leon le había dicho que no creyera todo lo que leyera en las revistas. Por una vez, había parecido perder su sentido del humor y se había disgustado.

Bea comprendió de repente que había sido la última vez que Leon había visitado su casa después de la muerte de su propio padre. Leon había aparecido en el cementerio un día gris de enero y le había tomado de la mano. Él había sido una torre de fuerza para la triste chica asustada de diecisiete años. Como él había perdido a su padre ya, parecía entender muy bien cómo se sentía.

De vuelta a la casa, Leon se había encargado de todo y le había explicado lo de su herencia, insistiendo en que terminara su último año de colegio. También se había asegurado de que Lil y Bob la cuidarían, aunque ella no había tenido ninguna duda de eso. Leon se había ido después de una semana debido a las obligaciones del trabajo, pero había prometido volver para las vacaciones de semana santa. Y, fiel a su palabra, lo había hecho. Pero había sido un Leon diferente el que había vuelto.

Antes de eso, Bea le había visto como a una especie de tío, un amigo adulto. Entonces, de repente, la había empezado a tratar como a una adulta. Cuando llegó, ella le recibió con su habitual beso en la mejilla, y para su asombro, Leon la había agarrado por la cintura.

—Seguramente con casi dieciocho años sabrás hacer algo mejor que eso, ¿verdad, Phoebe? Veo que voy a tener que educarte —había dicho cubriéndole los labios con los suyos.

Bea se estremeció y se apretó el edredón alrededor del cuerpo. Había sido tan inocente y tonta que lo había estropeado todo.

Pero Leon había hecho su papel a la perfección. Era un hombre cuyo devastador encanto y sofisticación podían convertir a la más dura mujer de negocios en una colegiala, y había dirigido toda la fuerza de su dinámica personalidad hacia la joven Bea. Ella le había admirado como a un ídolo.

El éxito de la empresa desde que Leon la había dirigido estaba bien documentado. De una pequeña firma de importación exportación, Stephen-Gregoris se había convertido en una fuerza reconocida en el mercado mundial. Leon los había hecho a los dos millonarios, como había indicado casualmente el último día de su visita...

Era un precioso día de primavera. Iba a llegar un coche a mediodía para llevar a Leon al aeropuerto, desde donde volvería a Londres para emprender después vuelo a Atenas. Sentada frente a él en la mesa de la salita del desayuno, Bea se estaba sintiendo triste ante la inminente partida de Leon; los cinco días anteriores habían sido maravillosos.

La noche anterior la había invitado a cenar al Veintiuno, un exclusivo restaurante de New Castle. Al llegar a casa, la había conducido al salón y la había hecho sentarse en el sofá a su lado, ella se había acurrucado contra él con un suspiro de puro contento.

—¿Feliz, corazón? —le había preguntado Leon.

Y sin esperar su respuesta, la había girado en sus brazos y la había besado. Bastante tiempo después, había alzado la cabeza para mirar su cara sonrojada.

—Hay algo que quiero preguntarle, Phoebe. Ya sé...

En ese momento había entrado Lil.

—Os he oído llegar y os he traído un café.

A Bea no le había gustado la interrupción. Tenía la sospecha de que Lil estaba actuando como carabina y había estado segura de ello cuando la tía se había sentado y había servido tres tazas antes de preguntarles cómo lo habían pasado. Una hora después, Bea se había ido a la cama todavía preguntándose...

Al día siguiente, sentada con Leon a la mesa del desayuno, Bea suspiró y terminó la taza de café clavando sus ojos azules en lo alto de la morena cabeza de él. Leon parecía ajeno a su presencia, leyendo el periódico de la mañana. Fuera lo que fuera lo que hubiera querido preguntarle la noche anterior, estaba claro que lo había olvidado por la mañana, pensó sombría. En pocas horas se habría ido y ella se quedaría estudiando para conseguir pasar la selectividad. Tenía una plaza en la universidad de Newcastle esperando en función de que pasara el examen.

—No te pongas tan triste. Puede que nunca pase.

La profunda voz de Leon interrumpió sus sombríos pensamientos.

Mirando hacia él, estuvo a punto de decir que ya había pasado, que él se iría, pero tuvo el sentido de guardar sus pensamientos y sólo dijo:

—Pero mis exámenes empiezan dentro de seis semanas. Va a ser una época dura para mí mientras que tú estarás volando por todo el mundo charlando con cada mujer bonita que te encuentres.

Intentó esbozar una sonrisa de broma, pero no le salió.

Su innato sentido común le dijo que Leon sólo había estado coqueteando con ella los días anteriores. Que un hombre como él no podía estar interesado en ella. Sólo era amable por la relación que había tenido con su padre y porque ahora eran oficialmente socios.

—¿Celosa, Phoebe? —bromeó él posando el periódico en la mesa y levantándose—. No hay necesidad.

Era alto, casi uno noventa e increíblemente atractivo. Tenía que rondar los treinta y dos años. Demasiado viejo para ella. Pero era tan vitalmente masculino, tan elegante con su traje immaculado de tres piezas y, sin embargo, sutilmente poderoso y soberbiamente saludable, lo que dado su estilo de vida, era un milagro. Si podía creer en los periódicos, jugaba tan fuerte como trabajaba. Fascinada, Bea lo observó rodear la mesa y extender una mano hacia ella.

—Ven, dulzura. Vamos a dar un paseo antes de que me vaya. Y, con un poco de suerte, podremos escapar de la tía Lil por un rato.

Bea posó la mano en la de él y Leon la levantó. Cinco minutos más tarde, Leon, sin soltarle de la mano, abrió la puerta del jardín y la condujo por el camino.

Hablaron de sus exámenes, del curso de la universidad y de sus ambiciones. Fue sólo cuando perdieron de vista la casa cuando Leon se detuvo de repente a pocos pasos del enorme sauce.

—El árbol donde te capturaron —declaró él con una sonrisa.

Bea volvió la cabeza y soltó una carcajada.

—Sí y no me he olvidado de que me encerraron en mi habitación por tu culpa.

Él entrecerró los ojos al mirar su juvenil silueta. Bea llevaba unos vaqueros y una camiseta azul. Sus altos y firmes senos, claramente definidos contra la suave tela, hacían evidente que no llevaba sujetador. Leon deslizó el brazo alrededor de su cintura y la apretó contra su cuerpo.

—Me gustaría poder encerrarte en mi habitación.

Ella lo miró aturdida con toda la inseguridad de su juventud reflejada en sus profundos ojos azules.

—¿Porqué? — preguntó.

—¡Por Dios bendito! No me mires así. Me haces sentir... No importa.

Leon vaciló y siguió andando hasta llegar al árbol. Apoyando la espalda contra el tronco, con las piernas abiertas, la volvió con ligereza en el círculo de sus brazos hasta dejarla entre sus musculosos muslos.

El leve roce de sus manos en su cintura y el sutil aroma masculino de él conspiraron para desbocarle el corazón. Bea deseaba adelantarse más, sólo unos centímetros para poder estar en contacto con su duro cuerpo, para hacer que aquella orgullosa cabeza se inclinara y sentir su firme boca contra la de ella. No se conocía a sí misma. Bea nunca había sentido aquello por un hombre antes. Pero Leon tenía el poder de ponerle los nervios a flor de piel, de desatarle las pasiones, las emociones... Sólo sabía que su viril aura era tal que prometía todo lo que una mujer podía desear, con la seguridad de que quedaría satisfecha.

—¿Has vuelto a ver a alguno de aquellos dos pequeños monstruos otra vez?

—¿Qué? —Bea dio un respingo ante la pregunta—. Sí, si los he vuelto a ver.

Leon le dirigió una mirada burlona.

—Espero que no aquí. Seguramente no habrás sido tan estúpida como para dejar que te atrapen por segunda vez.

—No. Jack, el mayor de los dos, es un buen amigo mío. Está en el segundo año de universidad en Oxford y ya pertenece al equipo de rugby. Hemos ido a un par de fiestas juntos en las vacaciones de Navidad. Y me mandó una tarjeta la semana pasada. Se va a pasar la semana santa a Suiza. También es un buen esquiador y de hecho, todo un deportista.

Leon deslizó el brazo alrededor de su cintura y la atrajo contra él. Con la otra mano libre, le alzó la barbilla.

—¿De verdad? Pues espero que se rompa una pierna.

—¡Leon! Eso es ser muy bajo.

—No, realista —contestó él con una carcajada—. Si alguien va a volverte a atar alguna vez, ese voy a ser yo.

Y, con un rápido movimiento, fue Bea la que estuvo apoyada contra el tronco.

—Tú no lo harías, y de todas formas, no tienes una cuerda.

—¿Y quién la necesita? —murmuró Leon apretándola contra el árbol con la presión de su largo cuerpo, su cabeza morena inclinándose para rozarle los labios—. ¿Me dejarás que te ate a mí, Phoebe? —preguntó con voz ronca chupándose el labio inferior mientras su mano la sujetaba por detrás del cuello para mantenerle la cabeza alta.

Leon deslizó entonces un reguero de besos por su frente, sus ojos, sus mejillas, antes de volver de nuevo a sus labios entreabiertos.

Bea se sentía impotente ante su suave persuasión mientras seguía besándola en el cuello hasta que su mano abarcó uno de sus senos por encima de la camiseta, apretándole el pezón con el dedo pulgar.

—¿Te atarás a mí, hablando en sentido metafórico, mi dulce Phoebe? ¿Serás mi mujer?

Por supuesto que ella dijo que sí. Dijo que sí a todo lo que él sugirió. Su compromiso sería un secreto hasta que ella hubiera terminado la universidad y el día de su dieciocho cumpleaños, en agosto, él la llevaría a su villa familiar de Chipre y lo declararían al mundo entero. Podrían casarse unas semanas después y, si ella quería, todavía podría ir a la universidad.

Bea estuvo flotando todo el último trimestre de colegio. La pena por haber perdido a su padre todavía duraba, pero su amor por Leon y el saber que él también la amaba, suavizaban todas las cosas. Hasta se aplicó en los estudios con renovado vigor.

Leon telefoneaba cada dos noches, estuviera en el sitio del mundo que estuviera y con su apoyo y ánimo, Bea se había convertido en una joven segura. Sólo había tenido una pequeña discusión con él en junio: el colegio iba a terminar en junio y ella quería reunirse con él en cuanto acabara, pero Leon dijo que no. Pero la negativa había quedado compensada por la llegada al día siguiente de un inmenso ramo de flores y de una carta de amor desde América, al otro, explicándole sus compromisos pero prometiéndole estar de vuelta en Inglaterra la semana antes de su cumpleaños, a mediados de agosto.

Una mañana de ese mismo mes, Bea estaba en el vestíbulo con una carta en las manos.

—¡Lil, las notas! —gritó.

—Bueno, pues ábrelo, querida —dijo Lil uniéndose a ella.

Con dedos temblorosos, Bea rasgó el sobre y en cuanto echó un vistazo, se puso a bailar una polca con Lil por todo el recibidor.

—¡He pasado! ¡He pasado! Cuatro sobresalientes.

Para hacer completa su felicidad, después de pasarse dos horas llamando a sus amigos, Leon había llegado. Bea todavía estaba hablando por teléfono cuando escuchó su profunda voz a sus espaldas.

—¿Me has echado de menos, Phoebe?

—¡Tengo que dejarte!

Bea lanzó un grito y tiró el teléfono en la mesa. Un fuerte brazo le rodeó la cintura y le dio la vuelta.

—¡Leon, has vuelto! —murmuró muy nerviosa de repente.

La mano de Leon le alzó la barbilla y sus ojos estudiaron su adorable cara.

—¿Es eso lo mejor que sabes hacer para darme la bienvenida, cariño? Unos meses separados y sólo me dices: ¡has vuelto!

—Exactamente ciento treinta y dos días —Bea miró su reloj—. Y veintidós horas —deslizó sus esbeltos brazos alrededor de su cuello con una amplia y preciosa sonrisa—. Y te he echado de menos todos esos días.

Después de un largo beso, Bea miró embriagada los oscuros ojos de Leon.

—No te esperaba hasta mañana.

—Cambio de planes. Tengo que estar en Atenas mañana.

Leon se pasó los diez minutos siguientes explicándole los motivos, pero Bea apenas se enteró. Estaba demasiado encantada de tenerle a su lado, de escuchar su voz, de fijar sus ojos en su poderoso cuerpo masculino.

Y su estado de embriagada felicidad había durado hasta que el avión había aterrizado en Atenas, y aún más...

Con un suspiro, Bea posó el libro en el suelo al lado de la mecedora en la que estaba tomando el sol. No parecía poder concentrarse en la lectura.

La villa de Leon estaba en lo alto de las colinas de Paphos, en el sector griego de la isla de Chipre. La vista que se extendía delante de ella era magnífica: una incitante piscina turquesa y tras ella el jardín, descendiendo por las colinas con parterres atestados de flores y arbustos, todo cercado por un ondulante muro blanco. Bajo ellos, lejos en la distancia, el antiguo puerto de Paphos y su magnífica fortaleza se recortaban contra el azul del Mediterráneo.

Su único atuendo era un minúsculo bikini y, sin embargo, el calor era sofocante, echando un vistazo a su cuerpo medio desnudo, se incorporó y empezó a ponerse crema en los brazos y las piernas y sobre el plano estómago. El problema era que no era el calor exterior lo que la abrasaba sino el interior.

La noche anterior había sido maravillosa. Leon había dado una gran fiesta para anunciar que estaban oficialmente comprometidos.

Esta había sido perfecta. Sólo había habido un pequeño detalle y sabía que era una estupidez, pero... Después de que los invitados hubieran partido y los que se alojaban en la casa se hubieran acostado, por fin ella y Leon se habían quedado solos. Leon la había acompañado hasta la puerta de su habitación y la había tomado en sus brazos.

Bea cerró los ojos un instante al revivir las sensaciones que su beso había despertado la noche anterior. Sus labios se estremecieron bajo el suave roce de su boca, entonces él había empezado a chuparle el labio inferior explorando su boca con la lengua en cuanto la abrió para él. Las manos de Bea, como si tuvieran voluntad propia, se habían colgado de sus anchos hombros, glorificándose en la fuerza de sus músculos y el poder de su cuerpo. Leon había profundizado el beso con una relajada sensualidad que le había inflamado todo el cuerpo con una temblorosa necesidad que había llegado hasta el centro de su ser.

Bea había murmurado su nombre:

—Leon.

Al fin estaban prometidos y la cama estaba justo detrás de la puerta. Su firme cuerpo joven se había arqueado contra él, sufriendo de frustración al sentir el poder de su excitación contra su pelvis.

—No, Phoebe —había murmurado él contra sus labios—. Diez días no es una espera tan larga —la había soltado—. Quiero que tengas una noche de bodas perfecta. Te la mereces. Y eso significa mantener mi deseo controlado hasta entonces.

Suspirando por tercera vez, Bea rodó sobre el estómago en la hamaca. Había sido un sentimiento noble por parte de Leon, pero no había aliviado la frustración que sentía en las entrañas... Con la cabeza apoyada en los brazos doblados, se había adormilado...

Bea alzó la cabeza, adormilada, y se dio la vuelta de espaldas sin estar segura de qué era lo que la había despertado. La hamaca, colocada cerca de la casa, estaba ahora a la sombra.

—Gracias a Dios —murmuró para sí misma al comprender que se hubiera abrasado como un cangrejo.

Entonces lo oyó de nuevo. Su propio nombre pronunciado por alguien desde dentro de la villa.

Dios, Leon había vuelto. Había ido poco antes a Paphos a ver a alguien. Estaba a punto de levantarse cuando otra voz flotó en el aire desde la ventana abierta a pocos metros de ella.

—¿Buscando a tu novia niña, Leon cariño? —era la voz de Selina, la chica americana—. No creo que tengas tanta prisa en encontrarla después de que te enteres de lo que tengo que decirte.

—Selina, no hay nada que tengas que decirme que me interese.

—Leon, no seas así. Soy yo, Selina, tu amante durante estos tres últimos años. No puedes engañarme.

Bea gimió y llevándose una mano a la boca, se mordió el nudillo para ahogar el grito de angustia.

—Vamos, Selina. Estás perdiendo el tiempo. Ya te dije que lo nuestro se había acabado hace unos meses. Vosotras, las mujeres de carrera sois todas iguales. Proclamas que eres igual que los hombres en todos los aspectos y te metes comenta en una relación sin compromisos claramente definida, para darnos placer mutuo. Entonces, en cuanto te digo que se ha acabado, en vez de actuar como un hombre y alejarle, empiezas a usar todos los viejos trucos femeninos.

—Por favor, Leon. Tienes que escucharme. Yo sé que te importo y que no puedes amar a esa colegiala. Hasta tu madrastra dice que tu compromiso tiene más que ver con cimentar el negocio y controlarlo por completo que por verdadero amor.

—Mis motivos son asunto mío, Selina y no están abiertos a discusión. Ahora, apártate de mi camino y mantente fuera.

—Eso podría ser muy difícil de hacer. Sobre todo cuando dentro de siete meses nazca nuestro hijo.

—Eso es imposible porque yo siempre uso protección. Sobre todo para evitar chantajes. Hazte un favor a ti misma y vete antes de que tenga que echarte yo.

Bea no podía creer en lo que estaba oyendo. Era un Leon al que no conocía: duro y sin un ápice de compasión. Pero lo peor estaba por llegar.

—¿No te estás olvidando de algo, Leon? ¿Hace dos meses en la fiesta de los Mackenzies en Newcastle? Fuiste en avión, estuviste de fiesta la mitad de la noche y despertarse en mi cama por la mañana. Y no te preocupaste mucho de usar protección. Y estoy segura. Fue allí...

Durante un largo rato, sólo hubo un tenso silencio.

—Eres una perra, Selina. Lo hiciste a propósito, ¿verdad?

Bea no escuchó el resto de la conversación. Ya había oído suficiente. Levantándose, se escabulló en silencio al interior de la casa entrando por la cocina. Utilizó la escalera de servicio para llegar hasta su habitación y una vez allí, cerró con llave. Se desplomó en la cama, pero no pudo llorar. Estaba demasiado traumatizada como para soltar una sola lágrima. En vez de eso, se quedó mirando a las paredes blancas preguntándose a sí misma una y otra vez: «¿Cómo he podido ser tan tonta?»

Capítulo 3

BEA había sido manipulada y explotada por el primer hombre al que había dejado acercarse en su vida. Debería haber comprendido que un sofisticado hombre mundano como Leon no podría estar interesado en una ingenua jovencita salvo que tuviera algún propósito oculto. Pero ella había aceptado cegada todo lo que Leon había dicho. Hasta había aguantado que la llamara Phoebe cuando prefería mil veces que la llamaran Bea...

Sintió una oleada de náusea en el estómago; la sensación de traición devoraba todo su ser. Que se hubiera equivocado tanto con un hombre al que había conocido de toda la vida, le hacía arder de vergüenza ante su propia ingenuidad.

Golpeó el colchón con los puños apretados y gritó en voz alta:

—¡Tonta! ¡Tonta! ¡Tonta!

Entonces afloraron las lágrimas. Bea lloró hasta quedar extenuada y con la garganta seca y dolorida. Por fin se incorporó despacio. No tenía ni idea del tiempo que llevaba en la habitación, pero ya estaba oscureciendo. Eso era una confirmación, por si necesitara alguna, de lo poco que Leon se preocupaba de ella.

Salió de la cama y se fue al baño. Al mirarse en el espejo hubiera llorado si le hubiera quedado alguna lágrima. Con los ojos inyectados en sangre e hinchados, la imagen que le devolvió el espejo estaba pálida como una fantasma. No tenía ni idea de cómo iba a enfrentarse a Leon de nuevo.

Quitándose el bikini, se metió en la ducha y abrió el grifo de agua fría. Se quedó bajo el chorro rogando porque abotargara su cuerpo y su cerebro, pero fue inútil. La imagen de Leon y Selina juntos le torturaba la mente. Tres años... habían sido amantes durante tres años e iban a tener un hijo. Oyó de nuevo la furiosa explosión de Leon: «Lo hiciste a propósito».

Y eso era lo que más le dolía de todo. Leon había intentado negar que el niño fuera suyo. Simplemente estaba furioso por haberse dejado pillar en el truco más viejo del mundo. Bea salió de la ducha, se enrolló una toalla alrededor del cuerpo y volvió a la habitación. Se paró delante del peinador, se sacó el anillo del dedo y lo tiró sobre la superficie brillante.

Su anillo de compromiso. ¡Menuda broma! Mientras que ella se había considerado a sí misma prometida desde semana santa, cuando Leon

le había pedido que se casara con él y había aceptado, él no parecía haberse sentido comprometido y había seguido acostándose con su antigua amante.

No era sorprendente, la verdad, pensó de forma mecánica mientras se disponía a vestirse. Siempre había sabido que Leon era un mujeriego, pero en su juvenil ingenuidad había creído que ella podría cambiarle. Se le escapó una carcajada amarga.

Recordó la noche anterior y sus apasionados besos y después su rechazo a lo que era evidente que ella le estaba ofreciendo. ¡Así que quería que tuviera una noche de bodas perfecta! ¡Vaya mentira!

Con tristeza, Bea comprendió que probablemente no la deseara de forma sexual. No, sólo quería el control completo de la empresa. Con esa idea, su dolor empezó a transformarse y para cuando se sentó frente al espejo a punto maquillarse, ya no estaba triste sino furiosa. Una furia fría y enloquecedora. Entonces se le ocurrió la forma de escapar con el orgullo intacto y sin desvelar lo que sabía.

Al final fue muy simple. Bea entró en el comedor sin una gota de maquillaje en la cara pálida, con el pelo atado en una coleta y con el vestido más sencillo de algodón que había metido en la maleta. Sabía que parecía ridículamente joven, pero eso era lo que pretendía.

Tany, la madrastra de Leon, Amy y Selina estaban elegantemente ataviadas y sentadas ya a la mesa. Pero Leon estaba de pie cerca de la puerta y se había acercado al instante al lado de Bea. Inclino la cabeza para besarla. Ella lo vio y deliberadamente se desvió para que sus labios le rozaran la mejilla en vez de la boca.

—¿Pasa algo, Phoebe? —preguntó con solicitud.

Bea estuvo a punto de explotar. ¡Sí, rata! Pero mordiéndose la lengua, simplemente alzó la vista hacia él mostrándole sus ojos enrojecidos.

—No exactamente.

—Por favor, sentaos los dos. Queremos comer —ordenó Tany.

Leon le dirigió a Bea una mirada de preocupación, pero apartó la silla para ella y se sentó al lado.

Fue Tany la que primero lo notó.

—Bea, ¿dónde tienes el anillo, querida? No irás a perderlo. Conociendo a Leon seguro que ha costado una fortuna. ¿Y qué te ha pasado en los ojos?

Bea empujó la silla con dramatismo y se puso de pie. Lo último que deseaba era cenar con aquel grupo.

—Por favor, tendréis que disculparme. No tengo hambre —miró la cara vuelta de Leon y notó el asombro en su expresión—. Lo siento de verdad pero todo ha sido un error. Lo he comprendido esta tarde. Esto es precioso, pero... echo de menos mi casa. Echo de menos a mis amigos y a Lil y el fresco verano inglés y no quiero casarme. Todavía no.

Se le deslizó una sola lágrima que dio crédito a su historia. Pero era una lágrima de lástima por sí misma, una emoción que despreciaba. Secándose la mejilla con el dorso de la mano, vio los ojos oscuros de Leon entrecerrarse antes de levantarse y apoyar las manos en sus hombros.

—No seas tonta, Phoebe. Serán los típicos nervios de la novia —le sonrió—. Te prometo que todo saldrá bien.

Bea se retorció para librarse de sus manos y se dio la vuelta para mirarle a la cara.

—No saldrá bien porque no voy a casarme contigo. Quiero irme a casa y seguir con mis estudios y mi vida. Lo siento. Creo que ha sido por haber perdido a mi padre I hace tan poco tiempo. Necesitaba una figura paternal y la busqué en ti. Pero esa no es razón para casarse.

Le costó hacer acopio de todo el control que poseía para mantener la mirada de enfado de Leon y hacer el último comentario:

—Ahora me doy cuenta de que no estoy preparada para el matrimonio ni para el compromiso. Sólo tengo dieciocho años y soy muy joven y tú... bueno, eres...

Se detuvo para implicar que Leon era demasiado viejo para ella..

Había sido la referencia a la edad la que lo había conseguido, comprendió Bea en el avión para Inglaterra al día siguiente. Todavía veía la mirada de frustración de su sombría cara atractiva mientras Selina y Amy tuvieron la temeridad de reírse.

Cierto que él había intentado hacerla cambiar de idea mucho más tarde. Había entrado en su habitación y había intentado con su experiencia sexual besarla para convencerla.

Pero saber que su amante Selina estaba abajo, le dio a Bea la fuerza para permanecer fría en sus brazos. Pero no sabía el tiempo que podría haber aguantado porque todavía le deseaba, aunque se odiara a sí misma por sentir aquello. Pero la llegada de Tany para enterarse de cómo estaba

Bea había detenido a Leon. Y, en presencia de Tany, Bea le devolvió el anillo.

Con un fuerte bostezo, Bea se enroscó en posición fetal. Bostezó de nuevo. El pasado era el pasado. Leon ya no era una amenaza para su paz mental, se dijo a sí misma adormilada. En cuanto a su reacción por el beso que le había dado antes, era simplemente por estar demasiado borracha y por que la había pillado con la guardia baja. Sólo un tonto cometería el mismo error dos veces y con veintiún años y su título en el bolsillo, Bea no era ya ninguna tonta...

El camino a Londres no fue tan malo como Bea había esperado. El tráfico del domingo era ligero y llegó al aparcamiento de la mansión donde estaba el apartamento de su padre a las cinco de la tarde. Ahora sólo tenía que subir las dos maletas hasta el ascensor y momentos después las estaba posando en la cama de la única habitación.

Su padre había tenido al principio su oficina en Newcastle, pero después de la muerte de Nick Gregoris, cuando Leon se había puesto al mando de la empresa se había expandido de forma admirable y había trasladado sus cuarteles a Londres a sugerencia de Leon. Bea tenía doce años cuando su padre había empezado a viajar a Londres todos los lunes para quedarse en la ciudad dos o tres días.

Mirando ahora a su alrededor, Bea pensó en las vacaciones escolares en que su padre la había llevado a Londres con él. Sacudió la cabeza y se dijo a sí misma que no debía ponerse sentimental y empezó a desempaquetar sus pertenencias.

Diez minutos más tarde miraba con asombro la mesa de la cocina. Alguien se había anticipado a su llegada. Había un enorme jarrón lleno de rosas rojas en el centro de la mesa con un sobre apoyado contra él. Abrió con rapidez el sobre y sacó una nota. Al instante reconoció la llana letra de Leon y era un poema bastante infantil.

Disfruta de las rosas mientras puedas.

Mañana es un día de trabajo.

El frigorífico está lleno, la despensa también.

Compórtate hasta que esté contigo.

Bea esbozó una ligera sonrisa; se había olvidado, casi cada vez que había visto a Leon de pequeña, él le hacía un estúpido poema. Intentó recordar la primera

El adorable hada rubia

Casi perdió su melena

Jugando cerca del sauce

Cuando debería haber estado dormida.

La sonrisa de Bea se ensanchó. Leon había sido divertido en el papel de su tío. Era una pena que su relación no hubiera seguido así. La sonrisa se desvaneció de sus labios y frunció el ceño.

¿Qué quería decir con hasta que yo esté contigo? La nota se le cayó de la mano y se dio la vuelta con rapidez. Abrió el frigorífico y no le sorprendió verlo atestado, incluyendo una botella de vino blanco.

Los armarios estaban igual. Nerviosa se fue al salón y miró a su alrededor. ¿Habría estado Leon allí? Y lo que era más importante, ¿cómo diablos había entrado? Ella tenía la única llave. Y de todas formas, se suponía que estaba en América.

De repente, la seguridad de su apartamento le pareció amenazadora y no le gustó ni un poco. Piensa, mujer, piensa, se dijo a sí misma. ¡Por supuesto! Un suspiro de alivio se le escapó de la garganta mientras se sentaba en el sofá. Leon debía haber mandado la nota y las instrucciones al encargado de mantenimiento para que lo dejara allí.

Aliviada de haber resuelto el misterio, se preparó una tortilla y una ensalada y tomó un vaso de vino antes de acostarse.

—¿Lista para irte, Bea?

Bea alzó la vista y sonrió a la alta pelirroja. Margot había resultado ser una mujer en el pleno sentido de la palabra. Como de treinta y ocho años, la asistente personal de Tom Jordan lo sabía todo de la empresa.

—Pensé que si no tenías nada especial que hacer esta noche podíamos ir a tomar una pizza y una copa de vino de camino a casa.

—Oh, lo siento, Margot. Me olvidé contarte que he quedado con un amigo para cenar y me voy directamente desde aquí.

—¡Ah! ¿Una cita ardiente llevando sólo dos semanas en la ciudad? ¿Cómo lo consigues?

Bea sonrió.

—Se llama Jack y lo conozco desde que era pequeña. Es de mi pueblo.

—¿Es interesante? —preguntó Margot.

—Bueno, una vez, me ató.

—¿Ataduras? Eso me gustaría oírlo. Si vuelves antes de las once, pásate por mi casa y me lo cuentas. Es la única forma en que consigo alguna excitación últimamente. A través de los demás.

—Mentirosa —se rió Bea—. Te he oído hablar por teléfono con cierto asesor financiero que trabaja tres pisos encima del nuestro.

Margot guiñó un ojo.

—Ya hemos hablado suficiente. Tom se ha ido ya hace media hora, así que estoy libre. Que te diviertas. Y no te olvides de cerrar la puerta de fuera.

Bea esbozó una sonrisa. Todavía oía murmullos en la puerta de al lado, probablemente sería Margot hablando consigo misma. Solía decir en alto lo que pensaba.

Aunque Bea odiaba admitir que Leon podía tener razón en casi todo, con Margot había acertado. Durante las dos semanas anteriores, las dos mujeres se habían hecho bastante amigas aparte de excelentes compañeras.

Las oficinas de Stephen-Gregoris ocupaban la primera planta de un prestigioso bloque de oficinas en el corazón de la ciudad, y al llegar el primer día, naturalmente Bea se había sentido nerviosa. Una rubia con gesto de superioridad la había acompañado hasta su despacho, que era una pequeña partición en el de Margot. Entonces Margot la había llevado a la oficina de Tom Jordan y se había disculpado por no haber estado para recibirla. Al instante, la había tomado bajo su protección.

Sólo Tom Jordan y Margot sabían que Bea era propietaria de parte de la compañía, pero Margot no mostraba ningún resentimiento. Había llevado a Bea a dar una vuelta por toda la oficina y le había presentado a todos los empleados diciendo que era una recién graduada que trabajaría unas cuantas semanas en cada departamento para hacerse una idea del funcionamiento de toda la empresa.

El hecho de que el apartamento de Margot estuviera en el mismo edificio que el de Bea había sido una ventaja añadida. Enseguida decidieron ir juntas al trabajo y comían o tomaban café algunas veces.

Estirándose, Bea echó un vistazo a su reloj. Iba a reunirse con Jack en Coven Garden, a poca distancia en taxi. A Jack le iba bastante bien. Había sacado una matrícula de honor en su graduación en Oxford y llevaba dos años trabajando en un buen puesto en uno de los mejores bancos mercantiles de Londres. Estaría bien enterarse de todas sus novedades.

Con un suspiro de contento al terminar su último documento, Bea apagó el ordenador y se levantó. Todo estaba silencioso, pero normalmente el edificio se vaciaba pronto los viernes.

Bea pensó que tenía tiempo suficiente para peinarse y retocarse un poco.

Al cruzar la oficina de Margot, vaciló. ¿Qué era el ruido que había oído? Era curioso, la puerta de la oficina de Tom Jordan estaba entreabierta. Era muy raro que Margot se hubiera olvidado de cerrarla.

Esperó un momento más, pero todo estaba muy silencioso y, encogiéndose de hombros, se acercó a buscar la llave de repuesto de un cajón de Margot. Entonces se llevó otra sorpresa. La llave no estaba en el cajón, sino encima de la mesa.

Unos segundos más tarde, Bea había cerrado la puerta de Tom y la exterior a sus espaldas.

Canturreando para sus adentros, y deseando disfrutar de la velada, se dirigió a los aseos. Stephen-Gregoris tenía unas instalaciones estupendas para las empleadas. Un agradable cuarto de baño con un casillero para todas ellas, duchas y los servicios habituales. Abriendo su casillero, sacó una toalla y los artículos de aseo y cruzó hasta los lavabos.

No iba a cambiarse; el elegante traje azul con su doble solapa y la falda corta recta valdrían para la noche. Bea se quitó la americana y la blusa y las colgó en una percha antes de lavarse y retocarse el maquillaje. Después de ponerse la americana, se miró en el espejo.

Apretó los labios. Quizá se le viera demasiado escote. Tendría que recordar no inclinarse demasiado para que no se le viera el encaje del sujetador o quizá quitárselo. ¿Qué diablos? Ahora vivía en una ciudad, se dijo a sí misma.

Cuando iba a peinarse, se detuvo con el cepillo a medio camino de la cabeza. ¿Le había parecido que alguien había corrido por el pasillo? Quizá

los de seguridad. Inclinando la cabeza hacia adelante se cepilló con energía hasta que el pelo estuvo ahuecado. El efecto era bastante bueno, tuvo que reconocer. Después de haberlo llevado atado todo el día, se le había ondulado de forma graciosa por las puntas.

Un rápido toque de su perfume favorito y ya estaba lisa. Guardó aprisa sus cosas en el casillero junto con el sujetador y la blusa y salió hacia la puerta.

Cuando llegó al pasillo, vio la puerta que acababa de cerrar abierta de par en par. Esperaba ver al guarda de seguridad, pero lo que vio la paró en seco.

—¡Eres tú! Pequeña perra loca. Debería haberlo imaginado —rugió Leon Gregoris al avanzar hacia ella con un guarda de seguridad tras sus talones, que no dejaba de disculparse.

—Déjelo, déjenos. Yo arreglaré esto —le ordenó Leon al pobre hombre antes de que desapareciera con la boca abierta—. Supongo que te pareció divertido. Una broma de colegiala. ¡Dios mío! ¿Es que nunca vas a crecer?

Bea sacudió la cabeza. Aquello era un sueño. Tenía que serlo. En un momento estaba en un edificio de oficinas vacío arreglándose para una cita y en el siguiente aparecía un Leon como caído del cielo, soltando rayos y centellas. Alzó la mirada con curiosidad hacia su cara roja y furiosa que parecía la de un diablo.

—Bueno, mujer. ¿Qué tienes que decir?

—No tengo la más ligera idea de lo que estás hablando —contestó ella sacudiendo de nuevo la cabeza. Leon iba vestido con un traje azul marino y camisa de seda blanca y la corbata suelta—. ¿De dónde has salido? —preguntó asombrada.

—¡No me mires con esa cara de inocente! ¡Me has encerrado a propósito en esa oficina! ¿O no?

De repente, Bea sintió la fuerza de su garra en el antebrazo y la altura de su cuerpo parecía devorarla. Tragó saliva e intentó zafarse de él.

—¿Que te he encerrado en la oficina? No sé de qué estás hablando. Ni siquiera sabía que estabas ahí. Creo que te has vuelto loco. Quizá deberías ver a un médico.

—Eso mismo me digo yo a veces. El por qué te aguanto es algo que nunca entenderé —gruñó Leon frunciendo el ceño—. ¿Qué es lo que te pasa a ti? ¿Te has propuesto en la vida dejarme siempre en ridículo?

—No me hace falta. Ya lo haces muy bien solo. Ese pobre guarda de seguridad parecía petrificado. ¿Qué le dijiste?

Bea lo vio inspirar con fuerza para calmarse y cerrar los ojos un momento.

—Margot no te dijo que yo había llegado, ¿verdad?

—No, se fue hace media hora.

—¡Maldita sea! Y tú, como una trabajadora concienzuda cerraste todas las puertas antes de irte, ¿verdad?

—Por supuesto.

Bea sólo deseaba que la soltara, ahora que se había calmado vio un brillo mucho más inquietante en sus ojos.

—Perdona, corazón. Me he equivocado.

Y antes de que ella pudiera decir nada, Leon la tomó en sus brazos y su boca descendió suavemente sobre la de ella.

Bea estaba demasiado asombrada como para moverse. Y después del primer roce de sus labios, tan suave, tan delicado, se encontró con que ya no quería hacerlo. Leon conseguía una respuesta por parte de ella que era inútil negar.

Un momento después, Leon levantó la cabeza y miró su cara sonrojada y asombrada.

—Así es como pretendía recibirte.

Con un Leon enfadado podría enfrentarse, pero cuando se mostraba encantador era otro asunto. Bea introdujo una mano entre sus cuerpos e intentó apartarlo.

—Te prefería enfadado —respiró con pesadez conteniendo el impulso de arrojarse a sus brazos—. Pero me gustaría que me dieras una explicación.

Una lenta sonrisa apareció en sus labios.

—Eso sí te lo debo, supongo. Llegué a Heathrow hace tres horas, pero me he quedado atascado en el tráfico del viernes por la tarde. Pretendía ir directamente a mi hotel y llamarte desde allí, pero la oficina estaba más cerca y francamente estaba desesperado por llegar hasta un

cuarto de baño. Entré corriendo cuando Margot se iba. Me abrió la puerta de Jordan y me dejó la llave encima de su mesa para que la cerrara yo al irme.

Bea empezó a sentir el brote de una carcajada. Era ridículo, pero imaginarse a Leon Gregoris atrapado por otro ser humano era muy divertido.

—Pensé que había oído a Margot murmurar, pero supuse que estaba hablando sola —dijo con rapidez para contener la carcajada.

—Debió ser cuando hablaba conmigo —dijo Leon muy serio—. No tenía ni idea de que estabas aquí, así que imagínate mi sorpresa cuando intenté irme y me encontré encerrado. Por un horrible momento me imaginé tener que pasar la noche en el despacho hasta que me acordé de los de seguridad. Los llamé, pero tardaron quince minutos en contestarme. Entonces, cuando por fin me sacaron, y te vi ahí de pie, llegué a la conclusión de que me habías gastado una broma y me puse furioso.

Lo cierto era que había parecido un toro a punto de embestir, pensó Bea.

—El gran Leon encerrado en la jaula —dijo antes de empezar a reírse a carcajadas.

—No ha sido nada divertido.

La apretó los brazos y cuando Bea alzó la vista hacia él con los ojos azules brillantes de diversión, vio cómo él curvaba los labios antes de empezar a reírse también.

El buen humor pareció despejar el ambiente y Bea, todavía sonriendo, echó un vistazo a su reloj antes de apoyar la mano contra su pecho de nuevo.

—Me alegro de verte, Leon y me alegro de que no hayas perdido el buen humor, pero, ¿te importaría dejar que me vaya? Tengo una cita.

Bea sintió una leve oleada de tensión en él y de repente se vio libre.

Leon dio un paso atrás y la miró con sus intensos ojos oscuros clavados en su pelo agitado, el escote y la falda corta.

—Es un hombre afortunado, pareces lista para él — se burló.

Había sido mucho pedir lo del buen humor, pensó Bea con sequedad. Leon no podía evitarlo. Si hubiera sido otro hombre el que se lo hubiera dicho, probablemente le hubiera dado una bofetada en la cara, pero tenía suficiente sentido común como para no hacérselo a Leon.

—Y tú, con tu gran experiencia lo sabes, ¿verdad? Entonces se dio la vuelta y se alejó de allí.

Leon la alcanzó en el ascensor.

—Como soy yo la causa de tu retraso, insisto en llevarte en coche.

—No, gracias.

—Sé razonable, Phoebe; no conseguirás un taxi en esta hora punta y creo que es mi deber ver con quién sales.

Bea jadeó de rabia pero él la empujó con cortesía hacia el ascensor.

—Espera un minuto, pomposo...

—No tienes ni un minuto. Ya llegas tarde.

Leon sonrió y apretó el botón.

Ya lo estaba haciendo de nuevo. Dirigiendo su vida como cuando era una niña. El trayecto hasta el piso bajo fue demasiado rápido como para poder defenderse. Antes de darse cuenta, ya estaba en la acera con Leon escoltándola con la mano bajo el codo en dirección a su coche. Aparcado en doble fila y, por supuesto, ni siquiera le habían puesto multa.

—De acuerdo, señor Gregoris, pero que no se convierta en una costumbre.

Leon esbozó una amplia sonrisa.

—Gracias, oficial. Y prometo que no lo será.

Como todas sus promesas: las daba con facilidad pero no las cumplía, pensó Bea sacudiendo la cabeza con tristeza. Leon nunca cambiaría...

Capítulo 4

SENTADA en el asiento del pasajero del deportivo de Leon, Bea lo miró de soslayo.

—Quería tomar un taxi. Esto es totalmente innecesario.

Era como si hubiera hablado con una pared. Leon no le prestó ninguna atención y siguió mirando al frente mientras avanzaba con facilidad entre el denso tráfico. Era un hombre imposible, pensó Bea por milésima vez. No sabía por qué se molestaba en discutir con él, así que durante el resto del trayecto decidió ignorarle.

—¿Dónde vamos a ver a ese chico?

—No le vamos a ver, le voy a ver yo —le dio instrucciones para que fuera a Coven Garden y al llegar, se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del coche—. Gracias por traerme.

Se dio la vuelta y siguió calle abajo. Diez segundos más tarde, sintió un largo brazo posarse en sus hombros.

—No, Phoebe, dulzura. Vamos los dos.

Bea se sacudió los hombros enfadada para intentar zafarse de él.

—¿Me puedes dejar ir? Y no me llames Phoebe.

—Te digo que no a las dos cosas y te voy a advertir...

—¿Qué tú me adviertes? Debería ser al contrario. Deberían ser las mujeres las que tendrían que estar advertidas con respecto a ti, tú... tú... machista abusón.

Todavía sentía el sabor de sus labios. Si al menos le quitara la mano de encima del hombro, se sentiría más a salvo. Se encogió de hombros otra vez. Cuando Leon la tocaba le producía un efecto desastroso en los sentidos y se le aceleraba el pulso por mucho que intentara controlarlo.

—Haz lo que quieras, pero si yo fuera tú, dejaría de sacudirme con tanta fuerza a menos que quieras que todo el mundo note que no llevas sujetador. Y no es que a mí me importe. Desde donde yo estoy la vista es magnífica —bromeó.

Bea se sonrojó hasta la raíz del pelo. Bajó la vista hacia su escote y después la alzó hacia Leon y comprendió que desde su altura, le estaba mirando el escote.

—¡Eres un perverso! —explotó.

Pero si creía que eso mermaría la suprema confianza de aquel hombre, se había equivocado.

—Siento decepcionarte, Phoebe, pero me gustan las mujeres y mi sexualidad está bien —la apretó el hombro— Pero por ti me haría hasta un perverso si quisieras.

Entonces se rió ante su cara furiosa.

Bea tuvo ganas de patallar de rabia, pero con un terrible esfuerzo de voluntad consiguió controlarse lo suficiente como para mirarle a los ojos y decirle con sequedad:

—No te quiero ni perverso ni de ninguna otra manera y sólo quiero que te vayas.

Por un instante vio un relámpago de algo parecido al dolor en sus ojos, pero a los dos segundos decidió que habían sido imaginaciones suyas.

—¡Pobre Phoebe! Deberías saber que nunca se puede retar a un hombre así.

La tomó entonces en sus brazos y la besó con fiereza.

Al principio, Bea no podía creer que estuviera sucediendo de nuevo, pero, allí de pie, en mitad de la acera, aprisionada contra su duro cuerpo. Y su boca cubierta por la de él, estaba demasiado conmocionada como para resistirse hasta que fue demasiado tarde.

Su cuerpo la traicionó y se arqueó contra él y cuando la lengua de Leon se introdujo entre sus labios, supo que estaba perdida.

Un grupo de jóvenes empezaron a bromear y a reírse, gritando:

—¡Así se hace!

Y eso fue lo que los separó.

Bea, con la respiración entrecortada y los ojos nublados, lo miró con furia. Leon sonrió.

—¿Te has vuelto loco? ¡Aquí, a plena luz del día! — gritó.

Como si hubiera alguna diferencia de cuando lo hiciera, pensó para sus adentros. Tenía que pararle...

—No, sólo estaba demostrando una teoría. ¿Dónde vamos a ver a ese tarugo?

Bea todavía tenía el corazón desbocado y las piernas débiles, así que desistió. Era una pérdida de tiempo desafiar a Leon. Cuando tomaba una decisión, era imposible hacerle desistir.

—Sígueme —murmuró avanzando por la acera—. Aquí es —dijo dirigiéndole una mirada de enfado.

—Desde luego no es el Ritz.

Leon sonrió y abrió la puerta para que entrara ella.

El Muck and Money no era evidentemente uno de los sitios que le gustara frecuentar a Leon. Le estaba bien empleado. Nadie le había invitado, pensó Bea con una sonrisa mientras pasaba por delante de él hacia el bar.

—¡Bea! Estoy aquí.

Un hombre rubio, alto y extraordinariamente atractivo vestido con elegancia con un traje de Armani, avanzó entre la multitud.

Bea sonrió encantada de verlo.

—Jack, es propio de ti haber quedado en el sitio más animado de la ciudad. ¿No habías dicho una copa tranquila? —le saludó entre carcajadas.

Jack la saludó con un leve beso en los labios:

—Yo también me alegro mucho de verte, Bea. Ven a reunirme con la banda.

Estiró la mano hacia ella.

Leon eligió aquel momento para intervenir. Dando un paso adelante, impidió que Jack tomara la mano de Bea. Sus ojos negros se entrecerraron al estudiar al otro hombre más joven.

—Preséntame a tu amigo, Phoebe —ordenó con dureza.

Bea miró de un hombre al otro. Los dos eran altos y muy atractivos, pero mientras que la cara de Jack era abierta y alegre, la de Leon sólo mostraba una fría cortesía. Cuando sus ojos tropezaron con los oscuros de él, Bea sintió un inexplicable escalofrío. Su poderosa presencia exudaba un aura de poderosa masculinidad controlada y, sin embargo, se palpaba una leve amenaza en su actitud.

—Phoebe...

Leon apretó los labios como si el silencio de ella le irritara y Bea se puso a hablar con rapidez.

—Leon, mi viejo amigo Jack —dijo antes de darse la vuelta sonriendo—. Jack, cariño. Este es mi jefe, Leon.

—¿Cómo está, señor?

Jack extendió la mano con unos modales impecables.

—Encantado de conocerte, pero llámame Leon —contestó él con aspecto de todo menos de encantado.

—Bueno, gracias, señor... quiero decir, Leon —corrigió Jack desconcertado ante la hostilidad que emanaba el otro hombre—. ¿Quiere tomar una copa con nosotros, señor... perdón, Leon?

Bea, escuchando el intercambio, apenas pudo contener una carcajada. A Leon no le gustaba ni un ápice que le llamaran señor. De repente aprovechó la ventaja e intervino antes de dejar contestar a Leon.

—Leon se ha ofrecido amablemente a traerme porque se me hacía tarde, pero este no es en realidad su ambiente —alzó los fríos ojos azules hacia los negros furiosos de Leon—. Gracias por el viaje, Leon —susurró con velado sarcasmo—. Pero ya sé que eres un hombre ocupado. Por favor, no queremos retrasarte más.

Entonces, lentamente, Bea deslizó el brazo entre el de Jack y avanzó hacia él.

Por un momento creyó que había provocado a Leon demasiado cuando vio sus duras facciones nublarse de furia, pero, para su sorpresa, él sólo esbozó una sonrisa falsa.

—Tienes razón, por supuesto, Phoebe. Estoy bastante... ocupado.

Entonces dirigió la mirada con intensidad hacia Jack y exclamó con gesto burlón.

—¡Creo que te conozco! Tú eres el joven al que le gustaba atar a las jovencitas.

Se levantó un murmullo a su alrededor y Bea vio al pobre Jack ponerse rojo de vergüenza.

—¡Leon! —le advirtió furiosa.

Jack pareció entonces recuperar la voz.

—¡Ah, eras tú! Sólo estábamos jugando... Era un juego... —Jack lo estaba estropeando cada vez más—. Fue hace mucho tiempo, señor.

—Bueno, espero que se te haya quitado la costumbre. Phoebe es muy amiga mía y me considero en la obligación de protegerla —esbozó una sonrisa maliciosa en dirección a Bea—. Ella me estaba contando de camino aquí que no le gusta la perversión en el sexo.

El bastardo lo había hecho de nuevo. Cada vez que intentaba retar a Leon, él siempre tenía la última palabra.

—No te olvides de que te recogeré para cenar mañana a las siete, Phoebe —agitó la mano con desenfado—. Divertíos, chicos.

Entonces desapareció.

—¡Uau! Bea, ¿estás segura de que sólo es tu jefe? Me ha dado al impresión de que te considera propiedad suya —dijo Jack abriendo camino hasta una mesa donde había ya cinco personas sentadas—. Y qué curioso que me recordara de aquel día. Debe tener una memoria de elefante.

—¡Ahora mismo me gustaría que una manada de elefantes le pisoteara! —dijo Bea con énfasis.

¿De dónde había sacado Leon la idea de que iba a cenar con él?, pensó.

—Ni en sueños —murmuró entre dientes.

—¡Vamos, ánimo! Vamos a divertirnos.

Y ciertamente se divirtieron. Para sorpresa de Bea, pensando en el desastroso comienzo de la tarde. Después de unas cuantas botellas de vino más y muchas carcajadas, se metieron todos en dos taxis y se dirigieron a un restaurante del que Jack había oído hablar.

Salieron de los taxis riendo y al llegar el recibidor del restaurante, la sonrisa de Bea murió en sus labios.

A punto de salir y vestido con un elegante traje estaba Leon Gregoris. Y no estaba solo. Del brazo llevaba a una famosa modelo, conocida no sólo por su carrera sino por sus amantes.

Bea se escabulló detrás del grupo con la esperanza de que Leon no la hubiera visto. Pero no hacía falta que se hubiera molestado, porque Leon sólo estaba atento a la despampanante mujer que le acompañaba, a la que acompañó hasta el coche y dio un beso en los labios antes de entrar él en el asiento del conductor.

Bea contempló el coche que se alejaba con un nudo en el estómago. No era el vino que había bebido porque había tenido cuidado. Había sido la

conmoción de ver a Leon con otra mujer. Siguió mirando hasta que el coche desapareció de la vista sin enterarse de lo que pasaba a su alrededor.

Leon, el mujeriego que acababa de besarla a ella poco antes en la calle. Pero una cosa era saber que era un mujeriego y otra verlo con sus propios ojos, pensó con tristeza.

Y, en ese momento, llegó a una conclusión. Por fin aceptó que Leon no tenía remedio en lo que a las mujeres se refería. Una mujer tenía que ser una auténtica idiota para enamorarse de un hombre como aquel. Con un suspiro, sacudió su rubia melena y se unió al grupo de amigos, que estaban discutiendo acerca del sitio al que irían después.

Bueno, verlo con aquella modelo era lo mejor que podía haberle sucedido, comprendió con sinceridad. Así podría olvidar todas las ilusiones de adolescente. Leon le había enseñado una valiosa lección. El amor y el sexo no eran lo mismo y en adelante ella iba a disfrutar de todo lo que la vida le ofreciera sin arrepentimientos.

—Andy —llamó a un italiano del grupo bastante atractivo—. ¿A dónde vamos a ir? Me apetece ir a bailar.

Bea lanzó un gemido y rodó de medio lado en la cama. Tenía la cabeza como si tuviera dentro a cien duendes tocando el xilófono.

¡Así que aquello era lo que llamaban resaca! Intentó pensar con claridad. Recordaba haber estado bailando y bebiendo la mitad de la noche. ¿Cómo había vuelto a casa? Ah sí, Andy la había acompañado en un taxi.

—¡Oh, Dios mío! ¡Mi cabeza, mi estómago! —gimió.

Nunca más, se prometió. Esa sería su primera y última resaca. ¿Pero por qué los duendes seguían tocando? No, no eran los duendes, era el teléfono.

Estiró la mano hacia la mesilla y se le cayó al suelo el receptor. Tanteó hasta alcanzarlo por fin.

—Phoebe.

Incorporándose como pudo, se apoyó en un codo.

—Sí —fue lo único que pudo responder.

—Así que estás ahí. Me estaba preguntando si te habías quedado toda la noche fuera —vibró la profunda voz de Leon en su oído.

—¿Qué quieres, Leon?

—Una pregunta muy interesante, mi dulce Phoebe — susurró con tono seductor—. Nunca te había tenido por el tipo de mujer de las que le gustaran las conversaciones obscenas por teléfono. Pero ya me conoces, siempre procuro satisfacer los gustos de la gente. Así que dime, ¿estás desnuda? Puedo ver tu pálido pelo derramado sobre tus firmes senos.

—¡Córtate! Te conozco demasiado bien.

No estaba de humor para aquel tipo de broma matutina. De hecho, ni siquiera su voz, que siempre le producía cosquilleos, le había afectado ahora en lo más mínimo.

—Eso crees tú —dijo él con cinismo—. Pero pasando a los negocios. Llegaré un poco tarde esta noche. Me ha surgido algo —Bea pensó que algo en forma de lasciva modelo, pero no dijo nada—. Así que te recogeré a las siete y media.

—Leon, no quiero cenar contigo. Somos socios en la empresa y cualquier cosa que quieras discutir, lo puedes hacer en mi oficina en las horas de trabajo, de nueve a cinco, de lunes a viernes.

Se sintió bastante orgullosa de su respuesta dado el estado de su cabeza.

Quizá verlo con alguna de sus mujeres y haberse emborrachado le hubiera curado de su estúpida reacción hacia Leon. Para su sorpresa, ya no le intimidaba, pero tampoco tenía deseos de salir con él.

—¿De nueve a cinco? Sería una sorpresa que pudieras llegar. Por suerte para los beneficios de la empresa yo trabajo siete días a la semana. Estate preparada y esperando. No quiero tener que ir a buscarte —terminó con tono helado.

Parpadeando, Bea se pasó una mano por el pelo y cerró los ojos.

—De acuerdo, de acuerdo —concedió a regañadientes. No tenía fuerzas para discutir y ya no le importaba mucho—. Adiós —terminó la conversación antes de colgar.

Sacó las piernas de la cama con torpeza y se tuvo que quedar sentada un momento al sentir una oleada de náuseas. Estaba mal, pero no demasiado mal. Se levantó despacio y una vez bajo la ducha empezó a recuperarse. Para cuando se puso los vaqueros y la camiseta con una taza de café en la mano, Bea empezó a felicitarse a sí misma por haber resuelto el problema de Leon.

Enroscada en el sofá mientras tomaba un café, Bea llegó a una conclusión: los acontecimientos de la noche anterior habían funcionado como una catarsis. Por fin podía ver a Leon por lo que era, sin la carga de sus emociones de adolescente e ideas que le nublaran la imagen. Y en cuanto a lo de salir con él, no había ningún problema; discutirían de negocios y quedarían como amigos.

Todavía mantenía la misma opinión unas horas después cuando sonó el timbre de la puerta. Cruzó hasta la puerta principal para abrir y se detuvo a mirarse en el espejo. Se había puesto un sencillo vestido de cuello de lazo también sofisticado. O al menos eso esperaba. En los pies llevaba unas sandalias de tira y tacón alto de color azul marino.

Se había preocupado del maquillaje, con una sombra gris en los ojos y rimel para resaltar el profundo azul de su color. Se repasó el colorete de las mejillas y decidió que ya estaba lista.

El timbre sonó de nuevo.

—¡Cerdo impaciente! —murmuró al abrir la puerta.

—¡Te he oído, Phoebe! —Leon, moreno e increíblemente atractivo con un traje formal de noche, la miró esbozando una sonrisa de cinismo—. Tan simpática como siempre, por lo que veo.

Bea se sintió sonrojar.

—Lo siento —murmuró deseando no haberse disculpado al instante.

Eso no encajaba con su nueva determinación de tratar a Leon a un nivel maduro.

No era la mejor forma de empezar la velada, pero para su sorpresa, un par de horas más tarde, sentada frente a Leon en una mesa con velas de un exclusivo restaurante, Bea se sentía totalmente relajada.

Leon se había comportado con la mayor cortesía toda la tarde. Le había preguntado cómo se iba adaptando al trabajo. Y lo que era más importante: había escuchado con atención sus puntos de vista. Hablaron de todos los aspectos del negocio en las oficinas del extranjero y Bea pensó que por primera vez la estaba tratando como a una mujer adulta.

Bea posó la cuchara en el plato y suspiró. La comida había sido perfecta y de postre habían tomado un delicioso pudín de verano.

—Ha sido delicioso. Estoy llena a reventar.

—¿A reventar, eh? —repitió Leon con suavidad. Bea captó la expresión de broma de sus ojos al esbozar una sonrisa de picardía—. Podría hacer algún comentario pero no pienso hacerlo.

Apaciguada por la suave comida y el vino, Bea le devolvió la sonrisa.

—Eres un hombre imposible, Leon.

Sacudió la cabeza. ¿Cómo era posible que Leon consiguiera que cualquier comentario pareciera sexual?

—Sólo contigo —lo oyó ella murmurar antes de sacar la botella de champán de la hielera—. ¿Más champán? Vamos a brindar por una mujer preciosa y un hombre imposible.

Sus ojos negros se fundieron en los de ella y a Bea le asaltó una oleada de algo muy cercano al pánico. Hasta ese momento había logrado convencerse de que Leon ya no era una amenaza para sus emociones. Pero, al levantar la copa y mirar sus largos dedos curvarse alrededor de la de él y llevársela a la boca finamente cincelada, ya no estuvo tan segura.

—Por los socios —brindó Bea con firmeza negándose a dejarse seducir por aquel brindis.

Pero su resolución fue probada cuando después de pagar la factura, Leon esperó hasta que ella se levantó, y deslizó el brazo alrededor de su cintura. La luz de la burla brilló en sus ojos oscuros cuando bajó la cabeza y le murmuró al oído:

—No ha sido tan insoportable. Admítelo, Phoebe.

Entonces le dio un beso en lo alto de la coronilla.

Su inmunidad hacia Leon desapareció con la misma velocidad que su aroma masculino le asaltó las fosas nasales y el calor de su fuerte cuerpo pareció devorarla. Sus dedos posados con ligereza en la cintura, la apretaron un poco cuando intentó alejarse.

—Anímate, Phoebe. Sólo te estoy escoltando. No pareces muy estable con esos tacones tan ridículamente altos.

Bea no era particularmente alta y se había puesto los tacones con la vana esperanza de que no le sacara tanta diferencia de altura.

—No son ridículos y puedo caminar muy bien sola.

—¿Ya te pones de mal genio, dulce Phoebe?

—No —negó ella cuando por fin pudo zafarse de su brazo.

La suave carcajada de Leon no le puso de mejor humor. El problema con Leon, pensó Bea con amargura, era su suprema confianza en sí mismo. Sabía exactamente cómo la afectaba a ella o a cualquier mujer y se aprovechaba del conocimiento.

—No te preocupes, pronto estarás arropada en tu cama —Leon abrió la puerta del pasajero—. ¿Alguna posibilidad de que te arrope yo, dulce Phoebe?

Bea le dirigió una mirada fulminante y contempló asustada su cabeza inclinada. Si se atrevía a darle un beso, le daría un puñetazo en la nariz. Pero no lo hizo. Sólo se estiró por delante de ella y le abrochó el cinturón de seguridad. Entonces rodeó el coche por la parte delantera y se sentó tras el volante.

—Por tu silencio, Phoebe, supongo que la respuesta será que no.

—Acertado y, de paso, ¿por qué insistes en seguir llamándome Phoebe? —explotó con exasperación—. Todo el mundo me llama Bea.

—Bea no te pega.

—Pues prefiero que me llames así de ahora en adelante.

—Eso nunca.

—Pero, ¿por qué?

—La primera vez que te vi de pequeña, pensé en lo bien que te iba tu nombre. Yo ya conocía tu nombre de las veces que tu padre fue a vernos a Chipre y aquel día en Northumbria, cuando estaba yo en el recibidor mirando las cristaleras del rellano, bajó de repente una niña por la escalinata que era toda una nube de pelo blanco, vestido y piernas blancas. Saltaste hasta el fondo y te caíste y cuando te diste la vuelta, un rayo de sol te iluminó la cara y supe que eras una verdadera Phoebe. El nombre es griego, quiere decir brillante, resplandeciente. Y eso era lo que realmente eras.

—Yo no me acuerdo de eso —dijo Bea conmovida por su explicación.

—No me extraña. Aterrizaste sobre el trasero y al instante estabas llorando a moco tendido. La tía Lil te abrazó contra su enorme regazo y te sacó de allí enseguida.

—La buena de Lil —comentó con orgullo Bea apoyando la cabeza contra el respaldo debido al cansancio.

—Eres muy leal con la gente a la que quieres, Phoebe. Lo que me recuerda una cosa: no me acordé de preguntarte el día de tu cumpleaños quién te dio la idea de que yo había querido casarme contigo para mantener el control de la compañía.

Todavía asimilando la explicación de Leon de por qué prefería llamarla Phoebe, Bea no prestó mucha atención.

—Eso ya no importa. Es agua pasada, como se suele decir.

Bea lanzó un bostezo y cerró los ojos durante un segundo.

—¿Te estoy aburriendo?

Bea abrió los ojos. Estaban aparcados frente a su edificio de apartamentos con el interior del coche iluminado. Miró a Leon. Estaba vuelto de medio lado hacia ella y tenía la cara tensa de enfado.

—No, no, por supuesto que no —se apresuró a negar.

Aunque él ya no la intimidaba, no tenía sentido provocar una discusión—. He disfrutado mucho de la cena, pero anoche me acosté muy tarde.

—Tu amigo Jack te mantuvo despierta toda la noche, ¿eh?

—No seas tan crudo. Sólo porque tú seas incapaz de entender una relación platónica con algún miembro del sexo opuesto, no quiere decir que todo el mundo sea igual. Yo tengo muchos amigos y aunque sean hombres, la palabra es amigo. Y además, eso no es asunto tuyo — arqueó los labios con desdén—. Y desde luego, no necesito consejo para mis relaciones masculinas de un Don Juan.

Capítulo 5

SUS palabras habían dado en un punto flaco. Leon, con los ojos oscuros y cargados de una emoción indescifrable, dijo con tensión:

—Lo siento. El comentario ha sido de mal gusto. Pero dime, Phoebe: ¿por qué tienes tan mala opinión de mí? Seguramente serás lo bastante inteligente como para saber que la mitad de lo que se ha escrito de mí no son más que mentiras, o al menos exageraciones —esbozó una sonrisa cínica—. Si mal no recuerdo, fuiste tú la que me dejaste hace tres años. Yo era la parte inocente, mientras que tú diste el paso.

—¿Inocente?

Bea lo miró con asombro preguntándose si el arrogante Leon Gregoris conocería siquiera el significado de aquella palabra. Debía haber perdido la inocencia ya desde el vientre de su madre.

Por un instante se sintió tentada de contarle la verdad. Que ella sabía todo lo de Selina, la mujer que había sido su amante durante años y a la que había dejado embarazada después de pedirle a Bea que se casara con él.

Quería lanzarle a la cara la profunda sensación de traición que había sentido, pero la nueva Bea, más madura, tenía más sentido común. Con la distancia, ahora casi sentía lástima de Selina. Leon seguramente habría mantenido a su hijo, pero no se había casado con ella. No, Bea no podía decirle a Leon la verdad.

En vez de hacerlo, dijo con calma:

—Al contrario de lo que te imaginas, yo no tengo una pobre opinión de ti, Leon. De hecho, creo que eres un astuto hombre de negocios. En las dos semanas pasadas, he aprendido bastante de la empresa y, francamente, me siento hasta culpable de poseer el treinta por ciento. No me lo merezco. Mi padre, y el tuyo también, se hubieran conformado con dirigir una modesta empresa local y el éxito de la compañía en todo el mundo, según Tom Jordan, se debe por completo a ti. Y yo le creo. Eres un genio en el mundo financiero.

Era la verdad y a Bea no le costó admitirla. Con respecto al trabajo, Leon se merecía aquellos halagos y con respecto a lo demás, a ella no le importaba. Aquel hombre ya le había hecho daño una vez y le había hecho

aprender la lección de no mezclar el trabajo con el placer. Sus ojos azules eran fríos cuando ella alzó por fin la cabeza para mirarlo.

—Pero en cuanto a tu vida privada, no tiene nada que ver conmigo. Y la mía tampoco contigo —terminó sin rodeos.

Leon la observó un momento y no le gustó nada la expresión depredadora de sus ojos, así que se encogió de hombros y se dio la vuelta para desabrocharse el cinturón de seguridad. Entonces sintió la mano de él en su hombro.

—Y asunto cerrado. ¿Así de sencillo?

—Estoy cansada —le cortó ella sin mirarlo—. Gracias por la cena tan encantadora.

Sus largos dedos le apretaron los hombros desnudos y Bea sintió un escalofrío en la espalda. Leon era demasiado alto, demasiado masculino y estaba demasiado, demasiado cerca. Contuvo el aliento mientras él la observaba con intensidad en la oscuridad del interior del coche.

Bea oyó la campana de un reloj en la distancia y añadió jadeante:

—Es tarde. Buenas noches.

—De acuerdo, dulzura —con sorprendente velocidad, Leon salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta—. Sí que tienes cara de cansada. Te acompañaré a la puerta.

—No hace...

—De hecho, aunque yo no sea uno de los hombres más domesticados de la tierra, en estos casos hasta te prepararé el café que parece necesitar.

—No, espera un minuto... —pero era como intentar contener una marea. Al momento estaban en la puerta y Leon pidiéndole la llave—. Yo no te he invitado a tomar un café —murmuró Bea mientras buscaba la llave y la metía en la cerradura.

Pero Leon había estirado la mano y ella retrocedió. No quería que la tocara de nuevo.

Leon esbozó una sonrisa de picardía mientras encendía la luz del recibidor.

—Llévame a la cocina, Phoebe, corazón.

—No sigas llamándome corazón.

Bea se volvió sobre sus talones. Aquel hombre tenía demasiada confianza en sí mismo para su propia seguridad.

Estaba enfadada consigo misma por permitirle entrar a su apartamento. Entonces se recordó a sí misma que era su apartamento.

—Supongo que no tendrá mucho sentido insistir en que no quiero ningún café y en pedirte que te vayas — dijo mientras entraba en la cocina americana.

—No a las dos cuestiones. Vete a sentarte y relájate. Yo me las arreglaré.

Ella obedeció simplemente porque la alternativa, estar confinada en el espacio de la diminuta cocina con Leon, no le atraía. O quizá le atraía demasiado, le señaló una vocecita en la cabeza.

Quitándose las sandalias, se sentó en el sofá enroscando las piernas bajo el cuerpo. Los párpados le pesaban y se le escapó otro bostezo.

—Esto sí que es una novedad. Que se me duerma una mujer —se burló Leon con voz susurrante.

Obligándose a abrir los ojos, Bea alzó la vista.

—¿Qué?

—Nada importante, Phoebe —dijo Leon con sequedad mientras la miraba desde su imponente estatura. Se había quitado la americana y aflojado la corbata y estaba como para quitarle el aliento a cualquier mujer. Entonces Bea se fijó en que llevaba la bandeja en las manos.

—Café... Lo has preparado.

Bea abrió mucho los ojos de asombro. ¡Hasta había sacado el juego de café que le había regalado la tía Lil por su cumpleaños! ¡Y eso que estaba en el cajón inferior de la cocina!

—No soy el completo machista que crees, Phoebe, como descubrirás si me das la oportunidad —posó la bandeja en la mesita de café y se sentó a su lado—. ¿Tengo que hacer también de madre?

—Gracias —murmuró tomando la taza que Leon le estaba ofreciendo—. Pero de verdad que no hacía falta.

—Quizá no para ti, pero sí para mí. Hay algo que me dijiste en el coche que me ha alterado y, ahora que veo este agradable apartamento pequeño, se me ha ocurrido que debemos aclarar algunas cosas.

Bea frunció el ceño al mirar a su alrededor. La americana y la corbata de él eran las únicas cosas fuera de sitio.

—¿Y qué tiene que ver el tamaño de mi apartamento con nada? —preguntó mirándolo de soslayo.

—Es un síntoma del carácter de tu padre —respondió Leon mientras se reclinaba contra el respaldo.

Una de sus manos estaba peligrosamente cerca de su espalda. Estiró las largas piernas frente a él y las cruzó por los tobillos. Parecía acomodado como para quedarse un buen rato.

—¿Qué te contó tu padre acerca del origen de su empresa? —preguntó clavando sus ojos negros en los de ella.

—¿Tenemos ahora que...?

—Sé amable por una vez.

Ella lo miró con debilidad, pero no había duda de la seriedad de la expresión de él. Bea se encogió de hombros.

—De acuerdo —cuanto antes contestara, antes terminarían—. Mi padre me contó que estaba en el ejército destinado en Chipre cuando se hizo amigo de tu padre. Cuando papá dejó el ejército, se pasó unas vacaciones con Nick en Chipre y decidieron formar la empresa juntos. No es un secreto para nadie.

—No fue tan simple. Tu padre le salvó la vida al mío. Se montó una pelea en un bar y fue tu padre el que detuvo el cuchillo que iba directo al corazón del mío.

A Bea se le abrieron mucho los ojos por intriga.

—¡Así que así se hizo aquella cicatriz!

De niña, siempre le había fascinado la larga cicatriz del brazo de su padre.

—Sí, pero aún hay más. La empresa fue bastante bien durante muchos años, hasta que los turcos invadieron la isla en 1974. Yo era un chico en aquella época y vivíamos en el norte de Chipre, la parte controlada ahora por los turcos. Mi padre lo perdió casi todo y de nuevo tu padre acudió en su rescate y mantuvo a las dos familias una temporada hasta que el negocio salió de nuevo a flote. Como precaución decidieron establecer la oficina en tierra firme griega en Atenas. Por desgracia se están gestando de nuevo problemas en Chipre.

Bea había visto las noticias y sabía que había habido incidentes cerca de la frontera.

—¿Para qué me estás contando todo esto?

—Porque antes dijiste que te sentías culpable y no quiero que ni se te ocurra pensarlo nunca más. Tú tienes derecho a todo lo que tienes y es gracias a la confianza y lealtad de tu padre por lo que la compañía ha florecido como lo ha hecho. Si no hubiera sido por él, ni siquiera estaría yo aquí —opinó con crudeza Leon—. La deuda de mi familia hacia la tuya es incuantificable.

—Creo que estás exagerando.

La apasionada intensidad del tono de Leon era muy extraña en él.

—No, es lo que siento. Yo soy griego y le prometí a mi padre en su lecho de muerte que siempre mantendría la deuda de gratitud entre nuestras dos familias y que cuidaría de ti. Así que nunca vuelvas a mencionar que no mereces tu riqueza.

Leon echó un vistazo a su reloj y Bea notó de nuevo que era uno muy caro de oro, pero también era cierto que todo lo que él usaba era caro. Entonces frunció el ceño al echar un vistazo a la sencilla habitación.

—Entiéndelo, Phoebe. Anoche estaba un poco preocupado por ti y tu amigo y ahora ya sabes por qué. Me cuesta asimilar que ya eres una mujer adulta, pero lo estoy intentando —dijo con una amplia sonrisa—. Así que no te olvides que nunca dejaré de protegerte si considero que lo necesitas.

—¿Y por qué será que eso me preocupa? —protestó ella pensando que la idea de que Leon la cuidara era horrible y a la vez reconfortante.

—No te preocupes. Ya aprendí la lección cuando intenté casarme contigo para protegerte —Bea sintió sarcasmo en su tono de voz—. Al principio pensé que lo habías cancelado porque yo era demasiado mayor para ti, pero después descubrí que no tenías confianza en mí. Ahora, después de esta pequeña charla, espero que sepas que puedes confiar en mí y por qué.

Era astuto, reconoció Bea. Ahora quería sugerir que era la promesa a un moribundo la causa de haber querido casarse con ella. La verdadera razón debía estar entre las dos, pero Bea no tenía ganas de profundizar en ello, así que sólo dijo:

—Sí, por supuesto, Leon.

—Gracias. Tu entusiasmo es halagador.

Ya estaba de vuelta el antiguo Leon. Sus ojos negros brillaron de forma diabólica al mover sus largas piernas y acercarse más a ella

deslizando su largo brazo por el respaldo del sofá hasta rodearle la cintura. Bea estaba atrapada entre el brazo y sus musculosa pierna, dura contra la de ella. Al instante sintió una ardiente sensación en la piel. Sintió sus músculos tensos y pensó si él estaría sintiendo el mismo ardor sexual que ella.

—Ahora que hemos dejado eso claro, déjame darte un consejo, Phoebe.

Era evidente que no estaban pensando lo mismo, se enfureció Bea. Leon sonaba frío y controlado mientras ella estaba ardiente y sonrojada.

—En serio, como tu amigo y socio, te digo que nunca sientas culpabilidad por el dinero. No es un pecado ser rico, así que disfrútalo.

Bea intentó apartarse, pero él apretó el abrazo en su cintura.

—¿Estás sugiriendo que deje de preocuparme por el dinero y empiece a gastarlo?

—Algo así —Leon sonrió y alzando un dedo, lo deslizó bajo el escote del vestido—. Este vestido es precioso, y tú estás guapa con todo —sus ojos la apreciaron de la cabeza a los pies—, pero tú puedes vestirte con los mejores diseñadores del mundo.

—Quizá no quiera... ser...

Se calló con los nervios a flor de piel por su proximidad.

—Entonces mira este apartamento. Tu padre era un hombre prudente, pero la situación es diferente ahora, Phoebe. Cómprate una casa si quieres.

—Como tú, quieres decir.

La piel le ardía donde su dedo acariciaba con lentitud su clavícula. Pudo sentir cómo se le inflamaban los pezones, y rogó porque no bajara la vista y descubriera su vergüenza. Se adelantó y posó la taza en la bandeja, zafándose de sus enloquecedores dedos de una vez.

—Pues la verdad es que yo no tengo ninguna casa. Los apartamentos de Atenas, Nueva York y Hong Kong pertenecen a la compañía. Mi única indulgencia son los coches de lujo, pero la única casa mía es la villa de Chipre.

—¿Y dónde vives cuando estás en Londres? —preguntó ella pensando cuando tardaría en deshacerse de él.

La mano en su cintura no había aflojado y a Bea le estaba costando toda su fuerza mantenerse sentada al borde del sofá.

—No suelo estar en Londres a menudo y cuando vengo, me quedo en casa de un buen amigo o en el Dorchester.

El «buen amigo» debía ser una mujer, pensó Bea.

—Será agradable para ti.

—Y también para ti, Phoebe. Técnicamente, las propiedades son tan tuyas como mías, así que puedes usarlas en cualquier momento.

—Hablando de tiempo, son las once y estoy agotada.

—O sea, que la salida de anoche te ha dejado muerta —se burló Leon—. De acuerdo. No quiero abusar de tu hospitalidad.

Bea le siguió con la mirada cuando Leon cruzó de varias zancadas la habitación para alcanzar su americana. ¡Era tan incorregible como irresistible!

Entonces se dio la vuelta hacia ella y vaciló brevemente, algo extraño en él.

—Te llamaré por la mañana, alrededor de las diez; podíamos pasar el día juntos.

—Perdona, yo no puedo. Voy a salir —Bea lo vio tensarse—. Quedé anoche. Mi amiga Nan ha bajado a pasar el fin de semana y Jack sugirió que fuéramos todos a Brighton a pasar el día en la playa. Será divertido.

Bea no creyó oportuno contarle que Nan era la novia de Jack.

Leon dejó la americana y dio un paso adelante.

—Hay una feria de antigüedades. He pensado en comprar algo —balbuceó Bea sintiendo el ambiente de la habitación cargado de tensión.

La furia destelleó brevemente en los ojos de Leon, que fue rápidamente sustituida por algo mucho más peligroso y siniestro.

Leon inclinó su largo cuerpo y volvió a sentarse a su lado deslizando de nuevo el brazo alrededor de su cintura.

—Entonces tendré que aprovechar al máximo esta noche.

—Gracias por esta noche —contestó con cortesía Bea, deseando que se fuera.

Miró frenética a su alrededor, a todas partes menos a Leon, que había deslizado de nuevo la mano hacia el borde de su escote. El cuerpo le estaba traicionando de nuevo. ¡Leon era tan condenadamente suave! Podía saltar

como una virgen ultrajada, pero no quería darle la oportunidad de que se riera de ella. Posó la vista en el jarrón de flores.

—Ah, se me había olvidado darte las gracias por las flores y la comida.

—Fue un placer, pero lo único que deseo no se puede comprar —dijo de forma enigmática Leon echándose contra los suaves cojines con el aspecto de aposentarse para pasar la noche.

Con resolución, Bea resistió la sutil presión de su mano en su costado tentándola a que se echara a su lado. Sintió su aliento contra su espalda desnuda y se estremeció, pero no de frío. Bea se cruzó de brazos para que no notara sus pezones inflamados.

—Bueno, estoy segura de que encontrarás la manera. Siempre lo haces. Pero si no te importa, quiero irme a la cama.

Su profunda carcajada le produjo un vuelco en el corazón. Leon inclinó la cabeza deslizando la mano libre entre su pelo para apartárselo a un lado. Entonces sintió el calor de sus labios en la parte trasera del cuello y se estremeció de nuevo.

—Dulce Phoebe. Yo también quiero ir a la cama.

Las palabras susurradas le cosquillearon en los lóbulos de las orejas. Contuvo el aliento y enderezó la espalda.

—¡Pues vete!

Debería haber sabido que intentaría seducirla. Leon no lo podía evitar.

—Relájate —susurró Leon—. Tengo que irme el lunes después de comer y como mañana estarás fuera, debemos aprovechar esta noche al máximo. Recuerda lo que te dije antes. Ahora eres una mujer adulta. Vamos a disfrutar juntos.

Enfadada, Bea volvió la cabeza hacia él. Los labios de Leon esbozaron una sonrisa mientras apesaba los de ella a punto de pronunciar una negativa.

Leon la silenció con los labios y le asió la cabeza para inmovilizársela. Su otra mano se deslizó por su espalda y la acercó contra su ancho torso. Profundizó el beso haciéndola sentir el ardor posesivo de su pasión. Bea intentó mantenerse inmune, pero los viejos recuerdos le provocaron la familiar oleada de deseo que sólo Leon parecía despertar en ella.

Los brazos de él se curvaron alrededor de sus hombros como si tuvieran voluntad propia. Bea sintió sus senos frotarse contra la musculosa pared de su pecho y, de repente, se encontró respondiendo con impotencia a la promesa de sus labios. La lengua de él se introdujo en su boca mientras sus dedos aflojaban el lazo de su vestido. Bea dejó caer la cabeza hacia atrás y lanzó un gemido cuando sintió sus dedos deslizarse por su cuello y empezaron a enterrarse bajo el borde del encaje de su sujetador sin tirantes de camino a sus pezones.

Su cuerpo tembló en sus brazos y sólo se enteró entre brumas de que sus piernas habían abandonado el suelo. Ahora permanecía en su fuerte brazo mientras que con la mano libre, Leon intentaba desabrocharle el sujetador.

Por fin Leon levantó la cabeza y bajó la vista hacia su cara sonrosada. Había una sombría ansia en sus ojos negros que le aceleró el pulso ya errático.

—Leon, no creo que esto sea una buena... —empezó Bea.

—Te deseo... y sé que tú me deseas también. Déjame enseñarte el verdadero placer —jadeó con voz ronca deslizando la mirada por sus brillantes ojos y su preciosa cara antes de bajarlas hacia sus firmes senos. Su cabeza bajó y su lengua empezó a lamer cada uno de sus pezones.

Bea se mordió el labio ante las exquisitas sensaciones que sacudían su cuerpo.

—No —jadeó con desmayo asombrada de lo rápido de su propia rendición.

—Sí —contradijo él mordiéndole levemente el seno antes de alzar la cabeza y besarla en los labios—. No pienses, siente. La química entre nosotros siempre ha existido a pesar de lo que saliera mal —sus largos dedos abarcaron el peso de su seno frotándole la punta con el dedo. Su intensa mirada se deslizó de su cara a su seno como para reforzar aquel punto—. Sabes que es verdad, Phoebe. Danos a los dos una oportunidad a ver adonde conduce.

Bea deseaba hacerlo. Nunca había deseado algo más en toda su vida, pero ella sí sabía a donde conduciría aquello, pensó con tristeza: a disgustarse consigo misma por haberle dejado ganar otro asalto.

Como si sintiera su inseguridad, Leon se movió de repente tendiéndola bajo su cuerpo. Bea quedó atrapada entre sus brazos y sus

manos le acariciaron el pelo. Su boca se cerró sobre la de ella una vez más, ardiente y apasionada, y su lengua exploró sus húmedos secretos.

Bea era cada vez más consciente de todo el peso de su dura excitación, moviéndose contra su vientre al compás de su beso embriagador. Apenas podía respirar, pero no le importaba. Sus pequeñas manos se deslizaron con frenesí bajo la camisa abierta de Leon y jugaron con el vello ensortijado de su torso hasta rozar un duro pezón masculino.

Leon rugió contra su boca y deslizó un rastro de besos por su cuello y más abajo, hasta que su cabeza morena descansó entre sus senos. Entonces empezó a lamerle las duras puntas, primero una, después la otra.

A Bea se le escapó un gemido al sentir las sacudidas de placer emanar desde sus senos hasta el vértice de sus muslos. Se estremeció sin poder remediarlo cuando su boca se movió saboreando su piel. La espalda se le arqueó animándolo a seguir, incluso aunque en lo más hondo de su ser no dejaba de repetirse que Leon sólo era un mujeriego experto en asaltos sexuales.

Pero cuando él alzó la cabeza y sus miradas se encontraron, Bea leyó la pregunta en lo profundo de sus ojos morenos. Vio la piel tensa de deseo de sus pómulos y el sonrojo oscuro de su cara morena. Y también supo que no importaba. Ella le deseaba.

Bea estiró una mano hacia su mandíbula cuadrada hipnotizada por la indiscutible ansia de su mirada. Esa noche él la deseaba... sólo a ella... Acarició su barbilla y notó la barba incipiente. Siempre había sido un hombre velludo. El héroe de su infancia. Una suave sonrisa curvó su boca y Leon lo tomó por consentimiento.

—Phoebe —su voz fue un ronco susurro—. Eres tan preciosa, tan apasionada... Y Dios sabe que he esperado tanto tiempo...

Su ardiente boca buscó la de ella de nuevo y los dos se abandonaron a una espiral de pasión.

Las manos y la boca de Leon estaban por todo su cuerpo y ella no necesitó apremio para devolverle las caricias.

—¿Estás segura? —preguntó Leon con voz gutural al levantarle la falda hasta la cintura.

Entonces acomodó sus caderas con las manos y se deslizó entre sus muslos.

Con los ojos azules clavados con valentía en los de él, Bea deslizó las manos despacio hasta la cinturilla de su pantalón hasta encontrar el botón. Sintió cómo él inspiraba con fuerza y tensaba los músculos del estómago. El silencio estaba cargado de una tensión sexual tan aguda, que se podía mascar. El aroma de su poderoso cuerpo masculino le inundó las fosas nasales. El botón estaba desabrochado... Bea vaciló con repentina timidez, entonces sus dedos alcanzaron el cierre de la cremallera y sus nudillos rozaron su abultada y dura virilidad. Leon gimió... un áspero sonido gutural...

Entonces sonó el timbre de la puerta.

La mano de Bea cayó de la cremallera.

—La puerta —murmuró—. Hay alguien en la puerta.

—No hagas caso —jadeó Leon atrapándole la mano para bajarla hasta sus muslos mientras la besaba de nuevo.

El timbre siguió sonando.

—Leon, debo contestar —murmuró Bea contra su boca empujándole contra el pecho.

—De todas formas, ¿quién diablos llama a estas horas? —preguntó Leon con la voz cargada de frustración.

Asustada por lo que había estado a punto de pasar, Bea se levantó con el corazón desbocado y las piernas débiles.

—¡Espera! —gritó Leon.

Bea se quedó de pie frente a él, débil como una chiquilla mientras él le abrochaba el sujetador y le colocaba con experiencia el vestido.

—No querrás que tu visitante nocturno se caiga de espaldas, ¿verdad?

Bea lo miró con intensidad. El hombre cegado por la pasión sólo unos minutos antes, ahora estaba completamente controlado y ella se sentía como gelatina temblorosa. Pero Leon era un maestro en vestir y desvestir a las mujeres, pensó con amargura mientras llegaba hasta la puerta.

—Salvada por la campana —murmuró en voz baja justo antes de abrir.

—Hola Bea. Vi tu luz encendida al volver y pensé: ¡estupendo! Todavía no es media noche —Margot pasó por delante de Bea al pequeño

recibidor—. No podía esperar para enterarme como fue tu ardiente cita de anoche.

Bea cerró la puerta y se dio la vuelta hacia Margot deteniéndola con una mano en el brazo. Leon estaba en la sala a medio vestir. Sólo rogaba porque tuviera tiempo de hacerlo antes de que llegara Margot.

—Bueno, me desperté al amanecer y te vi llegar con un joven de aspecto latino muy atractivo —Margot entró en el salón en dirección a la cocina y Bea tras sus talones—. Quería que me contaras todos los detalles jugosos mientras tomamos una taza de cacao y... ¡Señor Gregoris! —exclamó Margot parándose en seco.

—Hola, Margot. Me alegro de que te tomes tanto interés en nuestra joven empleada —Leon miró hacia Bea con expresión de cinismo—. Y a mí tampoco me importaría escuchar los detalles jugosos. ¿Un atractivo latino, dices? ¡Qué interesante! Veo que tendré que vigilar mejor a mi joven socia.

Bea sabía lo que estaba pensando. Leon la había dejado con Jack, un hombre alto y rubio y ella había acabado con Andy, alguien muy diferente. Pero Leon no tenía derecho a utilizar aquel tono moral con ella. Él era mucho peor. La imagen de su amiga modelo acudió a su mente y le dio el valor de contestar.

—Era Andy y es un hombre encantador.

Pero Margot parecía haber perdido el interés. Sólo podía mirarlos con expresión pensativa. Se dio la vuelta hacia Bea.

—Lo siento. No quería molestar. Deberías haberme dicho que tenías visita.

—¡Oh, por favor, Margot! Quédate. El señor Gregoris me ha invitado a cenar, pero es estrictamente profesional. No estás molestando y, de hecho, Leon ya se iba —miró a Leon con desafío—. ¿Verdad?

—Sí, por supuesto. Os dejo a las dos para que cotilleéis —Leon alcanzó al corbata del respaldo de la silla y jugueteó con ella de forma provocativa. Bea le hubiera asesinado—. Además tengo un problema acuciante que resolver esta noche. Acompañame hasta la puerta, Phoebe. Quizá tú puedas ayudarme.

La cara de Bea se inflamó. Ya estaba de nuevo con sus indirectas. Sólo esperaba que Margot no lo notara. Salió hasta el recibidor y alargó la mano hacia la puerta de entrada.

—Espera un minuto —ordenó Leon con dureza atrapándole la mano.

Ella alzó la vista. La cara de él estaba en penumbra, pero no había duda de la determinación de sus ojos.

—Ponte la americana y vete —ordenó Bea sin rodeos.

—En un minuto, pero antes me debes una, señorita —susurró él apretándole la mano bajo su americana doblada en el brazo—. Mira lo que me has hecho.

A Bea le ardió la cara cuando él le apretó la mano contra el duro abultamiento masculino. Ahora entendía por qué llevaba estratégicamente doblada la americana en el brazo y apartó la mano con rapidez.

—No es culpa mía que seas un salido mujeriego — susurró ella manteniendo la voz baja.

Era un apartamento muy pequeño y no quería que Margot oyera la conversación de ninguna manera.

—Abandoné mis hábitos de mujeriego el día que descubrí que era posible tener una erección y estar aburrido al mismo tiempo. Ahora soy mucho más selectivo y no me gusta que me lleven hasta el límite y me dejen frío luego.

Bea intentó contener el irrefrenable deseo de soltar una carcajada.

—Frío —se rió.

Leon era de todo menos frío. Hasta allí le llegaba su calor.

Leon arqueó sus firmes labios y tampoco pudo evitar esbozar una sonrisa.

—¿Te parece divertido, pequeña bromista? —sacudió la cabeza—. Un día, Phoebe, un día... Quedas advertida, voy a poseerte y cuando lo haga no estarás riendo, sino suplicando.

Entonces, con un suave beso en la frente, salió por la puerta.

Margot estaba de pie en la puerta de la cocina con una taza de cacao en cada mano. Se apresuró a disculparse al instante.

—Bea, me siento como una tonta habiendo interrumpido de esta manera. Lo siento mucho, pero nunca se me hubiera ocurrido que Leon Gregoris pudiera estar aquí y ahora comprendo que debería haberlo pensado. Él es tu socio, incluso aunque tú solo parezcas una de las empleadas.

—Déjalo, Margot —dijo Bea antes de desplomarse en el sofá. Lo último que deseaba era que Margot empezara a verla como a una jefa y con eso en mente, le contó la velada anterior—. Leon estaba haciendo su papel de tío adoptivo. Inspeccionando para ver cómo me comporto y si trabajo bien. Nada más.

—¿Estás segura? —preguntó Margot pasándole la taza de cacao—. ¿Te importa que te hable sinceramente?

—Por supuesto que no —Bea le sonrió a su amiga. Sabía que Margot nunca se andaba con medias tintas—. ¿Para qué cambiar el hábito de toda una vida?

—Yo soy mucho mayor que tú, Bea y he vivido mucho más, debo reconocer. Leon Gregoris es un hombre muy carismático y poderoso, pero si tiene algún defecto, son las mujeres. En plural. Según los rumores de la oficina, sólo estuvo una vez a punto de comprometerse y hasta eso se estropeó. Te estoy advirtiendo, Bea. Por lo que he visto esta noche, Leon Gregoris no se ve a sí mismo como tu tío.

—Bueno, pues así es como yo lo veo a él —dijo Bea apurando el resto del cacao—. No empieces a preocuparte tú también por mí, Margot. Puedo cuidar de mí misma. Mira anoche, por ejemplo.

Cambiando rápidamente de tema, Bea le contó a Margot una versión exagerada de la noche anterior. Describió la hilaridad de Leon encerrado en el despacho y después la noche tan estupenda que había pasado con sus amigos mientras acentuaba el encanto de Jack y evitaba mencionar el papel de Leon en la velada. Por fin, después de contarle sus planes para ir a Brighton al día siguiente con el mismo grupo de amigos, Margot se levantó para irse, convencida de que Bea tenía su vida totalmente controlada.

Bea se repitió lo mismo a la mañana siguiente, y cuando subió al Range Rover de Andy, seguía convencida de ello.

Se divirtieron mucho en Brighton, y por fin regresaron a Londres hacia la media noche.

Bea saltó del Range Rover a los brazos abiertos de Andy y disfrutó bastante de su beso. Los comentarios jocosos de sus amigos la hicieron reír y todavía riendo, se acercó en compañía de Andy a la puerta.

Podría no haber seguido tan feliz si hubiera notado el coche negro aparcado en la acera de enfrente. O la tormentosa expresión de la cara de su conductor...

Capítulo 6

EL lunes por la mañana, Bea examinó el contenido de su guardarropa con el ceño fruncido. Leon tenía razón; debería comprar algo de ropa. Aparte de un puñado de vestidos, sólo tenía dos trajes para el trabajo: el azul que se había puesto el viernes y uno negro casi del mismo estilo. Miró por la ventana. Era un precioso día soleado sin una nube en el cielo y, de repente, decidió ponerse uno de sus vestidos favoritos.

Se deslizó el vestido por la cabeza y lo estiró por los muslos antes de mirarse al espejo. Entonces abrió uno de los cajones y sacó un cinturón de Chanel. Se lo abrochó alrededor de las caderas e inmediatamente realzó la prenda de color verde bosque con sus diminutas mangas y su leve escote de caja. Sonrió satisfecha con el resultado.

Bea apareció en la oficina media hora más tarde con Margot, sin admitir ni por un instante que se había vestido con más cuidado porque sabía que podía aparecer Leon.

Y eso fue lo que sucedió.

Bea ni siquiera había llegado a su pequeña oficina cuando él salió de la de Tom Jordan.

—¿Qué hora es, señoras?

Leon deslizó la mirada sobre Bea de la cabeza a los pies y cuando ésta abrió los labios para contestar, Margot se le adelantó.

—Ocho y media, señor Gregoris. Llegamos diez minutos pronto.

Con una dura mirada en dirección a Bea, Leon desvió la atención hacia Margot.

—No importa. Venga aquí. Tenemos trabajo.

—Buenos días a ti también —murmuró Bea mientras abría la puerta de su despacho. ¿Quién le habría sacudido la jaula al tigre?, pensó al conectar el ordenador.

Dos minutos más tarde, su puerta se abrió de par en par.

—¿Qué es lo que te está retrasando? —rugió Leon.

Bea alzó la vista.

—No creí que te referías a mí.

La fiereza de la expresión de Leon la irritó.

—Nunca lo crees —se apoyó contra el marco de la puerta—. Vamos —dijo esperando a que ella pasara.

La mañana fue una revelación. Bea siempre había sabido que Leon era inteligente, pero verle trabajar era un aprendizaje. Creó un ambiente electrizante simplemente con su presencia; el poder y dinamismo irradiaban de él.

Tom y Margot se movían con rapidez, contestando a las preguntas de Leon y aceptando sus sugerencias al instante. El papel de Bea acabó siendo el de encargada de los cafés, pero no le importó; era fascinante ver trabajar a Leon.

Por fin Leon se levantó.

—Un rápido almuerzo antes de irme. Tom, ¿me acompañas?

Bea ocultó una leve oleada de decepción tras una radiante sonrisa.

—Bueno, si me disculpáis, tengo que seguir con mi propio trabajo.

Se dirigió entonces hacia la puerta.

—Phoebe, vamos a almorzar los cuatro juntos —entonces se volvió hacia Margot—. Avisa en recepción que retengan todas las llamadas hasta después y vamos a salir de aquí.

Entre una ligera comida de pasta y ensalada, Leon compartió su visión del Lejano Oriente. La conversación giró acerca de las ventajas de comerciar con el anillo del pacífico y de cómo pensaba Leon explotarlas. Bea estaba muda de admiración y una hora después, todos se estaban dirigiendo de vuelta a la oficina.

Leon se despidió de Tom y Margot, pero, agarrando a Bea de la mano, evitó que entrara en el edificio. El beso que le dio en los labios entreabiertos la dejó sin habla pero por otra razón.

—Compórtate. Estaré en contacto contigo.

Y antes de que Bea pudiera reaccionar, ya se había metido en su coche negro.

Bea miró con culpabilidad a su alrededor aterrorizada de que alguien pudiera haberla visto, pero entre el flujo de gente que caminaba por la acera no vio ninguna cara familiar. ¡Debía impedir que Leon siguiera haciendo aquello!, se dijo por milésima vez.

Con un suspiro, entró en el edificio y se dirigió al ascensor. Sophie, la recepcionista, estaba dentro apretando el botón de espera.

—Apuntas muy alto, ¿verdad? —comentó con su fría voz.

Bea se sonrojó hasta la punta del pelo. Era evidente que Sophie había visto el beso y había sacado sus propias conclusiones.

Bea no podía decir que le cayera bien la chica. Era el tipo de mujer que resplandecía alrededor de cualquier hombre, pero parecía tener poco tiempo para sí misma. Pero quizá Bea estuviera siendo poco amable; realmente no conocía a Sophie.

—Yo no apunto a ningún sitio —dijo esbozando una sonrisa—. Sólo me estaba divirtiendo un poco.

—Está bien mientras no se te olvide. Leon Gregoris es un buen amante, pero no te hagas ilusiones. Ese hombre nunca se casaría con una chica como tú. Si alguna vez se casa, será con alguna señorita rica. Créeme, lo sé.

El tono de amargura en su voz era innegable.

—Puede que tengas razón.

De repente Bea se sintió inexplicablemente rastrera. Fue un alivio salir del ascensor y encerrarse en el santuario de su propia oficina. Los comentarios de Sophie no deberían afectarla, pero lo hicieron. Evidentemente, la otra mujer era otro agujero en el cinturón de Leon.

El verano dio paso al otoño aunque no era muy apreciable en el corazón de la ciudad. En las semanas que habían pasado desde que Leon se había ido, Bea se había establecido en una cómoda rutina.

Leon la llamaba ocasionalmente a su apartamento desde donde estuviera en el mundo, pero la mayoría de las veces hablaba con ella desde la oficina cuando llamaba a Tom y pedía que le pasaran con Bea. Ella estaba bastante orgullosa de su habilidad para conseguir que aquellas conversaciones telefónicas tuvieran cierto grado de eficiencia y sofisticación.

Otro lunes gris, y no tenía nada que ver con el hecho de que hubiera hablado con Leon la noche anterior. Echó un vistazo a su reloj. Ahora debería estar en Hong Kong y el sábado estaría de vuelta en Inglaterra.

—Un penique por tus pensamientos —dijo Margot al acercarse a su mesa—. Pareces encantada. ¿Pensado en Andy?

Margot había conocido a su joven amigo y le había caído bien, así que Bea sólo sonrió.

—¿Celosa?

—Demasiado joven para mí.

—¿Y qué hay de tu amigo el financiero? El de aquí arriba.

Eso fue todo lo que hizo falta para que Margot empezara a hablar de su novio y se olvidara por completo de la vida amorosa de Bea.

Para el jueves por la mañana, todas las aventuras del fin de semana se habían contado y reinaba una calma relativa. Pero no por mucho tiempo...

—Bea —susurró alguien con suavidad.

Bea alzó la cabeza con una sonrisa pero enseguida frunció el ceño.

Tom Jordan estaba de pie en el umbral de su puerta y daba la impresión de que le hubiera caído el mundo encima de los hombros.

—Ven a mi oficina, por favor —pidió en voz baja—. Tenemos que hablar.

El hecho de que hubiera aparecido en su despacho en vez de llamarla por el interfono era muy significativo, pero la expresión de su cara era mucho peor. Bea se levantó muy despacio y siguió a Tom Jordan a su oficina.

—Siéntate, Bea.

Ella obedeció.

—¿Qué he hecho?

Tom, en vez de sentarse tras la mesa, sacó la silla y se sentó frente a ella.

—Lo primero, no quiero que te disgustes o enfades...— empezó con ansiedad.

Por supuesto que sus palabras causaron el efecto contrario en Bea. El corazón le dio un vuelco. Tenía que ser personal.

—Lil y Bob. ¿Qué les ha pasado? ¿Un accidente? — preguntó ella muy pálida.

—No, no, nada de eso. Todo va bien, pero tenemos un pequeño problema.

Bea respiró con más facilidad.

—¿Un problema?

—Acabo de recibir una llamada de teléfono de la oficina central de Atenas. Parece que les informaron ayer desde la oficina de Hong Kong de que han raptado a Leon.

—¿Raptado? ¿Leon? —no pudo evitar una carcajada—. Tiene que ser una broma. ¡Nadie tendría valor!

—Por desgracia es verdad. Lo han secuestrado.

—Secuestrado —repitió ella como un papagayo.

Tom le sujetó una de las pequeñas manos en un gesto de consuelo.

—Parece que llegó a Hong Kong el lunes e iba a pasar la noche con un amigo en los Nuevos Territorios. Se suponía que estaría en la oficina el martes, pero no ha aparecido. En vez de eso, llegó una nota con su llavero de oro y un mechón de su pelo. Piden veinte millones. La policía ya ha sido informada.

—¡Oh, Dios mío!

—La policía de Hong Kong está casi segura de que se trata de una banda mafiosa y harán todo lo posible por encontrar a Leon, pero sugieren que preparemos el dinero por si acaso. No sé si has estado en Hong Kong alguna vez, pero es como una conejera. Intentar encontrar a un hombre puede ser extremadamente difícil.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó ella con pánico—. Me voy para allí inmediatamente. Tomaré el próximo vuelo. No, el jet de la empresa.

Bea intentó levantarse, pero la retuvo la mano de Tom.

—No, Bea, debes quedarte aquí. De hecho, un inspector de Scotland Yard llegará a las once a entrevistarte.

—¿Entrevistarme? —no podía entender lo que estaba sucediendo—. ¿Por qué?

—Ahí es donde yo quería llegar. Tú sabes que tu padre y Leon eran excelentes amigos y yo sé lo que haría tu padre si estuviera vivo, pero no quiero presionarte de ninguna manera. Tiene que ser tu propia decisión.

—¡Por Dios bendito, Tom! ¿De qué estás hablando?

—Veinte millones es una suma enorme de dinero. Stephen-Gregoris es una compañía con bastante éxito, pero hay que considerar a los

accionistas. En la mayoría de los raptos se acude a la familia, pero no tiene sentido hablar con la madrastra de Leon, porque sus acciones están ligadas a las de Leon en la compañía. Así que, si queremos reunir el dinero aprisa, la oficina de Atenas necesita tu consentimiento. Como la accionista más importante después de Leon, básicamente la decisión es tuya.

—Sí, sí, por supuesto. Cualquier cosa, Tom. ¿Qué significa el dinero cuando la vida de un hombre está en peligro? Me sorprende que necesites preguntármelo siquiera.

—Sabía que estarías de acuerdo. Eres una buena persona, Bea —se puso en pie—. Me pondré en contacto con Grecia y empezaremos a mover las ruedas ahora mismo.

El resto del día transcurrió en una bruma para Bea. Firmó documentos, cheques bancarios, todo lo que Tom le puso delante. Después llegó el inspector de Scotland Yard. Le dijo que la interrogaba a petición de la policía de Hong Kong. La mayoría de las veces, los socios en los negocios son los que más sabían el uno del otro. Pero Bea no sirvió de ayuda. ¿Qué sabía ella de la vida de Leon?

Pero cuando el detective insistió en el absoluto secreto contándole que sólo tres personas en Hong Kong, dos en Atenas y Tom Jordan y ella sabían lo del secuestro, Bea empezó a comprender el peligro que había.

Se levantó y paseó agitada por el despacho de Jordan con la mente en un torbellino. Sugirió de nuevo volar hasta Asia, pero ni el policía ni Tom lo aceptaron.

—Pero cuando lo rescaten, al menos querrá encontrarse con un amigo —gritó Bea horrorizada por la pesadilla—. Debo ir allí.

Tom le pasó un brazo por los hombros.

—No, Bea. Tu puesto está aquí. Cuando liberen a Leon, no estará solo: olvidas que se quedaba en casa de viejos amigos. Estarán esperándole con la misma ansiedad que nosotros.

Tom tenía razón, comprendió con tristeza.

—De acuerdo —concedió por fin antes de sentarse de nuevo.

Entonces el inspector le dijo que como precaución la mantendrían vigilada hasta que se resolviera la situación. La organización de la Triada tenía tentáculos hasta en Londres. Bea no protestó, pero estaba paralizada de miedo.

No quería irse de la oficina esa noche, pero Tom insistió. Quizá lo peor de todo era no poder hablar con nadie; la información tenía que mantenerse en secreto y ni siquiera Margot sabía lo que estaba pasando.

Encerrada en su pequeño apartamento, Bea se paseó durante horas. Llamó a Lil a casa, pero aparentó que todo iba bien cuando por dentro sólo tenía ganas de llorar. No podía comer ni dormir. Tom había prometido llamar si había alguna noticia y mientras permanecía en la cama, sólo tenía oídos para el teléfono.

A la hora de comer del viernes, Margot le comentó:

—Vamos, Bea. No soy tonta. Ha pasado algo que os tiene disgustados a Tom y a ti. No has dicho una sola palabra en el camino hasta la oficina y llevas sentada toda la mañana mirando el teléfono y das un respingo cada vez que suena. ¿Qué pasa?

Bea miró a su amiga con ojos sombríos.

—Nada... absolutamente nada.

—Déjala tranquila, Margot —interrumpió Tom con ansiedad entrando en ese momento en la oficina—. Es un asunto privado que no se debe mencionar.

Su tono de voz fue suficiente para advertir a Margot que no preguntara más.

Para el domingo, Bea estaba volviéndose loca. No había abandonado su apartamento en todo el fin de semana, atormentada pensando en lo que debía estar pasando Leon.

Leon había sido siempre un hombre tan activo, no paraba de correr desde la mañana a la noche y probablemente seguiría haciéndolo, en cuanto lo liberaran. En su villa de Paphos tenía su gimnasio personal en el sótano y no hacía falta más que mirarlo para saber que estaba en plena forma física.

Se metió en la cama, pero no durmió en toda la noche.

Leon podía ser un mujeriego, pero era su amigo. Olvidó toda la amargura de su compromiso roto y recordó sólo los buenos tiempos y cómo siempre había estado a su lado en los momentos difíciles.

A la mañana siguiente, Bea hizo algo que no había hecho en años. Se arrodilló al borde de la cama y, juntando las manos, rezó en silencio por su vuelta a salvo. Como si fuera una niña, le ofreció a Dios lo que fuera si liberaban a Leon.

Hizo lo mismo todos los días hasta que por fin, al jueves siguiente, sus súplicas fueron contestadas.

La llamada llegó de Hong Kong justo cuando Bea estaba a punto de abandonar la oficina después de otro inútil día de espera. Era media noche en Hong Kong y se había arreglado el traspaso del dinero, la policía había estado esperando y todo había sucedido con tranquilidad. Habían atrapado a los secuestradores, se había recuperado el dinero y habían encontrado a Leon amordazado y encadenado a una pared en un pequeño compartimento de dos metros por cuatro.

Diez días confinado de aquella manera habían pasado su factura, pero el doctor había anunciado que no había lesiones permanentes. Estaba bien y recuperándose en una clínica privada y se pondría en contacto después del interrogatorio de la policía.

Tom declaró que se merecía brindar con una copa y cuando Margot se enteró por fin de la historia, los tres se fueron a un bar cercano a celebrarlo. La sensación de euforia de Bea le duró hasta la mañana siguiente.

Después de haber dormido profundamente, salió del edificio de apartamentos con Margot ansiosa por llegar al trabajo segura de que Leon llamaría para hablar con Tom, si no con ella.

Y lo hizo.

—Phoebe. Soy Leon.

El sonido de su voz por teléfono fue música para sus oídos. Los ojos se le empañaron en lágrimas.

—¡Leon! ¡Oh, gracias a Dios! ¡Cómo me alegro de oír tu voz! ¿estás bien? No me lo creeré hasta que te vea de nuevo. ¿Cuándo volverás? Estaba tan preocupada que casi me vuelvo loca.

Sabía que estaba balbuceando, pero el alivio era tan grande...

—No hace falta que te preocupes, Phoebe, estoy bien... y también tu dinero. Creo que te tengo que dar las gracias por permitir el pago.

—No ha sido nada. Sólo me alegro de que hayas salido ileso.

—Veinte millones es una buena cantidad para mucha gente —dijo Leon con cinismo—. Gracias de nuevo. Pásame con Tom, no tengo tiempo de cotilleos.

—Sí, sí, por supuesto.

Bea obedeció. Debería sentirse feliz. Leon estaba bien y había hablado con él. Pero algo iba mal.

Bea se quedó mirando en blanco a la pantalla de su ordenador mordiéndose el labio inferior. Era Leon, pero no lo era. Se habían acabado las conversaciones graciosas y las indirectas. Sólo una cortesía cercana a la rudeza. Con desgana, se centró en el documento que tenía en la pantalla. Se suponía que debía estar trabajando, no pensando en Leon. Sin embargo, la euforia que había sentido por su liberación había dado paso a una frustración que no comprendía. Con todo, agradeció la hora de irse a casa.

Bea entró en su apartamento. Un buen baño de agua caliente era lo que necesitaba. Media hora más tarde, se preparó una cena ligera y se sentó en el sofá con una copa de vino blanco en la mesita a su lado. Demasiado preocupada por Leon, no había quedado con nadie, así que tenía todo el fin de semana para ella. Pero al ir a llevarse la copa a los labios casi se atragantó. Las noticias de las siete en Canal 4 mostraban a Leon de pie con los brazos apoyados en un hombre europeo rubio y en una exquisita belleza oriental. La noticia del secuestro y posterior liberación había sido difundida y los estaban entrevistando.

Leon parecía cansado, pálido, y tenía el pelo negro pegado a la cabeza.

—¿Qué se siente estando encerrado en casi un armario, señor Gregoris?

Leon dirigió al periodista una mirada sarcástica.

—Pruébelo y lo sabrá.

En ese momento habló el hombre de pelo rubio.

—El señor Gregoris ya ha contestado a demasiadas preguntas. Ha pasado una dura prueba, está cansado y por orden de su doctor, debería tomarse varias semanas de descanso. Fin de la entrevista.

Era extraño ver a otro hombre hablar en nombre de Leon y, más aún, que Leon lo permitiera. Pero sólo verlo aunque fuera en televisión le había tranquilizado. Recogiendo la bandeja, se dispuso a acostarse.

Al día siguiente, después de limpiar el apartamento y hacer la colada, apenas era medio día. ¿Qué podría hacer el fin de semana? Abrió el armario y ¡sí! A la media hora estaba vestida con el traje azul marino sin camisa pero con el zafiro que le había regalado Leon colgado del cuello.

Salió del apartamento y se metió en un taxi. Acomodándose en el asiento trasero se dirigió a Knightsbridge. Iba a seguir el consejo de Leon y a comprarse ropa en Harrods y Harvey Nichols, dos de las tiendas más caras de la ciudad.

Cinco horas más tarde, Bea salió del taxi a unas manzanas de su edificio, cansada, pero feliz. El taxi no podía dejarla más cerca debido a los coches aparcados. Pagó la tarifa y después de recoger la multitud de bolsas con las dos manos, se dio la vuelta para caminar los pocos metros que la separaban de casa. Frunció el ceño al parecerle ver una multitud agolpada frente a la puerta. Algún tipo de accidente, fuego o....

Antes de que pudiera completar su pensamiento, una voz gritó:

—¡Ahí está!

Y al instante se vio rodeada de docenas de personas. Le plantaron un micrófono frente a las narices y las cámaras dispararon sin descanso.

—¿La señorita Stephen, la heredera?

—Sí... no. Eso supongo

—¿Cómo se sintió al enterarse de que habían secuestrado a Leon Gregoris? ¿Es verdad que usted autorizó el pago del rescate?

Las cuestiones eran rápidas y furiosas y Bea estaba completamente fuera de sitio.

—Disgustada. Sí. No.

No sabía qué decir. Ella no había tenido ningún trato antes con la prensa o la televisión y estaba horrorizada.

Asiendo con nerviosismo las bolsas, consiguió llegar hasta la entrada y, por suerte, el guarda de seguridad pudo contener a la prensa.

Para cuando llegó a su apartamento, ya había reaccionado. Se desplomó en el sofá y dejó caer las bolsas al suelo. Dios mío, pensó. Ahora sabía lo que debía haber sentido Leon. A ella la habían puesto los nervios a flor de piel en pocos minutos.

Se preparó una taza de té y con el relativo silencio de la casa empezó a sentirse mejor hasta que sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó sonriendo con alivio al escuchar la voz de Margot.

Pero su alivio se transformó en turbación cuando Margot entró y encendió la televisión.

—Eres famosa, Bea.

Bea miró las imágenes horrorizada. Allí estaba, con diamantes en el cuello, cargada de paquetes de las mejores tiendas de la ciudad y siendo denominada la tímida heredera. Entonces siguió una escueta historia de su vida y su sociedad con Leon Gregoris.

No creyó que pudiera salir peor, pero los periódicos del domingo se aventuraron en más detalles y llegaron tan lejos como para dar su dirección de Northumbria y una fotografía de su casa familiar.

Margot fue una torre de fuerza.

—Eh, Bea. Como decía Andy Warhol, han sido tus quince minutos de fama. Mañana estará otra persona en portada.

Y tenía razón. Para el lunes, cuando las dos amigas salieron para ir a trabajar, no había ningún periodista a la vista.

Pero en cuanto Bea entró en la oficina, comprendió la extensión del daño causado por la prensa. Sophie, la recepcionista, fue la primera.

—Buenos días, señorita Stephen.

Y el resto de los empleados se comportó igual.

Bea podía ver en sus ojos la forma en que la miraban. Ahora había una cierta barrera entre ellos. Ya no era Bea, la titulada en periodo de formación, sino una persona con poder. Para el final del día, ya sólo se sentía cómoda con Tom y con Margot.

El martes fue aún peor, pero para el viernes por la mañana, Bea ya estaba empezando a acostumbrarse a su nueva situación. Leon estaba de vuelta en Chipre pero llamaba todos los días a Tom. Bea había hablado con él unas cuantas veces y parecía encontrarse bien aunque con ella era un poco abrupto. Era sorprendente cómo las cosas volvían a la normalidad.

Hasta que Margot llamó a la puerta de su apartamento y le colocó el periódico en las manos.

—Perdona, Bea, pero algunas personas no pueden mantener la boca cerrada.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Lee el periódico, mira por la ventana y decide si quieres ir a la oficina.

Bea corrió hacia la ventana. Margot tenía razón. Los paparazzi habían vuelto. Se dio la vuelta y cruzó la habitación despacio, y con

creciente horror empezó a leer el artículo. Estaba lleno de citas acerca de que Leon Gregoris y ella no eran sólo socios, sino que también eran amantes. Una testigo los había visto besarse a las puertas de la oficina y también Andy, al que ella consideraba como un amigo, la describía como a «una chica voluble a la que no se podía ligar».

Para más asombro suyo, un camarero del Muck and Money declaraba que la había visto con Leon y otro hombre haciendo comentarios acerca del sexo pervertido, lo que la hacía parecer entre una sadomasoquista y una mujer fatal.

No fue a trabajar...

A la mañana siguiente, la despertó el teléfono de un sueño inquieto. Lanzó un gemido y alcanzó el receptor.

—Phoebe.

Era la voz de Leon y se sintió asaltada por una sensación de haberlo vivido ya. La última vez que la había despertado temprano, ella estaba aquejada de resaca. Esta vez sólo se sentía cansada y tristemente desilusionada.

—¿Qué quieres?

Con una vuelta a sus antiguos métodos, Leon contestó:

—A ti, Phoebe.

—Leon. Me alegro de notar que tras tu secuestro sigues tan incorregible como siempre.

—No, hablo mortalmente en serio. He visto los artículos de los periódicos y sé lo mucho que te deben haber disgustado. Parece que entrevistaron a mi madrastra en California y le preguntaron si había puesto ella el rescate. Ella les dio tu nombre, pero en su defensa tengo que decir que lo hubieran descubierto enseguida ellos solos. Pero ya conoces a la prensa. Te acosarán a muerte hasta que hagas alguna declaración. Puedes enfrentarte a ellos si quieres, pero me he encargado de solucionarlo, si quieres que lo haga.

—¿Cómo?

—Te lo explicaré en cuanto llegue. Espérame en veinte minutos.

—¿Estás en Londres?

—Sí, y no abras la puerta a nadie más que a mí.

Capítulo 7

BEA salió de la cama. No le quedaba mucha elección.

—Maldito sea ese hombre —murmuró.

Típico de Leon. Había colgado antes de darle la oportunidad de contestar.

El teléfono sonó de nuevo.

—Hola, Leon.

—¡Qué interesante! Pero no, señorita Stephen. Soy Doug Brown, del Sunday Herald.

Ante la mención de aquel periódico sensacionalista, Bea explotó:

—¿Qué? ¿Cómo ha conseguido este teléfono? No viene en la guía.

Había creído al menos estar a salvo de que los periodistas la llamaran por teléfono. Ni siquiera escuchó la respuesta de aquel y colgó de golpe. Se vistió apresurada y se paseó por el apartamento rabiosa. Se sentía como un animal enjaulado y de repente decidió que le parecía bien lo que Leon tuviera planeado, fuera lo que fuera. Tenía que salir de allí o se volvería loca.

Cuando sonó el timbre de la puerta, Bea había conseguido calmarse algo, pero seguía sintiéndose como una fugitiva en su propia casa.

—¿Eres tú, Leon? —susurró.

Cuando escuchó su voz abrió la puerta, le agarró del brazo y le metió dentro.

—Rápido. Puede verte alguien.

—No seas ridícula, Phoebe. Pareces el inspector Clouseau en un mal día.

—Bueno, nunca se sabe —contestó ella a la defensiva.

—Contigo no —murmuró con sarcasmo Leon—. He tenido que pasar por delante de la prensa para entrar aquí, ¿o es que imaginabas que podría escalar una tubería o lanzarme por alguna ventana?

Leon conseguía hacerla sentirse siempre como una tonta.

—Deja el sarcasmo y cuéntame tu plan. Ya tienen mi número de teléfono.

Bea estudió su atractiva cara morena bajo el velo de las pestañas. El secuestro había cobrado su precio. El pelo largo estaba ahora corto y, sin embargo, le hacía aún más atractivo; tenía una cabeza muy bien esculpida. Pero las arrugas se habían pronunciado alrededor de su cara y sus ojos.

Bajó la mirada hacia su corpulento cuerpo. El elegante traje gris marengo no le quedaba tan perfecto como antes. Era evidente que había perdido peso, y sintió lástima por él.

Actuando por instinto, cruzó la habitación hasta donde se encontraba él y enroscó los brazos alrededor de su cuello con la única intención de darle un abrazo amistoso. Ladeó la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos.

—Perdona, Leon. No te preocupes por mis problemas. Debería haber preguntado. ¿Cómo lo llevas?

Sintiendo la tensión en su largo cuerpo y con una sonrisa compasiva en los labios, añadió con suavidad:

—Lo siento de verdad. Sé que debe haber sido terrible para ti.

Con aspereza, Leon la asió por los brazos y la separó de él mirándola casi con enfado.

—Corta la simpatía, Phoebe. No necesito tu compasión.

Bea se sintió como una tonta y se apartó.

—No vas a conseguirlo —explotó—. Si no hubiera sido por ti, no estaría metida en este lío.

Bea sabía que estaba siendo injusta. Leon no tenía la culpa de que le hubieran secuestrado, pero su rechazo le había dolido de forma inexplicable.

—Me preguntaba cuánto tardarías en culparme.

Bea inspiró resuelta a controlar su temperamento.

—Mira, Leon. No convirtamos esto en una discusión.

—Tienes razón —dijo deslizando la mirada por los vaqueros y la camiseta roja que llevaba puestos—. Primero, quítate esa ropa —ordenó.

—¿Qué?

Sus ojos azules se abrieron de asombro.

—Puedes cerrar la boca, Phoebe. Te prometo que no voy a seducirte. Simplemente quiero que te vistas de forma apropiada. Ponte ese traje y aquellos zapatos que llevabas el día de la fotografía. La mejor forma de defensa es el ataque, así que tú y yo vamos a salir juntos de aquí. Yo haré una corta declaración que los dejará satisfechos por el momento, pero no hace falta darles una imagen tuya diferente de la que ya tienen.

Bea pensó que tenía sentido.

—¿Y después qué?

—Después tú y yo tomaremos el avión de la empresa hasta Chipre. Yo necesito descansar más y unos cuantos días al sol no te harán daño. Para cuando vuelvas a Londres, ya tendrán otra historia para portada.

—¿Eso es todo? ¿Irse de vacaciones a esperar a que los rumores se desvanezcan? No me parece...

La idea de pasar tiempo a solas con Leon en una isla del Mediterráneo era demasiado seductora y dudaba tener la fuerza de resistirse a su encanto habitual.

—Como tú quieras. Si quieres enfrentarte sola a la prensa o quedarte atrapada en tu apartamento, por mí bien. Como amigo te estoy ofreciendo una salida, pero yo me voy, contigo o sin ti.

—Pero...

Lo miró confundida. A él parecía importarle poco lo que ella hiciera y la idea de pasar unos días en Paphos era muy atractiva. Pero, ¿podría confiar en él? Y, lo que era más importante, ¿podía confiar en sí misma?

—Antes de que lo preguntes, hay al menos media docena de empleados en la villa. No estarás a solas conmigo. Y en cualquier caso, yo tengo trabajo atrasado. Te prometo que la seducción es lo último que tengo en la cabeza.

Bea se sonrojó levemente. ¿Cómo le había leído la mente de aquella manera?

—Necesito tiempo para hacer la maleta.

—Con una bolsa para pasar la noche te servirá. Le he dicho a Tom Jordan que estarás fuera una temporada y he arreglado con Margot que te empaquete el resto de tu ropa y lo mande. Lo tendrás mañana por la noche. Así que cambiate y vámonos de aquí.

Leon había pensado en todo. Y diez minutos más tarde, Bea comprendió lo que ese «todo» incluía...

Leon le pasó un brazo por la cintura al salir del ascensor. Bea intentó zafarse, pero Leon la apretó aún más.

—Pégate a mí, Phoebe y deja que hable yo —esbozó una sonrisa reconfortante—. ¿De acuerdo?

No le quedaba mucha elección. Al salir a la puerta principal, los flashes de las cámaras la cegaron. Una docena de voces diferentes hacían preguntas a la vez, así que Bea apenas podía oír. Agradeció el brazo de apoyo de Leon aunque consiguiera acelerarle el pulso. Era preferible a aquella jauría de perros de caza.

Cuando por fin se recuperó como para enterarse de lo que estaban diciendo, se llevó el susto de su vida. Alzó la vista hacia Leon con la boca abierta de asombro.

—Phoebe y yo somos amigos desde hace años. El colgante que lleva es el anillo de compromiso que le regalé cuando tenía diecisiete años.

Con la mano libre lo levantó para que pudieran fotografiarlo.

—¿Qué? —jadeó ella estúpidamente.

—Lo mandé convertir en colgante y decidí esperar a que terminara sus estudios antes de casarnos. Ya no hay razones para retrasarlo. Phoebe y yo estamos prometidos y nos vamos a pasar unas cortas vacaciones a Sudáfrica, donde ella escogerá su propio diamante en bruto para que se lo tallen como anillo de compromiso. No puedo hacer más por mi perfecta prometida.

La cautividad debía haberle afectado al cerebro. Aquel hombre se había vuelto loco, pensó Bea apartando la mirada de él para bajarla hasta la joya que sujetaba con los dedos. Los nudillos le rozaban la garganta y tuvo dificultad para concentrarse. Ella sólo había llevado aquel anillo durante veinticuatro horas. ¿Sería el mismo?

—¿Es eso verdad, señorita Stephen? ¿Van a casarse usted y el señor Gregoris? —gritó un periodista.

Entonces recordó que el colgante le había sonado conocido cuando Leon se lo había regalado.

—¡Sí, por supuesto! —exclamó al reconocerlo por fin.

El anillo de oro había desaparecido y se había añadido una base de oro fina, pero era el mismo. ¿A qué diablos pensaba Leon que estaba jugando?

—¿Qué...?

Pero fue lo más que consiguió decir antes de que los labios de Leon descendieran sobre los de ella. Sus brazos se curvaron alrededor de su espalda mientras la besaba con posesivo apasionamiento. Con los ojos muy abiertos captó las miradas de encanto de los que les rodeaban. Oh, no, gimió cuando Leon le penetró la boca con la lengua.

Bea se balanceó cuando por fin Leon la soltó y sólo el brazo alrededor de su cintura le impidió caerse. Antes de recuperar la compostura, Leon la estaba metiendo en una limusina y se estaba deslizando a su lado.

Con la falda subida hasta la mitad de los muslos y la cara sonrojada de rabia, Bea se volvió hacia Leon en cuanto el coche estuvo en movimiento.

El estaba a su lado aflojándose la corbata y desabrochando los dos primeros botones de la camisa. Se reclinó hacia atrás con las piernas extendidas, con aspecto de total despreocupación.

Parecía tan malditamente satisfecho que Bea explotó de rabia.

—¿Te has vuelto loco, Leon? ¿Es que el secuestro te ha afectado al cerebro o algo así? Tu plan era conseguir que escapara de la prensa. ¡Vaya plan! ¿Qué diablos te ha poseído para decirle a esa muchedumbre que íbamos a casarnos? Dile al conductor que dé la vuelta ahora mismo o lo haré yo. Prefiero estar encerrada en mi apartamento a estarlo en un compromiso contigo.

—Yo tampoco tengo deseos de estar atrapado en un compromiso contigo —Leon le dirigió una mirada de cinismo—. Pero la estrategia ha funcionado. La prensa está feliz con su artículo y nosotros libres.

Parecía razonable, pero a Bea le decía la intuición femenina que había algo muy equivocado en la actuación de Leon.

—Sigo creyendo que deberíamos volver y contarles la verdad.

La mirada de cinismo que le dirigió él le hizo sonrojar.

—¿La verdad? Si mal no recuerdas, querida Phoebe, te preguntaron si era verdad mi declaración y frente a todo el mundo dijiste que sí, que por supuesto.

Bea extendió los brazos con gesto de exasperación.

—Pero yo quería decir que había reconocido el colgante, no... no...

Se calló cuando Leon le atrapó la mano más cercana a él.

—Para. Olvídalo. En un par de semanas los rumores habrán parado y podremos seguir nuestros caminos.

—Eso te irá bien a ti. La prensa está acostumbrada a tu licenciosa forma de vida, pero yo no lo superaré. Nunca me dejarán en paz o me conocerán como la novia abandonada de Leon Gregoris. ¡Dios mío! No puedo creerte.

—Nunca confiaste en mí —saltó Leon en voz muy baja pero brutal—. Así que cállate, Phoebe y haz lo que te dicen.

Leon nunca le había hablado con tal rudeza y eso la detuvo en seco. Escudriñó con sospecha sus duras facciones. No conocía a aquel hombre en absoluto: sus ojos oscuros evadieron su mirada y desvió la vista hacia la ventana.

Bea inspiró con intensidad.

—El plan era unas cortas vacaciones en Paphos. ¿Vamos todavía allí o a Sudáfrica?

—Sí, por supuesto. Lo otro era una pista falsa para la prensa.

—Una pista... —repitió ella anonadada de la estúpida historia. Estaba bien para él, que era un notorio mujeriego, pero cuando la verdad saliera a la luz, ella quedaría como otra lastimosa novia rechazada.

—Déjalo —ordenó Leon con aspereza.

Pero Bea notó que seguía sin mirarla.

El resto del trayecto lo hicieron en completo silencio. Bea, malhumorada por la falsa posición en que Leon la había colocado, miró a su alrededor. El interior del coche era el lujo personificado. Una mampara de cristal separaba al conductor de sus ocupantes; todo muy privado. En cuanto a su compañero, tenía la mirada satisfecha de un hombre que controlaba por completo la situación. El resentimiento se convirtió en sarcasmo.

—Leon. Nunca creí que vería al gran Leon Gregoris permitiendo que alguien condujera por él.

—Aprendo de mis errores —Leon se dio la vuelta y cuando sus ojos negros se encontraron con los de ella, Bea sintió un escalofrío en la espalda—. En Hong Kong me paré a echar gasolina. Mientras estaba pagando, los bastardos se metieron en el asiento de atrás. Así que nunca más.

—Pero tu único vicio eran los coches —dijo ella con suavidad horrorizada por cómo le había afectado el secuestro.

—Ya no más —afirmó él antes de volver a mirar por la ventanilla.

El vuelo hasta Chipre no fue mucho mejor, aunque Bea no había estado nunca antes en un jet privado. Miró con asombro la espesa moqueta, los sillones y sofás de color crema suave y la pesada mesa de cristal atornillada al suelo, más el bar exquisitamente equipado de la esquina.

—Desde luego sabes como vivir, Leon.

Los negros ojos la miraron con desafío.

—Esto también es tuyo, Phoebe. ¿Sabes tú como vivir? —preguntó con burla.

Bea se sentó sin contestar. Con desgana, se abrochó el cinturón de seguridad, preguntándose si estaría haciendo lo correcto. Había algo diferente en Leon.

Se mordió el labio inferior con nerviosismo cuando los motores del avión rugieron. Era demasiado tarde para escapar ya, pensó y se preguntó por qué habría acudido a su mente la palabra «escapar». Se estaba poniendo nerviosa, se dijo a sí misma. Aquellas eran unas breves vacaciones al sol con un amigo de la familia en una casa llena de empleados. Sería un respiro del trabajo de Londres.

Seguía repitiéndose la misma historia cuando aterrizaron en el aeropuerto de Paphos y el calor de finales de octubre en el Mediterráneo le animó el espíritu. Había otra limusina esperándolos que los condujo por las serpenteantes carreteras de montaña hacia la villa.

Su primera sorpresa fue ver los portones de hierro de casi dos metros y un guarda armado en la puerta.

—Leon —se volvió en su asiento.

Leon había estado inmerso en sus papeles desde que habían salido de Londres.

—Bien, ya hemos llegado.

—Sí, pero yo no recordaba estos portones ni un guarda.

Bea miró a su alrededor y vio que el antiguo muro blanco estaba reforzado por una alambrada electrificada en todo su perímetro.

—Sí, bueno. Surgieron más problemas entre el sector turco y el griego no hace mucho, así que decidí aumentar la seguridad. Y tal y como han ido las cosas, es una suerte que lo hiciera.

Ella lo miró con debilidad.

—¿Suerte? ¿Fue tan mala la guerra?

Ella había leído algo en los periódicos, pero había parecido una pequeña escaramuza.

—Olvídalo, Phoebe. Bienvenida a mi casa.

El coche se deslizó despacio entre las masivas puertas y el guarda de seguridad inspeccionó con cuidado a los ocupantes.

—Esto parece una fortaleza —intentó bromear ella.

—Es necesario —replicó Leon sin rodeos.

La limusina se detuvo frente a la escalinata de mármol que conducía a las macizas puertas forjadas en bronce.

El personal salió a recibirlos y cuando Bea salió del coche la vieja ama de llaves, Anna y Spiros la saludaron con una sonrisa de reconocimiento. Las doncellas morenas de ojos oscuros eran todas desconocidas, pero Leon, tomándola del brazo, le presentó a todas mientras subían los escalones.

Le hubiera sobrado conocer a dos corpulentos hombres que flanqueaban la puerta, pensó Bea mientras Leon la conducía al fresco interior del vestíbulo.

—Te acompañaré a tu habitación —echó un vistazo a su reloj—. Tienes exactamente quince minutos para instalarte. Anna insistió en servir un té inglés en el patio a las cuatro.

—¡Qué amable! —dijo Bea con una sonrisa que se ensanchó cuando Leon abrió la puerta de la habitación que iba a ocupar.

Al menos tenía la sensibilidad de no haberla instalado en la misma habitación que la otra vez y eso se lo agradecía. Además, si la memoria no le fallaba, aquella gran habitación tan elegante era la que solía usar su madrastra y estaba en el extremo opuesto de la villa a la habitación de él.

No sabía por qué la distancia le hacía sentirse más segura. Volvió la mirada hacia Leon.

—Gracias, es una habitación preciosa.

El enarcó una ceja con ironía.

—No me des a mí las gracias, dáselas a Anna. Ha sido idea suya. Está intentando impresionarte. Creo que nunca superó tu repentina partida la otra vez. De ahí el darte la habitación principal y servirte el té.

—Pues lo ha conseguido.

Una breve exploración de la habitación reveló una puerta que conducía a un vestidor con las paredes cubiertas de armarios. Otra puerta más abría a un lujoso cuarto de baño. Bea miró con envidia la enorme bañera, pero como sólo disponía de quince minutos, se conformó con lavarse la cara y las manos y peinarse. De todas formas, no hubiera podido cambiarse porque sólo había llevado una muda de ropa interior junto con los artículos de aseo y un camisón.

Anna se había esforzado en serio en la preparación del té. Bea sonrió al bajar los escalones del patio; la mesa de hierro forjado estaba cubierta con un mantel de damasco blanco con dos servicios de delicada porcelana china. En el centro había una bandeja de plata cargada de pastas caseras de aspecto delicioso y tres bandejas más con sandwiches y un frutero. Bea apenas acababa de sentarse cuando apareció Anna llevando el servicio de té de plata en una elegante bandeja a juego.

Leon apareció cuando ella estaba tomando la segunda taza de té.

—¿Qué te ha retrasado? —preguntó ella apresurada.

La pobre Anna se había disculpado una y otra vez por su ausencia, pero lo que le afectó fue el aspecto de Leon.

Abrió mucho los ojos azules para apreciar desde el pelo mojado y rizado hasta sus anchas espaldas. Se había quitado el traje y llevaba un simple polo negro que moldeaba su musculoso pecho y revelaba sus morenos antebrazos. Unos vaqueros negros desgastados sujetos por un cinturón de cuero con una hebilla de bronce de intrincado diseño se ajustaba a sus esbeltas caderas. Tenía un aspecto sombrío y peligroso y Bea sintió un escalofrío de advertencia por la espina dorsal cuando se detuvo a su lado.

—¿Y bien? —preguntó ella con tal de romper el tenso silencio.

Leon estudió su largo pelo rubio que la suave brisa había revuelto alrededor de su preciosa cara y la evidente presión de sus dedos alrededor de la taza de porcelana. Se tomó su tiempo para examinarla y un destello dorado iluminó sus ojos negros.

—¿Que qué me ha retenido? Si hubiera sabido que me ibas a echar de menos, hubiera aparecido como un rayo.

—No te he echado de menos. Es sólo que...

Bea se detuvo ante su carcajada burlona.

—La misma Phoebe de siempre. Desde luego sabes cómo hacer que un hombre se sienta bien —murmuró antes de inclinarse para tomarla una mano—. Vamos, te enseñaré los alrededores antes de que se ponga el sol. Ha habido algunos cambios desde la última vez que estuviste aquí.

Bea se levantó y en la siguiente media hora admiró de verdad las nuevas ampliaciones. Para cuando Leon la condujo al jardín e insistió en que contemplara la puesta de sol, casi se había relajado en su compañía... hasta que le pasó el brazo por los hombros.

Estaban solos en la terraza en el mejor sitio para contemplar la puesta de sol. Bea intentó apartarse del perturbador calor de su cuerpo, pero él simplemente la asió con más firmeza.

—El tiempo es todavía caliente en octubre, pero a esta hora de la tarde refresca con rapidez y no tienes otra protección salvo la mía, así que quédate quieta y mira, Phoebe.

La puesta era magnífica y ella suspiró con placer mientras admiraban juntos la brillante bola roja esconderse en el mar.

—Merecía la pena la espera, como todo lo bueno en la vida —comentó Leon con suavidad al volver a la parte trasera de la casa.

Bea alzó la vista hacia él; costaba ver su expresión en la penumbra y por un segundo le pareció ver un brillo de triunfo en su mirada. Pero una vez dentro, creyó haberse equivocado.

Leon la soltó los hombros y sonrió.

—Perdona, tengo que dejarte sola hasta la hora de la cena, a las nueve. Tengo trabajo que hacer.

Y de nuevo, se alejó de ella.

Una vez más en su habitación, Bea se quitó los zapatos y se fue al cuarto de baño. Abrió los grifos de la enorme bañera y sacó una botella de sales de baño para echar casi la mitad en el agua agitada. Entre el ruido del agua corriente, escuchó una llamada a la puerta. Cuando fue a abrir se encontró con Anna.

—Señorita Phoebe, ¿quiere que le planche la ropa? El señor Gregoris me ha dicho que su equipaje no ha llegado todavía.

—Gracias. Es una idea estupenda. Adelante —en unos segundos, Bea se había quitado la americana y la falda y se las había dado a Anna—. Simplemente entre cuando haya terminado. Voy a meterme en la bañera.

Cuando se inclinó para cerrar los grifos, la cadena de oro se resbaló hacia adelante. Al ver el colgante frunció el ceño y se lo quitó para girarlo lentamente en la mano.

Volvió al vestido y lo dejó en el peinador. Era cierto, era el mismo anillo de compromiso de hacía tres años. Era extraño que Leon se hubiera molestado en transformarlo. Podría simplemente habérselo regalado a alguna de sus amigas. No, Leon era demasiado inteligente como para regalar aquello a una amante. La dama podría hacerse una idea equivocada.

Sin embargo, era extraño. Leon era un hombre generoso; podría haber comprado otra cosa para su cumpleaños. Así que, ¿por qué aquello? Sacó su bolsa de aseo y metió el colgante dentro. Fuera cual fuera el motivo, no iba a volver a ponérselo. De alguna manera, la inquietaba...

Media hora más tarde, refrescada y relajada se puso la braga y sujetador de encaje de repuesto. Se sentó frente al peinador y se secó con rapidez la melena rizándose las puntas con el cepillo redondo. Satisfecha con el resultado, se aplicó un mínimo de maquillaje, un poco de máscara en las pestañas y se pintó los labios de color rosa. Ya estaba casi lista.

Volvió a la habitación justo cuando Anna, después de llamar ligeramente, apareció con su ropa.

—Gracias, Anna.

Bea recogió las prendas con una sonrisa y se puso la falda.

—Es un placer. He esperado su vuelta durante estos años. No es bueno para el señor estar solo —deslizó la mirada por la cara de Bea—. Pero ahora que está usted aquí toda irá bien de nuevo.

—Sólo estoy de vacaciones —explicó nerviosa Bea sin saber qué decir.

La pobre mujer evidentemente se había hecho una idea equivocada. Pero Bea no pensaba desilusionarla. Eso le tocaría a Leon después de que ella se fuera.

Poniéndose la chaqueta, se acercó a los ventanales y los abrió para salir a la terraza. Inspiró varias veces el aire fresco de la noche. Era un sitio precioso.

Y lo mejor de todo, no había ningún fotógrafo o periodista a la vista... la tensión de los días anteriores se había quedado atrás y ella se sentía rejuvenecida. El plan de Leon no era tan malo, tenía que reconocerlo.

Miró a su alrededor la belleza de la noche y de repente se puso rígida. ¡La serpiente del Edén!, pensó con una sombría sonrisa al captar algo metálico en el hombre que patrullaba la valla con una pistola.

Se dio la vuelta de forma abrupta. Buscó sus zapatos, se los puso y abandonó la habitación. Después de equivocarse dos veces, Bea encontró el comedor. Era una habitación muy elegante con vistas a la bahía y una enorme mesa para doce. De pie frente a las ventanas, se encontraba Leon.

—¿Tenemos que cenar aquí? —preguntó agitada ante la imagen de Leon con un smoking blanco igual que la última vez que lo había visto en aquella misma sala—. ¿No te has pasado arreglándote?

De repente se sintió inquieta. ¿Estaría recordando Leon la última vez, cuando ella había roto su compromiso?

—Ya te he dicho que Anna insiste en hacerlo todo muy formal y yo no me atrevo a discutir con ella —respondió él con humor.

Entonces se acercó a la mesa y apartó un silla al lado de la cabecera indicándola con un gesto que se sentara.

Estudiando su cara, Bea no se convenció de que los motivos fueran tan simples.

—Eso me recuerda —dijo ella mientras se sentaba y extendía la servilleta—, que Anna parece haberse hecho una idea errónea de que voy a quedarme más de unos cuantos días.

—Toma un poco de vino y relájate; te estás imaginando cosas.

Leon sirvió el vino espumoso en la copa de cristal y se lo pasó.

Bea lo tomó y cuando sus dedos se rozaron, se le aceleró el pulso. El efecto que él le causaba no eran imaginaciones suyas y rogó en silencio que Leon no se le acercara.

Anna sirvió la cena, un cordero asado con hierbas muy apetitoso. Pero hacia la mitad de la cena, Bea sintió que el apetito le desaparecía.

Leon seguía llenándole la copa de vino y manteniendo una conversación banal. Pero ella no podía relajarse. Los silencios entre ellos se hacían cada vez más largos y Bea se encontró clavando la vista en sus labios móviles y humedeciéndose los suyos secos. Leon, se mostraba

muy amable, pero ella no podía apartar la sensación de que la intensidad con que la miraba no tenía nada de amable.

Cuando él sugirió que tomaran el café en la terraza principal, Bea saltó del asiento antes de que intentara ayudarla.

—Si no te importa, pasaré del café. Creo que voy a acostarme.

—¿Tan pronto?

Bea se sonrojó ante el brillo de sarcasmo de sus ojos.

—Bueno, entre lo de la prensa y todo lo demás, no he dormido mucho las últimas noches y el café me desvela —explicó mientras avanzaba hacia la puerta.

—Entonces, desde luego debes acostarte. Te acompaño hasta tu habitación.

—No, de verdad.

—Insisto.

Bea subió la escalinata con Leon tras ella. Estaba segura de que podía sentir su aliento en la nuca mientras se preguntaba cómo habría sido tan estúpida como para dejarse arrastrar a aquella situación. Se dio la vuelta al llegar a la puerta de su habitación para despedirse y se encontró con la cara a pocos centímetros de su amplio torso. Echó la cabeza hacia atrás y levantó las manos para apartarle.

—¿Me tienes miedo, dulce Phoebe? —preguntó Leon con voz sedosa capturando sus manos contra su pecho.

—No, por supuesto que no.

Pero mentía. Los ojos negros de él eran como carbones ardientes y algo más que no conseguía describir.

—Entonces, ¿por qué me miras como un conejo asustado? —preguntó él con burla.

—No te miró así.

—Bien.

Con la mano libre, Leon abrió la puerta de la habitación y la metió dentro.

—Buenas noches, Leon.

Bea se sentía de repente más asustada que en toda su vida y sólo deseaba que él se fuera.

—Un beso y después...

—Por favor, no seas tonto, Leon —le cortó.

Pero se quedó paralizada donde estaba, dividida entre el miedo y la fascinación cuando él le soltó las manos. De un solo movimiento, Leon le había quitado la chaqueta y se la había deslizado por los hombros hasta que cayó al suelo. La mirada ardiente de él se posó en su senos cubiertos por el breve encaje blanco.

—¿A qué crees que estás jugando? —se sonrojó y se tapó avergonzada los senos con los brazos—. No seas tonto, Leon. Lo prometiste —intentó razonar con él con una frialdad que estaba lejos de sentir—. Amigos, ¿recuerdas? Nada de seducción.

Con aparente naturalidad, se agachó a recoger la chaqueta.

Pero la mano de él fue más rápida y la asió por el brazo.

—No, en otra ocasión sí fui un tonto. Lo bastante estúpido como para dejarte en el suelo de la habitación. Pero nunca más.

Atrayéndola contra él y deslizando la otra mano por su pelo, le echó la cabeza hacia atrás con suavidad para exponer su cuello.

—¡No, no, no puedes! —gritó ella perdiendo la frialdad.

Pero su cara se emborronó cuando bajó la cabeza y sus labios empezaron a dejar besos de fuego entre la curva de sus senos, su cuello, hasta que su boca capturó la de ella.

Capítulo 8

TODO sucedió demasiado aprisa. Sin saber cómo, Bea se encontró dentro de la habitación, desnuda hasta la cintura salvo por el leve pedazo de encaje y apretada contra el poderoso cuerpo de Leon.

Bea, agitando las manos con salvajismo, intentaba abofetearle donde podía. Pero su boca raptó la de ella y la pasión de su beso evocó una respuesta que fue agotando su resistencia.

—Esta noche eres mía —murmuró él contra sus labios rompiendo el beso para dejar un rastro de ellos por su cuello. Se detuvo donde el pulso le palpitaba desbocado y chupó la inflamada piel.

Con el corazón desbocado y los senos pujantes contra el sujetador, Bea gimió.

—¡No!

Leon ahogó su negativa con sus labios y la levantó en brazos. Cruzó la habitación y la tendió en la cama. Su boca nunca abandonó la de ella mientras encendía la lamparilla de noche que iluminó la habitación con un íntimo brillo dorado.

Cuando por fin la soltó, ella se encontró mirando la negra noche en los ojos de Leon, y un auténtico pánico reforzó sus deseos de escapar. Intentó incorporarse, pero una larga mano la retuvo y, con una destreza basada en la experiencia, Leon se quitó la chaqueta del smoking y la camisa.

—Para, Leon. No puedes... —gritó ella con la boca seca ante la vista de su bronceado pecho musculoso cubierto de un suave vello ensortijado que desaparecía en la cintura de los pantalones.

¡Unos pantalones que ya se estaba desabrochando!

—Sí puedo. Te deseo y puedes mentir hasta que quieras, pero tu cuerpo me cuenta una historia diferente.

Su brillante mirada se deslizó por las curvas de sus senos y sus pantalones cayeron al suelo mientras él se tendía en la cama volviendo su poderoso cuerpo desnudo hacia ella.

Sus oscuros ojos se clavaron en los de Bea mientras ésta permanecía paralizada por la fascinación. Sus fuertes brazos a ambos lados de su

esbelto cuerpo la aprisionaban y el peso de una larga pierna musculosa la tenía clavada en la cama.

—Tú... Leon... No lo harás. Te odiarás a ti mismo — balbuceó esperando hacerle desistir de la intensa determinación que se leía en sus ojos.

Aquel era un Leon al que no reconocía: frío y resuelto. Había desaparecido el compañero alegre y sencillo y en su lugar había un hombre que nunca aceptaría un no por respuesta.

—Leon, por favor... —intentó de nuevo cuando sus largos dedos desabrocharon su sujetador y lo tiró a un lado.

—¡Oh, voy a darte placer, dulce Phoebe! —sus manos acariciaron sus senos y su dedo pulgar apretó los rosados pezones—. ¿Ves como respondes?

Sus oscuros ojos se clavaron en sus senos, desnudos y una lenta sonrisa sensual curvó sus labios cuando los pezones se endurecieron bajo sus dedos.

Una oleada de excitación la recorrió cuando su mano se movió experta sobre su seno, apretando, tirando de la sensible punta entre sus dedos. Bea se sentía impotente ante aquel asalto sexual y se le escapó un gemido de la garganta.

—Intenté hacer lo correcto una vez. Te dejé jugar conmigo durante años, pero ya no más —dijo deslizando la mano hacia su cintura.

Bea escuchaba sus palabras entre una bruma sensual. ¿Había ella jugado con él? Su confusa mente intentaba encontrar la respuesta. El bastardo quería más. Una mujer nunca era suficiente para él; quería cientos. La idea renovó su resolución de luchar contra él y le golpeó con el puño. Pero Leon le capturó la muñeca y se la alzó sobre la cabeza deslizando la mirada sobre su cara sonrojada.

—Deja de luchar contra mí, Phoebe. Yo no soy como los jovencitos con los que sueles salir. ¿Qué le dijo tu amigo a la prensa? ¿Una chica voluble a la que no se puede ligar?

—Andy...

—No quiero saber lo que te ha hecho ningún otro hombre. Te he deseado desde hace años y esta noche vas a sentir lo que he sufrido antes de encontrar un placer con el que ni hubieras soñado con esos chicos jóvenes — murmuró con arrogancia.

Apresada bajo su cuerpo, con el calor de él envolviéndola, era difícil pensar con claridad, pero comprendió que Leon pensaba que ella era una mujer experimentada.

—No, Leon, tú no lo entien...

Leon murmuró algo en griego y le tapó la boca con la de él besándola con devoradora ansiedad. Su mano subió para abarcar uno de sus senos y entonces bajó la cabeza y sus labios rozaron su cuello hasta cubrir su duro pezón con ellos. Entonces, con los dientes y la lengua, le produjo un exquisito tormento mientras sus dedos buscaban su otro pezón y lo apretaban con sutil experiencia.

La sangre le palpitaba en las venas y el placer le recorría el cuerpo mientras gemía de deleite. El resto de su ropa desapareció sin que Bea lo notara, mientras que Leon se arrodillaba en la cama, deslizaba un brazo tras su espalda y la alzaba hacia él.

—Te gusta esto, Phoebe —rugió mientras le besaba la punta de cada seno antes de apartarla un poco de él—. Déjame mirarte, Phoebe. Eres tan preciosa. Tu piel es pálida y fina como la pluma de una paloma. Casi puedo ver tu corazón palpitando en tu pecho.

Bea, enfocando lentamente, tragó saliva y casi se atragantó al tener una sensación mucho más terrena. Nunca había visto a un hombre totalmente desnudo antes y Leon era magnífico. La luz jugaba sobre su ancho torso y su plano vientre, donde la fuente de su masculinidad se alzaba orgullosa y erecta. Era vagamente amenazador. Era como la estatua de un dios griego, perfecta en formas, pero mucho más viva, con la oscura fuerza dominante de un hombre con una confianza absoluta en su poder sobre el otro sexo.

¿Qué estaba haciendo ella allí? ¿Desnuda en una cama con Leon? ¡Su peor pesadilla! ¿O era su última fantasía?, le susurraba un pequeño diablo en el cerebro. Con pánico, le agarró por los hombros e intentó apartarle, pero él simplemente deslizó las manos alrededor de su cintura y bajó la cabeza hacia ella, y la fuerza de su beso la echó otra vez sobre la cama, su largo cuerpo siguiendo a sus labios.

El poder de su beso inflamó sus sentidos y la sensación de su cuerpo desnudo moviéndose con suavidad contra el de ella, era como ser apretada entre seda y acero. Pero todavía hizo el último esfuerzo por detenerle.

—No hagas esto, Leon.

Él bajó la vista hacia su cara sofocada y se movió contra ella de nuevo antes de deslizar la mano por su estómago y meterla entre sus piernas hasta llegar al montículo de su feminidad.

Bea gimió cuando sus largos dedos acariciaron el ardiente y húmedo calor y se estremeció de forma incontrolable.

—Pero tú me deseas —susurró con voz ronca Leon.

Bea se estaba ahogando en un sensual abismo de placer físico. Un dedo apretó el botón de placer femenino y ella abrió ligeramente las piernas con un gemido.

—Mucho —rugió Leon.

Sus ojos, brillantes de triunfo, ardieron al mirarla y deliberadamente bajó la cabeza para lamer la punta de uno de sus pezones mientras sus dedos seguían moviéndose con aquel tormento. Esa vez, Bea ya no pudo contener los gemidos. Sus manos le rodearon el cuello y supo que estaba perdida.

—Con desesperación... —añadió él con voz áspera capturando sus labios inflamados con un beso apasionado.

Bea no pudo negarlo. Sus labios se abrieron y recibieron con placer la intrusión de su lengua. Y todo el tiempo, sus largos y sensibles dedos la exploraran íntimamente hasta convertirla en una masa de ardientes sensaciones. La transpiración le empañaba la piel y tenía la vista desenfocada. Ya no era consciente de nada salvo de Leon, de su fuerza y su poder y de la promesa de un placer inimaginable.

Entonces notó que se había parado, que su peso ya no estaba encima de ella.

—Abre los ojos y dilo —jadeó Leon—. Mírame.

Ella abrió los ojos lentamente y se encontró con su negra mirada brillante.

—Dime que me deseas, Phoebe —pidió con aspereza.

Ella no hubiera podido negarlo aunque le hubiera ido la vida en ello.

—Tú—jadeó.

Y por un breve instante no supo qué tenía que decir, pero, alzando sus pequeñas manos hasta el suave vello de su pecho y, con más valor hacia abajo, al corazón de su masculinidad, se olvidó de todo.

El cuerpo de Leon se estremeció.

—¡Por fin! —gimió antes de darle un beso de infinita posesión en los labios inflamados.

Bea abrió las piernas para recibirle y sus largas manos rodearon sus nalgas alzándolas de la cama. Leon la tomó de una potente y rápida sacudida.

Bea gritó, pero el grito de dolor fue ahogado momentos después cuando Leon se quedó parado dentro de ella.

—Sss, Phoebe. No lo sabía —murmuró contra su boca.

—No... por favor —rogó ella con el cuerpo tenso por el inesperado dolor.

—Sí —sus labios le rozaron el lóbulo de las orejas y se retiró lentamente antes de volver a penetrarla—. Confía en mí, Phoebe. Relájate.

Su profunda y ronca voz inspiraba confianza y sus manos se extendieron para acariciarle las piernas. Siguió con los senos, el estómago y el sitio donde los dos seguían unidos.

Bea olvidó el dolor y todo menos las sensuales emociones que Leon estaba despertando en ella. Al sentir su receptividad, Leon empujó más. El cuerpo de Bea se arqueó de forma convulsiva, pero esa vez de éxtasis. Se colgó de él y se adaptó enseguida al ritmo que él imponía.

Oleada tras oleada de indescriptibles sensaciones la pusieron al límite y oyó el grito triunfante de Leon cuando su fuerza vital explotó dentro de ella al deslizarse ella por el abismo, consumida por el fuego del completo abandono.

Desde el borde de la conciencia escuchó la voz de Leon y abrió los ojos. Bea sólo sentía las palpitations del corazón, o ¿qué era? El largo cuerpo de Leon se estiró a su lado. Así que aquello era, pensó maravillada. Una sensación de completa unión entre dos personas, en cuerpo y alma.

—¿Phoebe? —Leon se incorporó sobre un codo con el ceño fruncido—. ¿Te encuentras bien?

—Mmm —murmuró ella estudiándole con languidez.

Tenía el pelo negro pegado a la cabeza y unas perlas de sudor le empañaban el vello ensortijado del pecho. Bea estiró la mano para trazar el contorno de sus sensuales labios. Pero él le capturó la mano y se la apartó.

—¿Por qué no me dijiste que todavía eras virgen?

—¿Importa eso?

—A mí no. Ahora ya no.

Bajó los labios hacia su seno, donde el pezón respondió al instante a su roce, sonrió con satisfacción y susurró burlón:

—De hecho, casi lo siento por Andy y los demás. Parece que eras un juego de toca pero no tomes. Del tipo de mujer que yo siempre he evitado en el pasado. Pero ya no. Has sido toda una revelación, Phoebe.

Su referencia a su sexualidad y a sus amigos, la devolvieron a la tierra. Ni una palabra de ternura, amor o seguridad... El mejor momento de su vida y para Leon sólo había sido una aventura más. ¿Qué había hecho? Con las emociones desnudas, se le empañaron los ojos de lágrimas, pero parpadeó. No le daría la satisfacción de saber que la había hecho daño

Volvió la cabeza y lo vio allí echado, la imagen perfecta del macho saciado, con tanta sensibilidad como una pared de ladrillos...

No tenía ni fuerzas para enfadarse, se sentía abotargada y con la poca estima que le quedaba, se obligó a hablar.

—Sí, bueno, si tú lo dices. ¿Quién soy yo para discutir con un hombre de tanta experiencia? Pero, ¿podrías irte ahora, por favor

Acababa de tomar una decisión definitiva. Se iría al día siguiente, saldría de aquella isla y de su vida. Prefería enfrentarse al mundo de la prensa que acabar siendo otra de las muñequitas de Leon.

Lentamente, Leon se incorporó. Desnudo y sin avergonzarse, volvió su oscura mirada hacia su cara pálida:

—¿De qué diablos estás hablando? —dijo con una suavidad más amenazadora que un grito—. Tú me perteneces y vamos a compartir la cama.

—No —negó Bea con firmeza—. Ha sido una experiencia interesante y puedes apuntarte otro tanto en tu lista. Ya has conseguido lo que querías. Ahora vete.

Los ojos de él brillaron de rabia.

—De ninguna manera.

Se estiró y la habitación quedó oscura. Bea sintió su largo cuerpo más cerca.

—¿Qué estás haciendo?

—Ampliando tu educación, Phoebe. Evidentemente sabes muy poco si crees que con una vez es suficiente. Eso es para principiantes, querida. El plato principal es lo divertido.

Sus labios rozaron los de ella y para vergüenza de Bea, no pudo resistirse. ¿Y por qué no? Se iría al día siguiente. ¿Quién podría quitarle una noche de pasión? Podría ser la única pasión que conocería nunca.

Aquella idea le asustó más que nada. Era un tormento reconocer que Leon era el único hombre para ella... Cerró los ojos y se abandonó al placer de sus besos y a los pocos minutos estaba ahogándose de sensual deleite...

Bea abrió los ojos. El sol cegador la hizo parpadear y aspiró el delicioso aroma a café recién hecho. Intentó incorporarse y entonces notó que un brazo masculino cubierto de una fina capa de vello le aprisionaba la cintura. Por favor, que esté soñando, rogó. Pero al darse la vuelta lentamente, su mirada se posó en la cara dormida de Leon.

—¡Oh, Dios! —gimió.

—Buenos días.

Aquello fue lo peor.

Anna apareció al lado de la cama con una bandeja de desayuno.

—Anna —murmuró Bea con debilidad apartando con cuidado el brazo de Leon de su cintura—. Yo... usted... —se puso de color escarlata de vergüenza—. No es lo que...

—Sss. Lo entiendo —susurró Anna con una amplia sonrisa en su cara gordezuela dejando la bandeja en la mesilla—. No despierte al señor. Hace mucho que no duerme bien.

Bea se sonrojó aún más. ¡El muy cerdo! Ahora ella tenía que enfrentarse a Anna mientras él roncaba a pierna suelta. No tenía conciencia. Pero eso siempre lo había sabido.

—Gracias, Anna —echando un vistazo a su alrededor divisó su ropa esparcida por el suelo—. ¿Le importaría plancharme de nuevo el traje?

—No hace falta, Anna —Leon se incorporó completamente despierto. Enroscando un brazo alrededor de la cintura de Bea, frotó la mandíbula contra su piel—. Phoebe cariño, podemos quedarnos aquí hasta que llegue tu equipaje o puedes usar algo de ropa de mi madrastra. Escoge lo que quieras. Pero yo sé lo que preferiría.

Anna, sonriendo con gesto benigno ante lo que creía una feliz pareja, salió de la habitación. Bea le dio un fuerte empujón a Leon en el pecho y lo envió de nuevo contra las almohadas mientras salía de la cama. Arrastrando la sábana y enrollándosela alrededor del cuerpo, miró la bandeja de la mesilla. Entonces se le encendió una luz en el cerebro. Dos tazas. ¡Dos tazas!

—Tú lo planeaste todo. Hasta se lo dijiste a Anna— explotó furiosa—. Una cosa es seducir a alguien en la pasión del momento, pero otra...

Las palabras le fallaron.

—¿Seducirte a ti? ¿Si nunca te saciabas? —respondió Leon con una carcajada.

Bea salió corriendo al cuarto de baño y tirando la sábana, abrió los grifos para abandonarse a un amargo llanto de humillación.

Leon tenía razón. Había actuado como una posesa. Pero nunca más, se juró en silencio. Después de ponerse la ropa interior que había lavado la tarde anterior, abrió la puerta y se metió en el vestidor. Por miedo a que Leon irrumpiera en cualquier momento, rebuscó apresurada en el guardarropa. Encontró unos pantalones chinos negros y se los puso. Le quedaban un poco apretados, pero servirían. Un transparente top de malla blanco completó el atuendo. Con el pelo largo todavía mojado volvió a la habitación.

Ésta estaba vacía, por lo que bajó a la cocina. Por suerte, también estaba desierta, así que se acercó al teléfono y llamó las Líneas Aéreas Griegas. No le costó entenderse, pero maldición, el próximo vuelo libre para Londres no salía hasta el día siguiente. Abandonando la cocina, se dirigió al estudio.

Inspirando con fuerza, abrió la puerta y entró. Leon estaba sentado tras un despacho con mesa forrada de cuero con la cabeza inclinada sobre algunos documentos. Alzó al vista al oírla llegar y esbozó una sonrisa con su sensual boca.

—¿Ya te has recuperado de tu mal humor, Phoebe? —se levantó y avanzó hacia ella—. No es raro que una chica se disguste la primera vez y hasta que se enfade, pero...

—Pero nada —le cortó ella asombrada de su complacencia—. Quiero ponerme en contacto con el jet de la compañía. Me voy y hoy.

—¿De verdad?

Leon cerró la puerta y se apoyó contra ella.

—Sí —afirmó ella con sequedad—. Como tú mismo me has recordado más de una vez, como socia, puedo disponer de las propiedades de la empresa. Y eso incluye el avión.

—Cierto, pero por desgracia está en revisión.

—No te creo. Ayer estaba perfectamente bien cuando lo usaste tú para... para seducirme.

Leon deslizó la mirada por su cuerpo rígido con expresión de desdén.

—¿Crees de verdad que cruzaría un continente, con los gastos que supone para la compañía, sólo con el afán de seducirte cuando podría haberte tenido en tu apartamento, en tu casa, en el momento en que hubiera querido? —se burló, acortando la distancia entre ellos hasta que la intimidó con su altura.

Bea se puso escarlata, pero se negó a dejarse intimidar.

—En eso estás equivocado, Leon. Y, de todas formas, no me importa lo que pienses. Quiero el avión hoy —terminó furiosa, encontrándose con que le asía por los hombros con dedos de acero.

—Y como te dije anoche, te deseo, Phoebe —su voz era baja y peligrosa—, pero está claro que no me has entendido bien.

—No puedes obligarme a quedarme aquí; no tienes ningún derecho —protestó ella con ardor—. De todas formas, he reservado un billete para mañana en la British...

—Lo cancelaré —interrumpió él hincándole más los dedos en la carne—. No vas a irte de aquí. Te he traído para protegerte y eso es lo que voy a hacer.

—¿Protegerme? ¿Es así como lo llamas? Invasión de la habitación de una chica...

—Ten cuidado con lo que dices, Phoebe —la cortó con rudeza—. O me veré obligado a recordarte lo ansiosa que estabas como compañera de cama —su mano le rozó la mejilla y jugueteó con un mechón de su pelo—. Y lo estarás de nuevo.

—¡No!

—Sí. Los dos nos deseamos y en dos semanas lo legalizaremos. Nos casaremos.

Por un segundo, la sorpresa la paralizó y cuando asimiló sus palabras, se le escapó una carcajada.

—¿Qué es esto, Leon? ¿Una repetición de lo que pasó hace tres años, pero sin el bastón de apoyo? —la imagen de Selina era un constante recuerdo de su perfidia—. ¡Debes estar loco!

—Casi me volví loco, Phoebe. Encerrado en la oscuridad durante días —dijo él con salvaje amargura—. Encadenado por los pies como un perro. Tuve mucho tiempo para pensar en lo que haría cuando estuviera libre mientras me preguntaba si no moriría. Aprendí una valiosa lección.

Atrapada en el torbellino de sus emociones, Bea había olvidado su reciente secuestro. Se sintió conmovida mientras estudiaba su atractiva cara. Sus oscuros ojos estaban nublados de fuego, pero no parecían verla. Estaba perdido en el infierno de su prisión.

—¿Y cuál era?

—Un hombre debe protegerse contra el mundo. Yo fui un tonto. Prometí a mi padre que cuidaría del negocio y a su socio y pensé que lo había conseguido. Antes de que tu padre muriera, le hice un hombre rico, mucho más de lo que hubiera soñado. Pero, ¿qué pasó? Una vez más, por tercera vez, un Stephen tenía que ser rescatado por un Gregoris.

Bea le escuchaba asombrada.

—Tú, Phoebe —su mano era como una banda de acero contra su brazo y sus ojos negros se clavaron en ella con intensidad—. Tú, a la que yo había jurado proteger —la otra mano se enroscó en su pelo—. Tú, dulce Phoebe acabaste pagando el rescate —la atrajo contra sí—. ¡Tú! Con la que debería haberme casado hace años. Pero en vez de eso te dejé vagar por ahí a voluntad.

El duro contacto con su cuerpo la atacó los sentidos. Bea sintió que se ponía pálida y empezó a sentir una capa de transpiración bajo los senos, pero era más de miedo que de excitación. Leon no estaba bromeando. Había herido su ego masculino el ser secuestrado y haber sido una mujer la que había tenido que rescatarlo. Lo conocía bastante bien como para saber lo que debía sentir.

No le importaba que el dinero se hubiera recuperado. Era un hombre muy orgulloso, pero el fanatismo de su mirada la aterraba. Alzó la mano hasta su pecho con la esperanza de aplacarlo de alguna manera.

—No fue culpa tuya.

—¡Oh, sí que lo fue! Fui arrogante y terco. Creía que tenía el mundo a mis pies. Ahora he aprendido algo y no quiero que aprendas tú la misma lección. Que es por lo que vamos a casarnos y por lo que tú estás aquí. Aquí puedo cuidar de tu seguridad.

—Pero yo no puedo quedarme aquí...

—Bobadas. Después de lo de anoche, ¿qué otra cosa puedes hacer? —plantando un beso en sus labios temblorosos y con una sonrisa la dejó libre—. Aquí estarás totalmente segura. Los guardas tienen instrucciones estrictas... tú sólo déjame a mí.

Con el asunto resuelto a satisfacción suya, pasó por delante de ella y volvió a ocupar su asiento.

—Tú... estás... loco —dijo Bea pronunciando cada palabra despacio y con énfasis—. Voy a irme de aquí y no puedes detenerme. Le pediré a Anna que me ayude.

Leon se reclinó contra el respaldo de cuero y enarcó una ceja con sarcasmo.

—¡De verdad, Phoebe! ¿La misma Anna que nos ha llevado el café a la cama esta mañana? No lo creo. Es una mujer griega muy chapada a la antigua. Ya te considera mi mujer.

—O a Lil y a Bob. No puedes cortar el teléfono.

Bea estaba buscando una salida.

—Ya he hablado con los dos. Están de acuerdo conmigo, tu seguridad es vital. Northumbria no es conocida por los secuestros, pero de todas formas, ya he hecho asegurar la casa de Mitford. No te preocupes, querida, en pocos meses podremos hacerles una visita.

—¿Podemos... podemos...? Yo no voy a ir a ningún sitio contigo. ¿Puedes meterte eso en tu estúpida cabeza? —explotó Bea.

—Vas a quedarte aquí. Llama a Lil si quieres, pero recuerda que nuestro compromiso está en todos los titulares británicos hoy mismo y ya les he dicho que vamos a casarnos. Pensé que era lo más correcto si van a ser los padrinos.

Ante la mención de la prensa, Bea abrió la boca horrorizada. Se quedó muda mientras empezaba a asimilar lo que estaba sucediendo. ¡Dios bendito, el bastardo lo había calculado todo!

El traje y el colgante que le había dicho que se pusiera.

—Tu plan no era que yo escapara de la prensa, era servirte a tus propósitos.

¿Cuánto tiempo...? ¿Cuanto tiempo haría que había planeado casarse con ella? ¿Desde su cumpleaños? ¿Desde el secuestro? ¿Desde su nacimiento?

—Siempre pensé que algún día me casaría contigo, Phoebe, pero no había decidido abandonar mi libertad. Pero un secuestro hace maravillas, junto con otras emociones no tan agradables. De ahí que estés ahora aquí... Y en cuanto a mi plan, la verdad es que no tenía ninguno hasta que vi tu fotografía en la prensa en la que llevabas el colgante. Me dio la oportunidad de anunciar al mundo que estábamos comprometidos y la aproveché.

—Pero, ¿por qué?, Leon, si todo este asunto es por la empresa, puedes quedártela. Te vendo mi parte. No me importa. Sólo deja que me vaya.

Una sombra oscura tintó su piel morena y un destello de rabia asomó a sus ojos.

—No se trata de eso —retiró la silla y rodeó la mesa—. ¿No te entra en la cabeza, Phoebe? Voy a protegerte. Desde el momento en que el mundo se ha enterado de que eres rica, eres también una posible víctima de secuestro y la mejor forma de que estés a salvo es que estemos casados.

Bea se apoyó contra la mesa, chupándose los labios con nerviosismo.

—¿De qué diablos estás hablando? ¿No crees que podrías ir a ver a un médico? Los días de cautividad realmente te han afectado el cerebro.

De alguna extraña manera, comprendía su paranoia por su seguridad, pero Leon no parecía entender la ironía de la situación. Haciéndola prisionera en su casa no estaría mejor que secuestrada por unos raptores.

Leon le dirigió una mirada triunfal.

—No, Phoebe, pero en pocas semanas tú sí necesitarás uno. ¿Has pensado que podrías ya llevar a mi hijo en las entrañas? No recuerdo que usáramos ninguna protección y supongo que siendo virgen no tomarás la píldora.

Blanca como una sábana, Bea alzó la vista hacia él.

—¡Maldito bastardo!

Leon le apretó el hombro y la atrajo contra su duro cuerpo masculino.

—Quizá, pero nuestro hijo no lo será.

Maldijo con aspereza antes de bajar la boca con fiereza hacia ella, forzando a sus suaves labios a abrirse ante el empuje posesivo de su lengua.

Una repentina oleada de deseo la sacudió cuando él deslizó la mano por su espalda, apretándola contra sus duros muslos. Sólo cuando ella se quedó inmóvil, derrotada por sus propios instintos, abandonó él sus labios.

—Hemos sido amigos durante años, Phoebe. No lo estropees discutiendo ahora conmigo. Te puedo dar todo lo que desees, una preciosa casa, ropa, joyas, sirvientes y hasta familia. Y sabes que somos compatibles. ¿Qué más quieres? —bajando la cabeza, rozó sus labios—. Eres joven, pero confía en mí en esto, Phoebe. Yo sé... En la cama nos va de maravilla. Hay química entre nosotros. Todo saldrá bien.

Bea se apartó de él temblando como una hoja.

—¿Bien?

Era tan malditamente confiado en sí mismo... ella se había odiado a sí misma por haberse rendido a su sensual persuasión. Después del odio vino la rabia y cuando el miedo al embarazo la asaltó, se lanzó contra él de la peor forma que se le ocurrió.

—¿Bien? —repitió con dureza—. ¿Y tu amante Selina pensaba que todo iba bien cuando la dejaste embarazada? ¿No es suficiente un bastardo en la familia para ti, Leon? Y no me cuentes lo de los viejos amigos o tu alto sentido moral del matrimonio. No te creeré.

Leon retrocedió como si le hubieran dado un puñetazo con la cara pálida.

—¿Quién...?

—¿Que quién me lo dijo? —le atacó ella—. Pues te lo oí a ti, Leon. Estabas en el patio cuando tu amante te dijo que estaba embarazada. Hasta me acuerdo de tu respuesta: «Eres una perra, Selina. Lo hiciste a propósito». O algo parecido, para el caso da igual.

—¿Que lo oíste? —soltando el aliento despacio, Leon la miró desde el otro lado de la habitación y se le escapó una áspera carcajada.

—¡Lo sabías!

—Yo era joven, pero no totalmente estúpida. Supe contar, Leon. Comprometido casi durante cinco meses y con una amante embarazada de dos meses, no cuadra en el libro de ninguna mujer—terminó con sarcasmo.

Algo salvaje y primitivo destelleó en sus ojos negros cuando se cruzaron con los de ella. Bea sintió un estremecimiento de miedo en la espina dorsal. Aquello era más que rabia.

—¡Diabólica pequeña perra! Me hiciste creer que era demasiado viejo para ti y después de unos años me entero de que era que no confiabas en mí. Ninguna de las dos cosas eran verdad. Tus excusas eran todo mentira —siseó Leon—. Eres la típica mujer. Escuchas una conversación y me condenas.

—Vamos, Leon —irrumpió Bea con cinismo. La arrogancia de aquel hombre era increíble—. ¡Intentar que ella pareciera la culpable! Por una buena causa. Una fiesta en Newport, ¿no fue eso?

Leon dio un paso hacia ella y Bea retrocedió con el estómago en un puño. Pero para su asombro, él se detuvo. Su cara era tan impenetrable como una máscara mientras la miraba... una máscara de granito. Su temperamento estaba totalmente controlado, pensó Bea mientras alzaba los ojos hacia él con debilidad.

—Si tú lo dices, Phoebe, ¿quién soy yo para discutir? —sus ojos oscuros eran fríos y distantes—. Pero eso no cambia nada. Te quedarás aquí. Es por tu propio bien.

—¿Mi propio bien?

¡La audacia de aquel hombre era increíble!

—Sí, y nos acostaremos juntos.

Y la dejó allí de pie sin habla mientras salía de la habitación.

Capítulo 9

ASOMBRADA por su última frase, Bea se quedó mirando a la puerta durante un largo momento esperando a que Leon regresara sonriente y le dijera que todo era una broma. En otro tiempo, él solía bromear con ella, pensó con patetismo. Pero ese era el Leon de su infancia; el Leon que había lanzado un ultimátum esa misma mañana era un hombre totalmente diferente. Cínico y desapasionado y eso era todo...

Bien, pues no iba a salirse con la suya, pensó Bea poniéndose en acción. Una hora más tarde, después de caminar alrededor del perímetro de la pared, estaba a punto de desistir. Cuando había intentado irse, el guardia de la puerta simplemente había sonreído y, aparentando no saber hablar inglés, aunque Bea hubiera apostado hasta su último penique a que sí, le había impedido el paso.

El sol del mediodía era fiero y Bea se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Estaba donde había empezado y no había encontrado una vía de escape. Entonces divisó a Spiros, el marido de Anna. Estaba caminando con la cabeza agachada empujando una carretilla lleno de geranios.

Con un poco de suerte, Anna no le habría contado que había encontrado a Bea en la cama del señor. Podría tener una oportunidad de escape con él. Los guardas no le detendrían. Lo único que tenía que hacer era convencerle de que la llevara a la ciudad, o a donde fuera, siempre que la sacara de allí.

La sonrisa feliz de bienvenida del hombre le animó el espíritu. Su inglés era tan bueno que no tuvo problemas en conversar con él. Dedicó algún tiempo a alabar su precioso jardín, pero se llevó un chasco cuando él le felicitó por su compromiso. Con la mente acelerada, Bea pensó en aprovechar aquella información en beneficio propio. Aceptó sus felicitaciones con una sonrisa y entonces, confiando en él, le preguntó si le importaría llevarla a la ciudad. Quería comprar un regalo sorpresa para Leon.

Spiros estuvo encantado de ayudarla.

Apretando con firmeza el bolso bajo el brazo, Bea se acercó a los portones de entrada. Iba a salir bien, pensó exultante. Spiros habló con el guarda y le explicó la situación. Como la mayoría de los griegos chipriotas,

era un romántico y con una radiante sonrisa hacia Bea, abrió la puertas electrónicas.

Estaba libre. Ahora sólo tenía que preocuparse de despistar a Spiros, pero no le veía problema. El hombre tenía sesenta años y en último caso podría salir corriendo, pensó con una sonrisa radiante a cada paso que se alejaban de la villa.

Un coche chirrió en la curva frente a ellos entre una nube de polvo. Cuando se despejó, Bea sólo tuvo tiempo de reconocer la furiosa cara de Leon antes de que la agarrara de la cintura y la atrajera contra él. Su espalda chocó contra el pecho de él dejándole sin aire y tosiendo.

Pero Leon no hizo caso al viejo que la acompañaba, lanzando una diatriba en griego que dejó a Spiros mirando a Bea antes de balancear la cabeza para acercarse despacio hasta el coche.

Bea se sintió culpable por utilizar a Spiros, pero también estaba rabiosa a muerte. Agarrando el brazo de Leon intentó soltarle la mano de su muñeca.

—¡Déjame irme! —gritó—. No pienso volver contigo, Leon. Y no me importa lo que digas.

Leon le dio la vuelta para que lo mirara.

—¡Pero sí te importa, Phoebe! —su voz mortífera le produjo un escalofrío en la columna dorsal—. ¡Engañando a un pobre viejo! Un poco rastro, incluso para ti.

—¿Cómo averiguaste que me había ido? —preguntó ella mirándolo con frustración.

Él sonrió y a ella se le heló la sangre.

—El guarda informa de toda persona que entre o salga de aquí.

Bea se encogió de hombros.

—Quiero irme a casa y no puedes impedírmelo.

Pero sus palabras habían perdido fuerza. Debería haber imaginado que Leon tenía las espaldas cubiertas. Era un hombre muy cuidadoso. De repente se sintió enferma, pero entonces, mirándolo con una mezcla de rabia y humillación, captó un brillo de algo bastante parecido a la ternura en sus ojos.

Sus miradas se encontraron y se fundieron. Bea fue de repente consciente del calor de su brazo contra su vientre desnudo. Sintió que empezaba a temblar y tragó saliva.

—Apártate de mí. Tienes que dejar que me vaya, Leon —susurró con desesperación.

Aprisionada en sus brazos, apenas podía resistirse a él y en lo más hondo sabía que si no escapaba de su inquietante influencia pronto, muy pronto, nunca le dejaría...

La mirada de Leon ardió en su cara durante un largo instante.

—No lo dices en serio —dijo con tono helado antes de tirar de ella para meterla en el coche.

Entonces se dio la vuelta y se metió a su lado.

—Nunca vuelvas a intentar eso en tu vida —dijo sin rodeos mientras arrancaba el motor.

Demasiado frustrada como para replicar, Bea volvió la cabeza y miró por la ventana. En cuestión de minutos estuvieron de vuelta en la villa y Anna, con una mirada de reproche en dirección a Bea y comentarios de reproche a Spiros, declaró que el almuerzo estaba servido.

La comida transcurrió en silencio. Bea era incapaz de comer. Los acontecimientos de la noche anterior y de la mañana le habían dejado emocionalmente agotada y todo era culpa de Leon. Le dirigió una mirada de frustración. A él no parecían haberle afectado en absoluto; estaba comiendo como si no hubiera probado la comida en semanas.

—Cerdo —murmuró para sí misma.

Pero él la oyó.

—Perdona, Phoebe. ¿Qué has dicho? —preguntó con voz sedosa fijando en ella una mirada muy seria.

—He dicho que parecías hambriento —mintió para no empezar una discusión.

Estaba demasiado débil.

—Soy un hombre corpulento. Tengo buen apetito y tú lo sabes —replicó él esbozando una sonrisa irónica al ver el repentino sonrojo de su cara.

—Eres un cerdo —atacó ella olvidando todo intento de aplacarlo ante la evidente sugerencia sexual.

—Tengo que recuperarme de diez días sin comer — contestó antes de seguir comiendo.

Bea sintió una punzada de culpabilidad por haber olvidado su encierro, aunque ardía de resentimiento ante su habilidad de decir siempre la última palabra.

Después de recorrer los jardines una vez más con la fútil esperanza de encontrar una vía de escape, Bea volvió a su habitación agotada y acalorada. La vista de sus maletas en medio de la habitación no hizo nada por aplacarla. Que la ahorcaran si pensaba deshacerlas, se prometió. Pero su decisión quedó frustrada por Anna, que insistió en hacerlo ella misma.

Bea seguía furiosa y resentida cuando se reunió con Leon esa noche en el comedor. Bea escuchaba mientras él hablaba de forma impersonal acerca de la isla, pero no hizo ningún esfuerzo por prolongar la conversación sino al contrario. Cuando Anna iba a servir el postre se disculpó diciendo:

—Para mí no, gracias. No quiero engordar.

Y con eso salió de la habitación.

Se fue a la cama cerrando con cuidado la puerta tras ella. La tensión de las anteriores cuarenta y ocho horas por fin hizo mella. Sabía que debería estar haciendo planes para escapar a Inglaterra, pero no tenía fuerzas para enfrentarse a la prensa, a sus amigos, a sus compañeros de trabajo, a Lil y a Bob y tener que explicar la historia sin parecer una absoluta estúpida. Con un gemido, enterró la cabeza en las almohadas y se quedó enseguida dormida.

Pero despertó algún tiempo después de un precioso y sensual sueño en el que el perfecto compañero le estaba declarando su amor eterno para encontrarse con una larga mano acariciando su seno. Otra mano estaba trazando la línea de su muslo mientras una caliente boca le frotaba el lóbulo de la oreja.

—¡Leon! —tragó saliva—. ¿Cómo has entrado? — preguntó con voz temblorosa.

—He trepado por el balcón, pero ¿qué importa eso?

Entonces le cubrió los labios con un diabólico beso sensual que le hizo dar vueltas la cabeza.

Tenía razón de nuevo; no importaba... Intentó resistirse pero el sueño la había dejado demasiado deseosa como para no responder a sus caricias.

Los labios de Leon abandonaron los de ella para buscar el pezón rosado de su seno antes de deslizarse hacia abajo, acariciando su cuerpo con tentadores besos y lametones. Cuando llegó a aquel punto, Bea abandonó la resistencia y le rodeó el cuello con las manos ofreciéndole el cuerpo en total rendición.

—Me deseas. No puedes evitarlo —declaró Leon con tono triunfal—. Tienes la cara de un ángel y el cuerpo de un diablo.

Bea no podía negarlo.

Mucho más tarde yacía con los ojos abiertos al lado de él y el cuerpo saciado, pero la mente en un remolino. El acto más precioso del mundo entre dos personas y lo único que sentía era una ardiente vergüenza por su impotente rendición. Se deslizó de la cama y contempló a Leon. Estaba atravesado en el colchón desnudo y totalmente relajado con el musculoso pecho alzándose y descendiendo al ritmo del sueño.

Deslizó la vista hasta su cara. Con los ojos cerrados y una suave sonrisa en los labios parecía mucho más joven y recordó la primera vez que se habían besado.

A los diecisiete años, la había hecho flotar por las nubes y después había traicionado sus sueños de adolescente. Pero con el idealismo de la juventud y el entusiasmo por la vida, se había recuperado con rapidez metiendo a Leon en la categoría de los donjuanes: estaba bien como amigo, pero había que evitarlo como amante. Aquel hombre no conocía el significado de la palabra «compromiso».

Pero con la primera luz del alba, Bea reconoció que en lo más profundo lo había sabido todo el tiempo. Amaba a Leon. Siempre lo había amado y siempre lo amaría. Pero saberlo no le producía ninguna alegría.

Haría lo que él había dicho. Se casaría con él y le dejaría protegerla a su forma equivocada y disfrutaría de su compañía y de su gloriosa forma de hacer el amor. Pero estaría viviendo en un paraíso de tontos...

El sentido común le decía que Leon no era el mismo desde que lo habían secuestrado, pero con el tiempo superaría el trauma. La seguridad perdería interés para él, su deseo de mantenerla a salvo se desvanecería y ella quedaría con un marido que no la amaba y sin ninguna posibilidad de que le fuera fiel.

Suspirando con suavidad, Bea se levantó y miró a Leon desde los pies de la cama. Tenía el ceño fruncido y sus sueños debían tener el mismo

humor que el estado de ánimo de ella, pensó con tristeza mientras se acercaba a mirar por la ventana.

No estaba bien atacar tanto a Leon, comprendió. Porque estaba sufriendo por su terrible cautiverio y sintiendo alguna culpabilidad machista de que una mujer hubiera tenido que pagar el rescate. Si quería ser libre tendría que razonar con él, apelar a su naturaleza más bondadosa. Con el tiempo recuperaría el equilibrio y sería el mismo mujeriego empedernido de siempre. Por desgracia, de eso estaba segura...

—¡No, no, no!

El grito rasgó el aire y casi le hizo dar un salto a Bea.

—¡Leon! —corrió hasta la cama. Leon estaba gimiendo y mascullando palabras ininteligibles. Tenía la cara distorsionada de agonía y agitaba las largas piernas—. Leon, por favor.

Su cuerpo desnudo estaba bañado en sudor. Estaba teniendo una pesadilla, eso era evidente, pero Bea no tenía ni idea de qué hacer. Estiró la mano y le palpó la frente sudorosa... Como una garra de acero, la mano de Leon se cerró alrededor de su muñeca.

—Ahora te tengo, bastardo —gruñó.

Abrió entonces los ojos desenfocados y confusos y Bea se sintió arrastrada contra su poderoso torso.

—Leon, Leon, por favor. Era una...

—¿Phoebe? —su oscura mirada se posó en ella con incertidumbre—. Phoebe, ¿no eres un sueño?

Apoyando la mano libre en su pecho, Bea se incorporó ligeramente.

—Estabas teniendo una pesadilla, no un sueño.

El fuerte brazo de Leon se enroscó alrededor de ella y la abrazó contra él.

—Dios, lo siento. No te habré asustado, ¿verdad?

—No.

Bea intentó soltarse de sus brazos, pero él la mantuvo firme.

—Sss, Phoebe. Te tengo. Ahora estás a salvo. Vuelve a dormir.

—No. Leon. No quiero estar a salvo. Quiero irme a casa —sintió que su cuerpo se tensaba bajo ella—. Quiero ver a mis amigos, volver a mi trabajo. Debes entenderlo. No puedes tenerme presa por tu obsesión.

Comprendo que el secuestro te ha provocado un deseo fanático por la seguridad, pero tus pesadillas pasarán pronto y no querrás estar atado a mí.

Bea pensó que le estaba tranquilizando, pero se había equivocado...

—Lo entiendo muy bien. Te acercas a mí con suavidad cuando necesito tu consuelo y así quizá me convenzas. ¿Más tretas femeninas, Phoebe?

Bea suplicó, gritó y pidió, intentando hacer razonar a Leon, pero no sirvió de nada. Cuando Anna llegó con el café, Leon estaba levantado y vestido y Bea estaba mirándolo con furia e irritación.

Durante los dos días siguientes, Leon hizo todo lo posible por entretenerla. En el desayuno del primer día sugirió que hicieran un viaje a Limassol y al día siguiente a las montañas Troodos. Pero ella rechazó todas sus sugerencias, resuelta a ignorarle.

Pero por la noche no fue tan fácil. La llave de su habitación había desaparecido misteriosamente. Leon simplemente entró y a los pocos minutos venció sus patéticos esfuerzos de resistencia. Pero Bea estaba luchando contra ella misma tanto como contra él. Lo deseaba; lo amaba. E incluso aunque no pronunciara las palabras, él era un hombre experto como para saber que estaba con él todo el tiempo.

En la quinta mañana, después de otra noche como una impotente esclava de su experiencia sexual, Bea estaba bebiendo el café que había llevado Anna con la sabana alzada sobre los senos. Leon la había visto desnuda, conocía cada centímetro de su cuerpo, pero no conseguía sentirse cómoda con él. A la luz del día, apenas se atrevía a mirarlo.

En ese momento, él se dio la vuelta y sus ojos se cruzaron, los de ella ardientes de resentimiento y los de él claramente burlones.

—Esa sábana no oculta tus encantos, Phoebe. No sé para qué te molestas.

—No todo el mundo es tan exhibicionista como tú — contestó ella mirando con desdén su musculoso torso y sus potentes piernas.

Tragó saliva al llegar al bulto bajo la blanca toalla y apartó la vista.

—Relájate, Phoebe. Es un día precioso. Debes estar aburrida paseando por el jardín todo el día. Cuando te traje aquí no era para que estuvieras encerrada en la villa todo el día.

Ella lo miró sorprendida.

—Perdona, pero esa no fue la impresión que me dio cuando quise salir el otro día con Spiros y no pude alejarme ni diez metros.

—Fue una mala suerte, lo admito. Pero Spiros, por mucho que le admire, no es el hombre indicado para protegerte.

Bea le miró a los ojos y por una vez no encontró la habitual burla en ellos. Y cuando la sonrió, el corazón le dio un vuelco. Era la misma sonrisa del viejo Leon. No había nada distante en él.

—Déjame sacarte. Podemos bajar a Paphos a comer y después a Petra tou Romiou. La leyenda dice que la diosa Afrodita nació de la espuma del mar. Una gran roca, la roca de Afrodita, señala el punto exacto. Está a sesenta millas de Paphos, no muy lejos. Llévate el traje de baño, realmente hace un día precioso y podría apetecerte nadar.

Fuera por la caricia de sus labios en su hombro o porque estaba aburrida, Bea se oyó a sí misma aceptando.

Pasaron el resto de la mañana paseando por Paphos. Para fascinación de Bea, a pocos metros del puerto estaban las ruinas de la Villa de Teseo.

Bea se dio la vuelta con los ojos brillantes.

—No tenía ni idea de que Paphos fuera tan antiguo ni que tuviera tantas ruinas.

—Como yo, quieres decir —bromeó Leon con una sonrisa indulgente.

—Tonto.

Bea le dio un pellizco en el brazo.

Poco después, sentados en la terraza de uno de los restaurantes del puerto, Bea exclamó:

—¡No puedo creer que sea tan bonito! —miró la fortaleza al otro extremo del puerto—. ¿Es también romana?

Señaló con la mano y se volvió radiante hacia Leon.

—No, es turca, y cuidado con la mano —exclamó con una carcajada.

Bea siguió la dirección de sus ojos y soltó una carcajada. Un gran pelícano rosa estaba intentando acercarse a sus dedos.

—¿Qué...?

—Es una de las atracciones de aquí. El restaurante lleva el mismo nombre.

Era como un día fuera del tiempo, pensó Bea contenta sentada en el coche mientras Leon conducía por la autopista.

—¿Cómo es que aquí conduces tú ahora que ya no lo haces en ningún otro sitio? —preguntó Bea al recordar la limusina de Londres.

Leon le dirigió una mirada de soslayo y sonrió.

—Porque aquí es bastante seguro. Todo el mundo me conoce y los chipriotas nos cuidamos unos a los otros. Si se comete algún delito, todo el mundo le da a la policía la información que posee. Ayuda, por supuesto, el que sea una pequeña isla. Nada pasa desapercibido.

Tenía sentido, pensó Bea. Pero aún así no conseguía imaginar que Leon pudiera ser feliz viviendo siempre en aquella isla. Él era un hombre de mundo. Se dio la vuelta para comentarlo, pero Leon estiró la mano y señaló adelante.

—Mira.

Allí, en el mar, había una roca.

—No es tan grande —comentó Bea levemente decepcionada.

Pero una vez que el coche estuvo aparcado y los dos en la playa pedregosa, Bea se sintió extrañamente impresionada. El lugar del nacimiento de la diosa del amor, pensó mirando a Leon.

Allí en aquel lugar, si debía creer en la leyenda, era donde había nacido el amor y Bea sintió el desbordante deseo de acercarse y abrazarle. ¿Importaba que él no la amara? Estaba dispuesto a casarse con ella y quizá, con el tiempo, aprendiera a quererla. Tenía que correr el riesgo.

Dio un paso hacia él dispuesta a decirle lo que sentía.

Leon miró a su alrededor inesperadamente y la sorprendió mirándolo. Durante un largo instante los dos se quedaron así, simplemente mirándose. Entonces Leon la rodeó en sus brazos.

—¿Te diviertes, Phoebe?

Bea se alzó de puntillas y suavemente le besó en los labios.

—Sí —murmuró dándole un beso con todo su corazón.

—Te haré feliz. Te lo prometo, Phoebe —juró Leon con la oscura mirada brillando como el oro en la de ella.

Y en ese momento, algo intensamente personal, el reconocimiento de su mutua necesidad flotó entre ellos.

—Sé que lo harás —confesó Bea.

Leon buscó de nuevo sus labios. El suelo pareció temblar bajo sus pies cuando Leon profundizó el beso, sus fuertes brazos sujetándola con fuerza contra su duro cuerpo. Fue un beso de infinita ternura, una promesa de compromiso.

Así que quedó más sorprendida cuando Leon gritó:

—¡Dios mío! —mirando a sus espaldas la abrazó con más fuerza—. ¡Rápido! ¡Fuera de esta playa y de las rocas! ¡Es un terremoto!

Bea miró al suelo horrorizada; los guijarros se estaban moviendo de verdad. La hierba se estaba moviendo y también los árboles, sin una brizna de viento. El coche estaba temblando y había dos estrellados uno contra otro en la carretera. Los postes del teléfono se estremecían... todo se movía.

Era como caminar sobre gelatina, imposible saber si el suelo te aguantaría. Leon encontró una zona de suelo despejado y simplemente la abrazó. Aterrorizada, Bea enterró la cara contra su pecho y se abrazó a él como si le fuera la vida en ello. No tenía ni idea de cuánto había durado, pero le parecieron horas. Entonces Leon la llevó al coche de nuevo, que para su sorpresa no estaba dañado y conectó la radio.

Un terremoto de 6,3 en la escala de Richter, con el epicentro en Paphos, Chipre, había sido sentido también en Líbano, Israel, Siria y Turquía. Advertían a la gente de que se mantuviera apartada de los edificios lo más posible y que esperaran la sacudida posterior.

Fue un tributo al valor de Leon y a su habilidad el que consiguieran llegar a la villa. La casa estaba indemne, pero el muro del perímetro se había derrumbado y, lo que era peor, Spiros había quedado atrapado bajo una celosía que se había desplomado y se lo habían llevado en una ambulancia al hospital.

Al anoecer vino la primera sacudida posterior y con ella las noticias del hospital de que Spiros estaba muerto.

Esa noche perduraría en el recuerdo de Bea hasta el día de su muerte. Intentó consolar a Anna tomando un café y brandy que Leon les había servido. Nadie pensó en ir a la cama, la conmoción del día era demasiado seria. Sólo Leon era una muralla de fortaleza y hacía lo que había que hacer.

Al día siguiente la radio informó que habían muerto dos personas: una mujer egipcia a la que se le había derrumbado la casa encima y un

chipriota al que se le había hundido encima una celosía: Spiros. Con todo, los daños no habían sido demasiado serios. Chipre había tenido suerte. El epicentro había estado a veinte millas en el mar, fuera de Paphos; si hubiera estado bajo la isla, el país entero estaría destrozado.

Bea cruzó el recibidor después de haber conseguido que Anna se acostara en el sofá hacia las ocho de la mañana. Necesitaba ver a Leon. Lo encontró en el estudio, apoyado contra el escritorio y hablando por teléfono. En cuanto entró en la habitación, colgó y se acercó a ella.

—¿Se encuentra Anna bien? —preguntó al instante.

—Está dormida. ¿Pero bien? ¿Cómo puede estarlo? Su marido está muerto.

No deseaba nada más que Leon la tomara en sus brazos y la consolara, pero en vez de hacerlo, dio un paso atrás.

—Tienes razón, Bea. Ha sido un comentario estúpido.

Bea. ¡Por fin al había llamado Bea!, pensó ella con una sonrisa en los labios. Ladeó la cabeza para mirarlo. Le había dado tiempo a cambiarse y llevaba un traje precioso y una camisa blanca. Nadie hubiera adivinado que llevaba toda la noche en pie y sólo una ligera palidez revelaba el horror de las pasadas horas. Pero no había rastro de emoción en su oscura mirada. Ni le devolvió la sonrisa...

—¿Y tú, Bea, puedo preguntarte?

—¡Oh! Sobreviviré. Soy más fuerte de lo que parezco —intentó bromear para sacarle una sonrisa.

Pero una curiosa sensación de premonición le encogió el corazón.

—Bien. En ese caso, te dejaré que cuides de Anna mientras yo hago los arreglos necesarios para el funeral y llamo a algunas personas.

Entonces pasó por delante de ella.

—¿No quieres desayunar y...?

—No, no... —la cortó Leon mientras se dirigía a la puerta.

Bea alzó la mano pero la bajó de nuevo. Era como si apenas pudiera esperar para alejarse de ella.

La sensación perduró todo el día y, por la tarde, cuando por fin lo vio y le preguntó que qué le apetecería para cenar, le dijo con frialdad que saldría a cenar fuera...

Bea preparó unas tortillas para ella y para Anna, pero la mujer no podía comer. Así que, después de dejar a Anna a salvo en su habitación, Bea se fue a su propio dormitorio y por primera vez desde su llegada a Paphos, ocupó la gran cama ella sola. De Leon no había rastro.

Permaneció despierta durante horas, escuchando cada ruido con la esperanza de que Leon llegara. Repasó una y otra vez en su memoria el último beso que habían compartido en la playa, cuando había azotado el terremoto. Se hubiera jugado la vida a que le importaba a Leon, pero al pasar las horas y seguir vacío el otro lado de la cama, empezó a dudar.

Un viento ululante la despertó de un sueño inquieto; la lluvia azotaba los cristales con riesgo de romperlos.

Miró la hora y tuvo que volver a mirar. Eran las nueve de la mañana y el cielo estaba oscuro como la boca del lobo.

Saliendo de la cama, se lavó y vistió con rapidez y bajó. La pobre Anna no estaba en situación de servir a nadie y probablemente Leon querría comer algo. Eso era si le encontraba, pensó al echar un vistazo en su habitación y ver la amplia cama con las almohadas sin tocar y el edredón estirado. No tenía que haberse molestado, una de las doncellas lo tenía todo controlado, pero seguía sin haber rastro de Leon.

Bea tomó un poco de té y unas tostadas y se enteró, con el poco inglés de la chica, que Leon había ido a llevar a Anna a casa de unos familiares y que ahora estaban en medio de una terrible tormenta.

Caminó hacia la terraza y miró por los grandes ventanales. El agua bajaba por las montañas en riadas y el viento estaba arrancando las plantas. Mientras miraba, una enorme palmera se arqueó y rompió. Eran las secuelas del terremoto, supuso Bea antes de buscar un libro y enroscarse en el sofá para intentar leer. Pero no podía concentrarse. El miedo por Leon la consumía.

Bea intentó decirse a sí misma que era el miedo lógico por cualquier persona que estuviera en medio de aquella terrible tormenta, pero sabía que era más. Le había echado de menos en su cama la noche anterior, la noche en que había necesitado el consuelo de sus brazos alrededor de ella.

Su repentino uso de Bea, en vez de Phoebe debería haberla llenado de triunfo; por lo menos había usado el nombre que ella prefería. Pero eso simplemente aumentaba su convicción de que quizá ya se hubiera cansado de ella.

Capítulo 10

LA convicción se convirtió en seguridad cuando, a la una en punto, la doncella le informó que el almuerzo estaba servido y que ella libraba hasta el día siguiente.

Bea comió en solitario y después paseó por la inmensa villa, el eco de sus pasos era el único sonido que se escuchaba. Había pasado por toda la gama de emociones posibles en las pasadas horas, desde el miedo por la seguridad de Leon hasta la rabia, y por fin, la aceptación fatalista de la verdad.

Si Leon se preocupara por ella en lo más mínimo, al menos habría telefonado para decir donde estaba, pensó Bea con amargura volviendo a la terraza. Miró por la ventana y comprobó que la tormenta ya había pasado. Un débil sol intentaba abrirse paso entre las nubes. Pero no había sol en el corazón de Bea.

Amaba a Leon y había creído que el beso en la playa de Afrodita era una clara indicación de que ella significaba lo mismo para Leon. Pero veinticuatro horas después él se había ido a cenar y la había dejado dormir sola.

¿Serían tan tontas todas las mujeres enamoradas? se preguntó con tristeza. Sacudió la cabeza, aquella relación era imposible; simplemente ella no era el tipo de mujer que soportara ser abandonada por un hombre y desde luego, no dos veces por el mismo: Leon. Se desplomó en el sofá recuperando el libro que había intentado leer el día anterior y dispuesta a leerlo esa vez. Pero los incontables vistazos al reloj le impedían concentrarse. La esperanza no moría con tanta facilidad...

Eran las tres de la tarde cuando Leon regresó a casa.

—Bien, esperaba encontrarte aquí.

Estaba poderosamente masculino con su immaculado traje oscuro, pero las profundas ojeras indicaban que la noche anterior tampoco había dormido.

—¿Y dónde iba a estar si no? —señaló Bea con cinismo negándose a dejarse influir por su evidente agotamiento—. Me prohibiste irme, ¿recuerdas?

Un tenso silencio siguió a sus palabras y Leon la miró con un enfado apenas oculto.

—Lo recuerdo. Precisamente de eso quería hablar contigo —replicó con dureza mientras se sentaba en el sillón frente a ella con las largas piernas levemente sepa radas.

Se sentó con los brazos apoyados en las rodilla y torciendo las fuertes manos entre los muslos. Su habitual aura de seguridad en sí mismo no era tan patente como siempre.

Bea miró su brillante cabeza inclinada y espero hasta que por fin ya no pudo aguantar más.

—¡Te perdiste la comida! Y la doncella se ha ido a casa.

Aunque lo que realmente quería decir era ¿donde diablos estuviste anoche? Pero no se atrevió.

Leon lanzó una áspera carcajada.

—Comer es la menor de mis preocupaciones. Supongo que debería haberte telefoneado, pero no he tenido tiempo. Arreglar el funeral de un viejo amigo es una experiencia bastante traumática.

—Lo entiendo —dijo ella con rigidez.

—¿De verdad? No lo creo —suspiró y clavó la vista en ella—. No tenía derecho a traerte aquí ni a mantenerte a la fuerza y obligarte a cumplir mi voluntad. Y si creyera que una disculpa arreglaría algo, me disculparía...

Hablaba de forma tan impersonal que Bea sintió como si una garra helada le atenazara el corazón.

—No hace falta.

No quería escuchar sus explicaciones porque sabía por instinto que significaban el final de su relación.

—Sí, sí hace falta. El secuestro me dejó paranoico acerca de la seguridad, no sólo la mía, sino la de mis amigos también. En mi soberbia supuse que sabía lo que era mejor para todos, sobre todo para ti. Pero me había equivocado.

Bea apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Se sentía enferma y atemorizada de lo que estaba por venir. Amaba a Leon, pero era evidente que él no sentía lo mismo por ella. Ahora que había

recuperado la razón, como ella sabía que pasaría, estaba a punto de repudiarla. O como quisiera llamarlo.

—Tú me lo dijiste una y otra vez y me negué a verlo, pero tenías razón todo el tiempo. Odio admitirlo, pero en algunos aspectos, la cautividad me afectó más de lo que había creído y me entró el pánico. Ahora lo comprendo. Pero mi más profundo arrepentimiento es que haya hecho falta un terremoto y la muerte de Spiros, una muerte de la que soy responsable, para llegar a admitirlo.

—Fue un accidente, Leon. Tú no...

Leon se levantó bruscamente y la silenció agitando la mano.

—No, te mereces saber toda la verdad. He visto al forense esta mañana. No fue la cornisa lo que mató a Spiros. La carga eléctrica de la alambrada, aunque insuficiente para matar a un hombre, fue bastante para provocar el ataque al corazón que lo mató.

—Eso no puedes saberlo —protestó Bea con debilidad.

—Pero lo sé. Intenté jugar a ser dios y proteger a todo el mundo a mi alrededor y la naturaleza se ha tomado su venganza. El hombre domina el mundo, pero la naturaleza domina al hombre. Ya no puedo hacer nada por Spiros; es demasiado tarde. Tendré que aceptarlo y seguir con mi vida. Pero tú puedes y debes quedar libre.

—¿Libre?

Bea lo miró con amargura. Ella nunca estaría libre de Leon. Le había amado la mayor parte de su vida. Estuvo a punto de decírselo, pero al recordar a Selina las palabras murieron en su garganta.

—Sí, eres libre de irte. Ni matrimonio ni nada... esbozó una cínica sonrisa que sólo confirmó sus miedos—. Debí desquiciarme para querer casarme contigo o con nadie. Vas a volver a Londres, a seguir con tu vida.

Ella lo miró y, a pesar de la pena, el sentido común le dijo que aunque amara a aquel hombre, en ciertos aspectos él tenía razón. La naturaleza dominaba al hombre. E incluso aunque por algún milagro Leon le dijera que la amaba, ella conocía la naturaleza de Leon demasiado bien como para confiar en él. La palabra fidelidad no entraba en su vocabulario.

—Pero tengo una última petición —irrumpió la voz de Leon en sus torturados pensamientos—. ¿Te importaría esperar hasta mañana para irte? Mi madrastra llega en un par de horas. Vivió en esta casa durante doce años y considera a Spiros como a un amigo. Va a asistir al funeral de

mañana y después he arreglado que el avión de la compañía os lleve a Tany y a ti a Londres.

Bea lo miró como si no le hubiera visto antes. La estaba insultando con su amabilidad. Había arreglado su partida con la misma fría eficiencia con que la había llevado allí. Cualquier brizna de esperanza que hubiera albergado se transformó en una profunda rabia hacia aquel hombre.

—A menos que quieras quedarte más. Te prometí unas vacaciones.

Ahora le tocó a Bea ponerse en pie.

—¡Dios mío, Leon! ¡Qué valor tienes! —gritó mirándole a los ojos—. No veo la hora de apartarme de ti y de esta maldita isla.

Pasó corriendo a su lado para salir de la habitación antes de que viera las lágrimas en sus ojos.

Sentados a la mesa, con Leon en la cabecera, Tany a un lado de él y Bea al otro, Bea tuvo un pensamiento horrible.

De repente agradeció la excusa del funeral. Eso explicaba sus profundas ojeras y su palidez y la excusaba de tener que poner cara de felicidad mientras escuchaba los recuerdos de Tany.

A Bea le caía bien la madrastra de Leon. Era el tipo de mujer a la que la palabra «trabajo» le parecía una palabra sucia y esperaba que los hombres de su vida la mantuvieran. Definitivamente superficial, pero sabia a su manera.

Tany mantuvo la conversación con historias de la época en que había vivido en la villa con el padre de Leon, Spiros y Anna. La doncella servía la comida y el único momento tenso llegó en el postre, cuando Tany se dirigió a Bea.

—Mañana será un día triste para todos, pero al menos Leon y tú habéis arreglado vuestras diferencias. ¡Me alegré tanto de enterarme de vuestro compromiso aunque tuviera que ser por la prensa!

Bea se libró de responder cuando Tany, dándole una palmada a Leon en el brazo, prosiguió:

—Has sido muy malo. Al menos podrías habérmelo dicho a mí primero. Al fin y al cabo, soy la única familia que tienes. Ya fue horrible cuando la policía me informó de que te habían secuestrado, pero peor enterarme por la prensa de que mi hijastro se iba a casar.

Bea lo miró con furia. Ella no tenía intención de dar explicaciones. Pero con su habitual encanto, Leon salió del paso explicando que no había boda y que todo se había hecho para esquivar a la prensa.

—Bea y yo sólo somos buenos amigos y socios. Y mientras que yo estoy acostumbrado a los sabuesos de la prensa, la pobre Bea no. Necesitaba alejarse por una temporada hasta que se acallaran los rumores. Pero ahora, con el terremoto y la tragedia de la muerte de Spiros, ha decidido volver a Londres, después del funeral, contigo. ¿No es así? —preguntó volviendo la atención hacia Bea.

¡Desde luego que pobre Bea! Estaba tan furiosa que se sintió tentada de contarle a Tany toda la verdad. Pero, ¿cuál era la verdad? ¿Que Leon había sufrido un trauma transitorio y que había insistido en casarse con ella un día para decirle al siguiente que se perdiera? No, no podía decirle eso a su madrastra, que lo adoraba como a un dios.

Bea se dirigió a Tany:

—Sí, Leon tiene razón. Me voy mañana. Quizá podamos salir juntas de compras mientras estés en Londres.

Tany aceptó encantada y enseguida Bea se disculpó diciendo que tenía que terminar de hacer el equipaje.

A media noche en la casa había un silencio sepulcral. Bea dejó las maletas en el vestidor y después de una rápida ducha se envolvió en una toalla enorme y volvió a la habitación. Dejó caer la toalla y desnuda, con la rabia como único caparazón, se metió en la cama jurándose que no derramaría una sola lágrima más por Leon.

Se estiró para apagar la luz cuando inesperadamente sintió una suave llamada en la puerta. Cuando entró Leon, Bea se incorporó. El se había cambiado y llevaba un albornoz de color burdeos atado flojo en las caderas que dejaba ver buena cantidad de su musculoso torso cubierto de vello. No llevaba nada más puesto...

¿Qué estaba intentando hacer? ¿Volverla loca recordándole lo que había sentido cuando aquel maravilloso cuerpo la había poseído? Sintió sus ojos clavados en ella y recordó que estaba desnuda. Alzando la sábana hasta la barbilla y lo miró con frialdad, aunque por dentro estaba ardiendo de rabia y algo más...

—¿Qué quieres?

En sus ojos brilló un asomo de sonrisa y Bea se hubiera dado bofetadas a sí misma por haber dejado la puerta abierta a sus encantos sexuales. Pero la sonrisa desapareció tan rápido como había aparecido.

—Probablemente no tendremos tiempo de hablar mañana y no quiero que te vayas sin decírtelo...

Vaciló y su habitual seguridad le abandonó.

—¿Decirme qué?

—Asegurarte que si hay alguna desafortunada repercusión por la intimidad que hemos compartido, por supuesto que habrá, boda, dinero y todo lo que quieras.

«Desafortunada repercusión». Bea se quedó aturdida hasta asimilar lo que había dicho. ¡Estaba hablando de un niño! Con los ojos muy abiertos lo miró con rabia asesina. ¿Cómo se atrevía a recordárselo? Ahora sabía lo que Selina debía haber sentido cuando el miserable le había despedido embarazada y eso le dio la fuerza para responder.

—Gracias, Leon, pero no hará falta —mintió como una profesional—. Quizá sea el trauma del terremoto, pero por lo demás, te puedo asegurar que estoy bien.

—¡Oh! —por un fugaz momento, Bea imaginó haber visto un destello de decepción en su dura mirada, pero era una ilusión—. Entonces, está bien —dijo Leon antes de darse la vuelta y salir de forma brusca.

Bea se hundió en la cama tapándose la cabeza con la manta y deseando poder enterrar sus sentimientos por Leon de la misma manera. Pero no pudo.

La iglesia estaba llena a rebosar, como si todo Paphos se hubiera congregado para el funeral. Bea estaba al lado de Tany y agradeció su compañía. El sonido de los sollozos era un murmullo constante bajo las palabras sombrías del clérigo. Leon apoyó a la desconsolada Anna durante todo el servicio y en el cementerio.

Más tarde, de vuelta en la villa, Bea no tenía nada que hacer y sintió alivio cuando llegó la limusina para llevarlas al aeropuerto.

Tany se deslizó en el asiento trasero y Bea a su lado. El chofer estaba apunto de cerrar la puerta y Bea estaba mirando a sus espaldas para ver la villa por última vez cuando Leon apareció bajando corriendo los escalones. ¿Y ahora qué? Ya se habían despedido enfrente de los visitantes que

quedaban con un apretón de manos... Unas manos que todavía le cosquilleaban.

—Phoebe —dijo Leon impidiendo que el chofer cerrara la puerta—. Phoebe, no puedo dejar que te vayas...

Bea lo miró con intensidad. La estaba volviendo a llamar Phoebe y eso le pareció maravilloso, por algún extraño motivo.

—¿Sí?

—No puedo dejar que te vayas... —se detuvo y Bea casi vio que se había arrepentido—, sin decirte... —su profunda voz vaciló al proseguir—, que gracias por todo y buena suerte.

—Ha sido un placer —consiguió decir ella con rigidez—. Adiós.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Tany unos minutos más tarde cuando el coche bajaba las colinas hacia Paphos.

—Nada —mintió Bea.

Pero no había contado con la tenacidad de Tany.

—No te creo. Leon no ha corrido nunca detrás de una mujer salvo de ti. Conozco a mi hijastro.

Bea intentó ignorar a Tany, pero fue difícil. Cuando llevaban media hora de vuelo, Tany renovó su ataque de una forma más sutil.

—El funeral de hoy ha sido como decir adiós a toda una época —señaló Tany en voz baja—. El padre de Leon, Nick y Spiros eran muy buenos amigos aunque fueran jefe y empleado. Yo amaba a Nick, ¿sabes, Bea?

—¡Claro! Te casaste con él.

—Él no me amaba. No de la misma manera. Sí se preocupaba por mí y me quería, pero el amor de su vida fue Pandora, la madre de Leon. Yo le conocí tres años después de su muerte y había sido completamente fiel a su memoria todo el tiempo.

Con un interés creciente, Bea dijo:

—Cuéntame más.

—Yo estaba en América de vacaciones con mi hija cuando conocí a Nick. Fue amor a primera vista por mi parte y le cacé sin piedad hasta que por fin él puso las cartas sobre la mesa. Me dijo que no podría nunca amar de nuevo, pero que estaba solo. Necesitaba una compañera, alguien para hacer de anfitriona en sus cenas de negocios y para salir y tres años sin

sexo se estaban convirtiendo en algo duro para un hombre tan viril como Nick —Tany sonrió—. Pronto le curé ese problema y seis meses después, estábamos casados. Yo conseguí al hombre al que amaba y aseguré el futuro para mi hija y para mí. Y quiero creer que hice feliz a Nick.

—Estoy segura de que sí.

—Sí, pero creo que Leon es bastante parecido a su padre. Yo ya no pude ser una madre para él porque tenía trece años cuando me casé con Nick. E incluso a aquella edad, ya era muy maduro. Como su padre, Leon es hombre de una sola mujer.

—¡Estás de broma! Odio decirte esto, Tany, pero Leon tiene más mujeres que pelos en la cabeza.

—Quizá, pero sólo ha amado a una en toda su vida —respondió Tany con seriedad—. A ti, Bea.

El café que tenía Bea en las manos se derramó y Bea casi se atragantó.

—¿De dónde has sacado esa idea? ¡No podías estar más equivocada! —exclamó Bea con la cara roja.

—Tengo razón. Leon te ama —le aseguró Tany—. Y creo que tú también estás enamorada de él. Recuerdo que cuando murió Nick, entre todas las flores y los mensajes de condolencia, había uno con la letra infantil de una niña de once años. Leon me preguntó si lo podía guardar y lo guardó en su cartera. Un extraño comportamiento para un hombre adulto.

Bea se sonrojó con una leve sombra de esperanza en el corazón.

—Leon es raro.

—Quizá, pero siempre le has fascinado. Cuando estaba estudiando en Inglaterra y pasaba la mitad de las vacaciones en tu casa, tú sólo tenías cuatro años. Pero en todas sus cartas siempre hablaba de los logros de la pequeña Phoebe y recuerda una vez, cuando Leon tenía treinta años, que volvió a casa de muy mal humor después de haberlos visitado a tu padre y a ti. Parece que tú habías leído en la prensa lo de sus mujeres y le habías preguntado. El pobre hombre estaba mortificado. Siempre quiso ser tu caballero de brillante armadura y tú habías descubierto que era humano como todos los hombres.

—Éramos buenos amigos —dijo Bea con suavidad.

—Y ahora sois amantes —declaró Tany sin rodeos dejando a Bea sin habla—. No te molestes en negármelo. Nunca he creído esa explicación del

falso compromiso para despistar a la prensa. El quería casarse contigo cuando tenías dieciocho años y todavía quiere.

Cuando más hablaba Tany, más convincente le sonaba a Bea.

—De alguna manera me culpo a mí misma de aquella ruptura hace tres años. Yo me casé a los dieciocho años y fue un desastre. Cuando Leon te llevó a Paphos y te puso aquel anillo en el dedo, pensé que eras demasiado joven y acerté. Pero ahora ya no tienes excusa.

Los ojos verdes de Tany no parpadearon cuando se cruzaron con los de Bea.

—Querida, no pierdas la oportunidad de ser feliz por una tonta discusión. Os he visto a Leon y a ti juntos en la cena de anoche y el aire estaba cargado de tensión sexual. Después vi que Leon iba a tu habitación por la noche y le oí irse unos minutos más tarde. Haya hecho lo que haya hecho, olvídalo y agárralo con las dos manos o te arrepentirás el resto de tu vida.

No tenía sentido negarlo, comprendió Bea. Tany era mucho más astuta de lo que ella había creído.

—Aunque Leon sintiera por mí lo que dices, yo no soy mujer para aguantar sus correrías. Es un mujeriego.

—Mira, querida. Leon tiene treinta y cinco años — dijo Tany con exasperación agarrando la mano de Bea—. Por supuesto que ha tenido aventuras en el pasado, pero sé de buena tinta que quedó devastado cuando le devolviste el anillo la última vez y apenas ha mirado a una mujer desde entonces. Diga lo que diga la prensa...

Se inclinó con una sonrisa al recordar antes de proseguir:

—Me acuerdo del día en que te fuiste. Selina le montó un buen número. No sabes hasta donde llegó. Sinceramente, esa mujer se puso en ridículo por completo y hasta quiso hacerle creer que estaba embarazada.

Bea, que había estado escuchando, pero sin creerlo del todo hasta el momento, de repente le dedicó toda su atención.

—Se aferró a la historia durante meses, pero tuvo que desistir por fin cuando Leon encargó una prueba de ADN. Después se casó con el padre de su hijo, un abogado para el que trabajaba y tengo entendido que son felices.

Bea se reclinó en su asiento intentando asimilar todo lo que Tany le estaba contando. ¡Se había equivocado con Selina! ¿En cuantas cosas más

se habría equivocado? Quizá hubiera estado mirando a Leon viendo sólo lo que quería ver. Y lo cierto es que él siempre había estado a su lado cuando le había necesitado. En la muerte de su padre, en su primer día de trabajo y en su primer encuentro desastroso con la prensa. Y lo más importante de todo, era su primer amante.

—Leon es un hombre muy rico y con gran personalidad. Siempre habrá montones de mujeres deseando cazarle, pero también es muy inteligente y se asegura de que nunca le cacen. Acepta mi consejo, Bea y cuando llegues a Londres da la vuelta y vuelve con él.

—¿Volver a Chipre?

Pero la sorprendente idea empezaba a no parecerle tan mala.

—¿Por qué no? No tienes nada que perder y todo que ganar. Yo pasé doce años gloriosos con Nick y Leon es digno hijo de su padre. Nunca encontrarás un amante como un Gregoris. Lo sé. ¿Por qué crees que he seguido viuda todos estos años? —esbozó una sonrisa de picardía—. Cuando se conoce el mejor sexo, uno no se conforma con menos.

—Eres incorregible, Tany. El sexo no lo es todo.

—Tú lo dices porque no te has pasado diez años sin ello.

Bea no respondió.

—Bromas aparte, Bea. Leon y tú estáis hechos el uno para el otro —dijo con seriedad—. Vuelve. Dale otra oportunidad y apuesto a que no te arrepentirás. Y ahora, ya he dicho todo lo que tenía que decir. El resto es cosa tuya. Piénsalo.

Capítulo 11

Y ESO fue lo que hizo Bea durante el resto del vuelo. Vio a Leon de nuevo, con los ojos de la mente, bajando los escalones para hablar con ella por última vez.

—Phoebe, no puedo dejar que te vayas —había dicho.

Y por un momento ella le había creído. Pero entonces él había cambiado de idea.

Recordó las noches que había pasado en sus brazos. ¿Podría un hombre que no amara hacer el amor de forma tan exquisita a una mujer? Ella no tenía experiencia en el sexo, pero Leon había sido todo pasión.

Tany pensaba que Leon la amaba, pero si era así, ¿por qué le había dicho que se fuera? ¿Culpabilidad, quizá? El había creído que la había obligado cuando la verdad era que Bea estaba desesperada de deseo por él. Pero, ¿lo sabía él? No, ella nunca se lo había dicho. Leon era un hombre orgulloso. ¿Y ella? ¿Qué había hecho ella? Decirle en varias ocasiones que era un mujeriego, un diablo, un hombre indigno de confianza, demasiado viejo, y, para rematarlo, que era el padre de un bastardo cuando no era verdad. ¿Era de extrañar que ocultara sus sentimientos?

A Bea le gustaba considerarse una mujer madura y en cuanto el avión aterrizó en Londres, decidió actuar como tal. Olvidaría su orgullo y volvería con Leon.

Con la decisión tomada, se despidió de Tany y, como socia mayoritaria de la compañía, le ordenó al capitán del avión que repostara y pusiera rumbo a Chipre de nuevo.

Para cuando salió de la terminal en Paphos en mitad de la noche, estaba empezando a arrepentirse. Esta vez no había limusina esperándola, así que tomó un taxi.

La primera sorpresa fue ver las puertas de la villa abiertas de par en par. Bea pagó el taxi y subió los escalones. Paseó por el piso de abajo notando que no habían rastro de la comida del funeral. Pero lo que era más perturbador era que tampoco había rastro de Leon. Le llamó varias veces, pero el silencio fue la única respuesta. ¿Y qué esperaba? Eran las tres de la mañana, no esperaba visitas y podía haber salido con alguna de las invitadas al funeral.

Era demasiado tarde como para volver al aeropuerto y como no podía hacer nada hasta por la mañana, decidió irse a la cama.

En cuanto abrió la puerta de su habitación y encendió la luz se detuvo. Ya no tenía que preguntarse dónde estaba Leon. Allí estaba estirado, con la cara enterrada en la almohada y abrazando la almohada que solía usar Bea como si fuera un oso de peluche. Roncando suavemente, estaba increíblemente atractivo y extrañamente vulnerable.

Bea se acercó al borde de la cama y contempló el cuerpo tendido de Leon. Estaba en calzoncillos y con los calcetines puestos y, con una tierna sonrisa, se inclinó y deslizó un dedo por su columna. No pudo resistir la tentación.

—Leon —susurró con suavidad.

—Phoebe, Phoebe, amor mío —gimió antes de parpadear y abrir los ojos despacio—. No, se ha ido, me ha abandonado —murmuró cerrando los ojos de nuevo.

Bea se sentó en el borde de la cama. Había dicho: «Phoebe, amor mío». Quizá todavía hubiera esperanza para ellos.

—No te he abandonado, Leon. Estoy aquí —susurró—. He vuelto.

Lo miró con ternura. ¿Era aquel tizne en sus mejillas restos de lágrimas? Sus ojos negros se abrieron y se clavaron en ella.

—¿Eres de verdad tú, Phoebe? ¿No es un sueño? —incorporándose, la abrazó y la atrajo contra su pecho como si le fuera la vida en ello.

—¡Es verdad! ¡Estás aquí! —murmuró contra su pelo.

Con la cara apretada con fuerza contra su pecho, Bea apenas podía respirar.

—Por favor, Leon. Me estás sofocando.

—¡Oh, Dios mío, lo siento!

La soltó y mantuvo un brazo alrededor de sus hombros mientras le alzaba la barbilla para mirarle la preciosa cara. A Bea le dio un vuelco el corazón. En sus ojos vio la verdad de su corazón. La máscara que presentaba al mundo había caído y su oscura mirada ardía de amor y de una conmovedora vulnerabilidad que le caldearon el alma.

Vaciló antes de hacer la pregunta más importante de toda su vida:

—¿Hablabas en serio cuando decías que me amabas?

—¡Dios, Phoebe! ¿Cómo puedes dudarlo? Siempre te he amado y siempre te amaré —su profunda voz se estremeció de emoción—. ¿Qué estás intentando hacerme? ¿Quieres que te ruegue, que te suplique?

La angustia de su tono le rompió el corazón.

—No, Leon —murmuró alzando la mano para cubrir la de él en su barbilla—. Sólo quiero que me ames como te amo yo a ti.

—¡Me amas, Phoebe! —sus dedos se deslizaron por el pelo de su frente sin dejar de devorarla con los ojos—. ¿Y te quedarás conmigo? —preguntó con miedo de creerla.

—Sí —susurró ella deslizando su fino brazo por su cuello.

Deseaba sentir el calor de su boca. ¿A qué esperaba?

—Espero por Dios que lo digas en serio, Phoebe, porque no voy a dejar que me abandones por tercera vez en mi vida.

Entonces cubrió su trémula boca con la de él. La besó con una pasión más tierna que nunca y la abrazó con tanta fuerza que Bea pensó que le rompería las costillas. Pero no le importaba. ¡Leon la amaba! El corazón le ardió de amor y pronto su cuerpo entero empezó a cantar al ritmo de la melodía de Leon.

La ropa fue despojada con salvaje premura. Sólo habían pasado tres noches separados, pero parecía una eternidad.

—Phoebe, te deseo tanto que no puedo contenerme —gimió Leon cuando la atrajo contra su cuerpo desnudo.

Sus labios ardían contra la piel de ella mientras la besaba por la cara y la garganta. Encontró los rígidos picos de sus senos y encendió la pasión dentro de ella con la boca y la lengua. Sus manos se deslizaron por su cuerpo y con una rodilla le entreabrió las piernas.

—Que Dios me ayude; no puedo esperar.

Bea no quería que lo hiciera. Estaba temblando con tanta violencia que no podía parar y empezó a darle febriles besos en el pecho deslizando sus pequeñas manos por su duro cuerpo, abandonándose al placer de su sabor.

—Te quiero, Leon —gritó cuando él la penetró.

Por fin era libre de expresar sus sentimientos como nunca antes.

Mucho tiempo después, saciado, Leon levantó la cabeza. Rodando de medio lado, alzó la manta para taparlos a los dos antes de darse la vuelta

hacia ella y mirar su preciosa cara sonrojada. Con un dedo trazó el delicado arco de su ceja, su pequeña nariz y sus labios jugosos.

—¡Si tú supieras, Phoebe!

Leon sonrió y apretó el brazo alrededor de ella.

—Ya sé que no me crees, Phoebe, pero te juro que no he hecho el amor con ninguna mujer en los tres años desde que te pedí por primera vez que fueras mi mujer.

¿Leon célibe durante tres años? Bea no podía creerlo.

Deseaba creerle, pero...

—La noche que salí con Jack te vi salir del restaurante con una modelo; el mismo restaurante al que me llevaste la noche siguiente.

No pudo contener el temblor de su voz. Amaba a Leon y estaba convencida de que él la amaba, pero, ¿era capaz de ser fiel?

—¿Una modelo? —la miró como si se hubiera vuelto loca—. ¡Estás celosa, Phoebe! —exclamó con una sonrisa—. ¡Si supieras lo bien que eso me hace sentir!

Se inclinó entonces y la devoró a besos.

—Todavía no me lo has explicado —murmuró ella sin aliento cuando sus musculosas piernas la apretaron con fuerza.

Abarcando su cabeza entre las manos, su largo cuerpo se extendió sobre el de ella mientras la frotaba la nariz con gesto de afecto.

—¿Te acuerdas que te conté que normalmente me quedaba en Londres en casa de un amigo? Se llama Jason Wells; fuimos a la universidad juntos. Por desgracia, en mi última visita tenía a una novia invitada en casa, así que tuve que quedarme en un hotel.

Aliviada de que su amigo fuera hombre, y con el calor de su aliento abanicándole la cara, Bea deseaba sólo que se callara y la besara. Pero no tuvo esa suerte.

—Es médico en Great Ormond Street y aquella noche le avisaron en mitad de la cena. Su novia se negó a irse hasta terminar la cena y Jason me llamó y me pidió que la recogiera antes de irse al hospital. Para cuando llegué ella se había bebido una botella más de champán y no estaba en buenas condiciones. Tuve casi que arrastrarla virtualmente del sitio y después intentó seducirme. Personalmente creo que Jason podría escoger

mejor, pero no es asunto mío aconsejarle en su vida amorosa. Dios sabe que la mía ha sido un desastre hasta ahora.

—Pero ya nunca más —susurró Bea deslizándose las manos por su espalda para mirarlo con todo el amor de su corazón. No quería discutir de amores pasados, siempre que desde ese momento en adelante ella fuera su único amor.

—¡Gracias a Dios!

Leon sonrió y le rozó los labios con los suyos una y otra vez...

Bea abrió los ojos.

—¿Leon? —preguntó adormilada—. ¿Eres tú?

Podía sentir el calor de su largo cuerpo envolverla.

—¡Será mejor que lo sea! —resonó su grave voz en su oído—. Ahora y para siempre, chica y será mejor que no lo olvides.

Bea se volvió en sus brazos y lo miró a los ojos con una sonrisa.

—Sólo lo estaba comprobando —dijo con una pequeña carcajada antes de rodearle el cuello con los brazos.

—Tú bromea —se rió él frotando el mentón áspero de por la mañana contra su piel—. Cuanto antes nos casemos, mejor. Quiero que no te quepa ninguna duda de que yo soy el único hombre que encontrarás en la cama en tu vida.

—Todavía no me lo has pedido.

Bea hizo un puchero.

—Bueno, pues ahora te lo estoy pidiendo.

—No es muy romántico, Leon. Después de todo, sólo me voy a casar una vez en la vida. Quiero una proposición en toda regla. Por lo menos de rodillas.

Leon le apartó un mechón de la frente con una sonrisa indulgente.

—Me has tenido de rodillas durante años. Una vez más no importará.

Rodó de la cama y se arrodilló a un lado sujetando la mano de Bea entre las suyas.

—Mi querida Phoebe, luz de mi vida, guardiana de mi corazón —Leon se puso la mano en el pecho con dramatismo—. ¿Te casarás conmigo y me harás un hombre honrado?

Bea rompió a reír mientras se incorporaba.

—¡Sí!, levántate, tonto. ¡Estás desnudo!

Leon se levantó sonriéndola.

No vieron abrirse la puerta pero el golpe de una bandeja al caer y la loza al romperse les hizo volver la cara a la vez. Por desgracia, Leon estaba todavía desnudo.

La joven doncella del pueblo lanzó un grito, se llevó la mano a la boca y salió corriendo.

Leon se dio la vuelta hacia Bea.

—¿Es sí lo que he oído? —preguntó antes de caer sobre ella riendo a carcajadas.

—Sí, pero lo que yo quiero saber es quién va a hacer ahora el café — consiguió decir Bea entre carcajadas.

Bastante tiempo después, los dos prepararon el café juntos.

Fin.